

La última

Alondra

Bernardino Vázquez Mazatzi



CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

La última Alondra

La última Alondra

Primera edición, 2019

ISBN: 978-607-8621-13-2

© Bernardino Vázquez Mazatzi

© LXIV Legislatura de la H. Cámara de Diputados

Av. Congreso de la Unión Núm. 66

Edificio E, Planta Baja

Col. El Parque

Ciudad de México

Tel. 50360000 ext. 51091 y 51092

www.diputados.gob.mx

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico.

Diseño de portada e interiores:

Daniel Monroy Perea

Diseñador de Talleres Gráficos de la Cámara de Diputados

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Mario Delgado Carrillo
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks
Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Olga Juliana Elizondo Guerra
Coordinadora del Grupo Parlamentario de Encuentro Social

Dip. Reginaldo Sandoval Flores
Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Coordinador del Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. Verónica Beatriz Juárez Piña
Coordinadora del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Arturo Escobar y Vega
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

MESA DIRECTIVA

Dip. Porfirio Muñoz Ledo
Presidente

Dip. Dolores Padierna Luna
Dip. Marco Antonio Adame Castillo
Dip. Dulce María Sauri Riancho
Vicepresidentes

Dip. Karla Yuritzi Almazán Burgos
Dip. Mariana Dunyaska García Rojas
Dip. Ma. Sara Rocha Medina
Dip. Héctor René Cruz Aparicio
Dip. Lizeth Sánchez García
Dip. Julieta Macías Rábago
Dip. Mónica Bautista Rodríguez
Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarin Cortés
Dip. Lilia Villafuerte Zavala
Secretarios

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DE ENCUENTRO SOCIAL

Dip. Ricardo De la Peña Marshall, titular.
PRESIDENCIA

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. Hirepan Maya Martínez, titular.
COORDINADOR DEL ÓRGANO TÉCNICO

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. Annia Sarahí Gómez Cárdenas, titular.
Dip. María Eugenia Leticia Espinosa Rivas, sustituto.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. Brasil Alberto Acosta Peña, titular.
Dip. Margarita Flores Sánchez, sustituto.

GRUPO PARLAMENTARIO DE PT

Dip. José Gerardo Fernández Noroña, titular.

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. Alan Jesús Falomir Sáenz, titular.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. Abril Alcalá Padilla, titular.
Dip. Frida Alejandra Esparza Márquez, sustituto.

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés, titular.
Dip. Rogelio Rayo Martínez, sustituto.

SECRETARÍA GENERAL

Mtra. Graciela Báez Ricárdez

SECRETARÍA DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. Hugo Christian Rosas De León

**DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS DE DOCUMENTACIÓN,
INFORMACIÓN Y ANÁLISIS**

Dr. Samuel Rico Medina

**CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD DE GÉNERO
CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE
Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA**

SECRETARÍA TÉCNICA

C.P. Pablo Alcázar Sosa

ASESORÍA Y ASISTENCIA PARLAMENTARIA

Lic. Rafael Bastard Bastard

Lic. Abraham Barba Baeza

COORDINACIÓN Y ENLACE EDITORIAL

Lic. Carlos Israel Castillejos Manrique



Para:

Carlos Fernando





ÍNDICE

Agradecimientos	13
Presentación de la obra	15
La historia de un amor supremo prólogo y oración para Alondra	19
La última Alondra	
Primera parte	27
Segunda parte	93





Agradecimientos:

Minerva Hernández Ramos
Juan Carlos Mendieta Lira
Martha Águila Cuatlapantzi

Sin ustedes este logro no hubiera sido posible





Presentación de la obra

Breves notas sobre el amor en “La última alondra”

Senadora Minerva Hernández Ramos
Tlaxcala de Xicohtécatl, México

Esta es una historia de Amor, pero no solamente del amor entre los personajes, sino del amor de Bernardino por el mundo que construyó en estas páginas. Por su Macondo personal, porque al momento de escribir lo hace con el mismo amor a la tierra que lo vio nacer que el que mostraron dos notables jaliscienses en sus obras, Juan Rulfo en *El llano en llamas* y Agustín Yáñez en *Las tierras flacas* o en *Isolda o la muerte*.

Es fácil comenzar a leer la historia de La última Alondra y echar a volar la imaginación, llevados de la mano de las palabras de Bernardino, que como el maíz se van desgranando sobre las hojas, descubrimos el mundo que se immortalizó en los cuadros de José María Velasco; esos cielos limpios del altiplano mexicano, las veredas y caminos de tierra, los campos llenos de siembra y de vida; descubrimos también a las mujeres y los hombres de los que conocemos su carácter por la tradición oral de nuestros abuelos y de sus padres antes de ellos, el trabajo en el campo que vuelve duras las manos y las facciones de los hombres, las labores de la cocina, los remedios tradicionales y la educación de la familia



que definen la importancia de las mujeres dentro de la familia, y lo que es común y ambos comparten: los corazones alegres que para reír y cantar no necesitan acompañarse de música y su fe inequívoca en Dios.

En la prosa de Bernardino se advierte el profundo amor a la tierra y a los regalos que nos prodiga, los árboles frutales y maderables, las flores que adornan los patios y pórticos, la calidez del sol, las lluvias que lo mismo conllevan abundancia que desolación, la frescura de la noche y los días cálidos bajo el sol. Bernardino en su arte de plasmar el amor por los seres que pueblan las páginas, no se olvida de los animales, pues desde los insectos a los que les pone los adjetivos que corresponden a sus labores, como a los animales de la granja y los de compañía, en todos se señalan las virtudes que los distinguen.

La última Alondra es la historia de un amor que surgió del intercambio de miradas bajo el rayo del sol, entre las milpas, los sembradíos, las flores y los árboles frutales, un amor intenso de juventud que se acrecentó a escondidas y que se contó sus secretos con el aire de la noche y la quietud de las estrellas.

Un amor tórrido, como parece corresponder al ímpetu de la juventud, cuando a veces es el propio amor el que nos ciega y no vemos las cosas como son, sino como creemos que deben ser; un amor en el que las palabras desencadenan los malentendidos y es nuestro pensamiento el que nos llevan a la condena. Un amor que no muere y en el que la travesía de la muerte no es el final de la historia sino la continuación de la misma.

Quisiera terminar estas breves líneas recordando lo escrito por Rainer María Rilke en *La canción de amor y muerte* del álferez Cristoph Rilke

“La habitación de la torre está oscura.
Pero ellos se iluminan sus rostros con sus sonrisas.
Tantean ante sí como ciegos
y encuentran al otro
como se encuentra una puerta.
Casi como niños
que se asustan en la noche,
se abrazan uno a otro.
Y sin embargo no tienen miedo.
No hay nada que esté contra ellos:
ni un ayer, ni un mañana
pues el tiempo se ha desmoronado.
Y ellos florecen, lejos de sus ruinas.”

Muchas gracias, Berna, por esta preciosa historia.

La historia de un amor supremo

Prólogo y oración para Alondra

Celeste Etchegaray Prado
La Paz, Bolivia, marzo de 2016

Escribir el prólogo para una obra como la que tienes en tus manos es no sólo una enorme responsabilidad y un reto, sino un honor pues significa la grata sorpresa que a algunos guarda el destino que a su vez, busca no hacernos pasar por el mundo sin dejar rastro ni ofrecer testimonio de la grandeza de los amigos y amigas que nos han acompañado en esta parte de la historia.

Estimado lector, *La última Alondra*, novena obra literaria y segunda novela del maestro, escritor y periodista mexicano Bernardino Vazquez Mazatzi, es ventana y cancel, mirada y recuerdo, de la hermosa y venturosa tierra mexicana, aquella que es conocida y reconocida por los sueños y los anhelos de muchas generaciones que aún ahora vislumbran las tardes campiranas, aspirando el aroma de la campiña y el perfume de una preciosa muchacha enamorada y sonriente que espera a su amado tras los balcones.

Esta novela no es sólo la historia de amor cultivada por las manos de los campesinos y un cuento de final inesperado e inmerecido, sino es también una muestra de la capacidad de observación y una exhibición de sensibilidad e imaginación de un escritor que a los diez años de edad, en su vida infantil, empezó a dar muestras de una grandeza literaria que ahora se consolida y fortalece y que es ya referente y punto de partida para nuevas generaciones de creadores de lengua española.

Porque esta obra, hermosa como muchacha de provincia, nació en 1973, cuando Bernardino Vazquez Mazatzi cursaba la instrucción primaria. Y luego, en 1983, cuando nuestro ahora multipremiado escritor llegaba a los veinte años de edad, Alondra, la chiquilla más hermosa de la hacienda *La Margarita* y la región, encontraba su destino en el punto final de una historia escrita primero en hojas de cuaderno y en trozos sueltos de cualquier papel y finalmente en la más rudimentaria máquina de escribir.

Alondra es una historia dentro de otra historia, ambas sublimes, las dos dignas de contarse y escucharse y escribirse: la de los personajes de ficción y la de quien los inventa.

La última Alondra es la síntesis y el resumen de la capacidad de observación de un escritor que escribe en silencio, que imagina en soledad, que recrea situaciones y personajes, diálogos y destinos, dicha y dolor, en las calladas y largas horas de soliloquios y de aleteos de mariposas en que se convierten los días interminables de alegrías y angustias ajenas pero que se hacen propias frente al computador y que terminan en una historia sublime digna de ser leída

Vazquez Mazatzi dijo en La Habana, Cuba, al hablar sobre la materia prima con que los escritores nutren su pluma, que el silencio, la humildad, la capacidad de observación y el sentido del oído hablan, escuchan y cuentan historias que el escritor percibe ávido y que luego plasma urgido entre el estrépito y la algarabía de las musas que ansiosas buscan ser las primeras en ser oídas y atendidas para contribuir en la narración.

Bueno, sí, este escritor tiene esa virtud de la que hablan personajes tan universales como Juan Rulfo, Octavio Paz, Juan Villoro y Gabriel García Márquez por mencionar sólo algunos, y tiene la sensibilidad para escuchar el lenguaje de las piedras, el susurro de la luz y las sombras, el rumor del viento y el lenguaje

de silencios de los que se aman, de los que sufren o gozan, de quienes encuentran voz y grito y alarido en su prolífica y amorosa pluma que es realidad, denuncia, poema, fantasía y circunstancia: una delicia, una aventura, una grata sorpresa, un encuentro.

Vazquez Mazatzi, siempre, tiene esa hermosa costumbre de regalarnos su obra clara, sencilla, humilde y suave, pero al mismo tiempo vigorosa, serena, nítida y enriquecedora como en *Los trenes no van hacia el sur*, *La casa de los relojes*, *Tu pueblo está lleno de recuerdos*, *A la Duquesa la sepultamos en el jardín*, *Aurelia* y *Crisálida* por mencionar sólo algunos libros festejados y apreciados en todo el territorio de esta nuestra América Latina, tierra libre e indomable.

Algún día me habló de la obra de los escritores mexicanos. Y la describió de forma magistral al decir que se paladea como la miel, se disfruta como el beso primero, se goza como la caricia del sol y se recibe como el rumor de la brisa y *La última Alondra*, amigo que lees este libro, es un hermoso regalo para tus sentidos, un homenaje al amor, una oda para la mujer campirana y provinciana de ayer y de hoy y de siempre, es un obsequio en un día especial y, sin presunciones, una aportación a la literatura mexicana y universal.

En resumen, esta novela que disfrutas en tus manos contiene la idea que un niño de diez años tuvo sobre los más tiernos sentimientos, está nutrida con las imágenes que sus días de campesino y leñador le sembraron en el alma y la mente, tiene los diálogos de sus mayores que hablaban de amor, que cantaban a las ilusiones y al dolor, habla con el lenguaje de los viejos y con la voz de la experiencia de quienes saben del clima no por adivinación sino por la sabiduría de la estirpe.

Este libro es una alfombra mágica que nos transporta hacia esa parte de la historia de México y específicamente a esos lugares

en los que las costumbres de los pueblos y de las familias eran más que de cumplimiento obligatorio llegando incluso a lo sagrado.

Así, percibimos los olores de las comidas tradicionales y se nos invita a saborear “cazuelas gigantes de chicharrón en salsa verde, litros y litros de agua de chía, Jamaica y limón y gigantes ollas de frijoles. Había además, atole de maíz, enchiladas rojas y verdes, gorditas de manteca y chilaquiles” y escuchamos el rumor de los enamorados que se juran amores puros y eternos o imposibles, y percibimos el rumor del río y del viento y de la tragedia que se avecina en forma de tormenta.

Por la pluma sensitiva de este escritor autodidacta y ya una realidad en la literatura latinoamericana, conocemos de mexicanismos o palabras localistas que tanto preocupan a los ociosos y estorbosos críticos y aprendemos otra forma de entender al mundo desde la perspectiva de una cultura regional divinamente descrita y apreciamos y aprendemos de los principios y valores en las muchachas casaderas y sus obligaciones que las lleven a ser dignas del matrimonio.

Por la pluma e imaginación de Vazquez Mazatzi cabalgamos por los campos y los sembradíos y desde el cerro gordo, el que lleva al monte, veremos como de juguete la hacienda en la que vive una niña que es la envidia de las mujeres de todo el mundo y que espera a su enamorado que es a la vez el retrato de un charro de novela y al mismo tiempo dueño de un amor prohibido y callado y oculto que no obstante su grandeza representa una afrenta para los dueños de los sueños y poseedores de las llaves del edén.

Ya le pregunté al también conferencista: por qué ese final para un idilio de ese tamaño, pero simplemente dice que es así la vida, que el hombre es una posibilidad y que esta es el abanico con que se refresca la muerte y la vida, la suerte y el destino, el amor y la tragedia.

Como fuere, esta es una historia de amor para leerse con avidez, con ansiedad y reconociendo y recordando en cada línea la existencia del amor propio y ajeno que está acechado por la desdicha y la incomprensión o destinado a la gloria, ya que quienes saben amar retan al destino y disponen que junto al ser amado habrán de elevarse a las alturas como las alondras, como la plegaria de los enamorados que no saben de otra cosa que no sea amar a través del trino de las aves y de un mañana que si llega, no necesariamente habrá de ser como se esperaba.

Y, hablando de esperar, no olvide usted, maestro, que en los países latinoamericanos queremos recibirle, que deseamos y ansiamos su presencia y le pedimos que no nos niegue la oportunidad de conocerlo y volver a saludarlo, en persona, para estrechar su mano y para escucharle con arrobo su fluida y elevada palabra de verdad, de esperanza y de confianza.

Esperamos de corazón que su peregrinar por las instituciones del gobierno en México haya terminado y que ahora el poder ya sin la venda de los ojos haya caído en la cuenta del valor y la valía de un mexicano, que nacido y crecido bajo la sombra protectora de una montaña madre Malintzi y orgullosamente parte de la etnia Náhuatl, ha traspasado las fronteras del idioma, de las limitaciones económicas y de la ignorancia y es ya conocido, reconocido y muy apreciado en todo este continente y algunos países de Europa.

Maestro, amigo y compañero Berna, como le decimos quienes le estimamos y leemos, mi prosa ha sido bendecida por ser la elegida para escribir estas pobres líneas que de verdad, quisieron ser un prólogo. Me honra ser, primero, considerada su amiga y luego, haber sido destinataria de su confianza para ser una de las primeras personas elegidas en conocer su obra antes de ser publicada.

Me emociona hasta las lágrimas y me envanece el saber que usted y el amigo común Ojeda y Valle me han dado la oportunidad de pasar a la historia de su vida literaria por esta humilde aportación. Yo, que le he conocido y abrevado de su mente limpia y su palabra franca y honesta, que he amado a Manoel Ingrid, Benigno Milagro, Crisálida y Marcelo pues usted nos ha enseñado a reconocer y valorar a los *discapacitados*, que añoro a la hermosa y fragante república mexicana, sólo me resta decirle: Dios bendiga al creador de tal bellas historias.

Hasta siempre, amigo y maestro, le despide el saludo fraterno y solidario de sus amigos y amigas que brindan en honor a “La última Alondra”.

Suya eternamente:

Celeste Etchegaray Prado
La Paz, Bolivia, marzo de 2016



La última Alondra





PRIMERA PARTE



Corría el mes de octubre y en los campos ya se notaba el color dorado de la milpa seca. Unas pocas cañas, vencidas por el peso de las mazorcas, se habían doblado hasta descansar sobre el suelo. Pero la mayoría se mantenía erguida, retando al tiempo, mostrando sus frutos al infinito y haciendo del valle un inmenso tapete que contrastaba con el azul intenso del cielo.

Desde la cima del cerro gordo, por el camino que lleva al monte, podía verse el prodigio ajedrezado de la naturaleza en tanto que las haciendas, el pueblo, las casas, los caminos y el río, eran diminutas figuras dibujadas como juguetes esparcidos por doquier.

En los campos de toda la región las mazorcas estaban listas para ser levantadas y en la hacienda La Margarita, propiedad de la doña, de la Señora Margarita viuda de Arcángel, no podía ser la excepción. Sus grandes extensiones sembradas de maíz azul y blanco estaban a punto de ser cosechadas y los hombres y mujeres, dispuestos a penetrar en los surcos para arrancar a las milpas lo que, con la gracia de Dios, arroparon y maduraron durante algunos meses y días. A eso, a la pizca, se debía el alboroto que desde temprana hora hacían los moradores de la hacienda y los peones contratados para ese fin.

Antes que saliera el sol, los hombres rudos y las mujeres acostumbradas al trabajo del campo cargaban ayates llenos de grandes mazorcas que depositaban en costales hasta llenarlos; otros peones los cargaban y acarreaban hasta la vera del camino para ser llevados en carretas a la casa grande.





Mientras un ejército de trabajadores, bajo el mando de los patrones varones avanzaban como estampida sobre los terrenos, en la cocina las mujeres, cual hormigas laboriosas, desde las cinco de la mañana llevaban de acá para allá cuanto fuese necesario para dar de almorzar a los trabajadores que, por su cuantía y apetito, requerirían de cantidades enormes de tortillas, cazuelas gigantes de chicharrón en salsa verde, litros y litros de agua de chía, jamaica y limón y gigantes ollas de frijoles. Había además, atole, enchiladas rojas y verdes, gorditas de manteca y chilaquiles para quienes apetecieran. Porque el trabajo del campo despierta el hambre y el hambre es canija, pero más el que la aguanta...

Sumada a los menesteres de la cocina y como toda una experta, doña Carmen, hembra cuarentona y saludable, no dejaba de dar órdenes al resto de las mujeres y de atizar el comal donde se cocían tortillas azules y blancas que se esponjaban al ser depositadas por las manos diestras de las campesinas.

Ella tenía un niño en sus brazos al que amamantaba con sus grandes pechos que parecían dos odres de pulque, mientras tarareaba una canción de cuna aprendida de sus antepasadas y que era acompañada en el coro por el resto de las presentes: «duérmase, mi niño, con todo y tambache; su mamá, la ardilla, su papá, el tlacuache»

Más allá su cuñada, Alondra, hermana de su esposo, con una larga cuchara de madera meneaba el interior de una botijona olla de atole. Al hacerlo sus senos se mecían al mismo compás dentro de su blusa blanca de algodón con bordados rojos y verdes encendidos. Su cabello, en negrísima madeja, le caía por la espalda hasta la cintura breve, imitando la delgadez de una avispa; sus preciosos ojos negros se mantenían serenos y hermosos, a pesar del humo que envolvía su cuerpo y que la hacían parecer como una bella aparición.



Era la última hija de la descendencia de Doña Margarita y del difunto don Heriberto Arcángel. Era una chiquilla verdaderamente hermosa a sus diecisiete años de edad.

— ¡Alondra, no dejes de batir dentro de la olla! — dijo la patrona Margarita al entrar a la cocina supervisando todo, y agregó: Luego te fijas si ya están dispuestas las mesas; ah, y de pasada pídele a Damián que avise a la peonada que ya está el almuerzo. Pero que se apuren o van a comer frío...

Doña Margarita era, podría decirse, la líder de la zona, la jefa del pueblo, la representante de un matriarcado o una dirigente natural. Todos en la hacienda y fuera de ella deberían rendirle cuentas y sólo ella sabría qué hacer, cómo y cuándo. Si alguien peleaba con otro o buscaba problemas con la esposa o con los vecinos, además de poner paz, sabía qué correctivo imponer. Si alguno tomaba más de dos días o malgastaba el dinero de la familia, sabiamente llamaba la atención y, claro, castigaba con justicia y ley.

En el pueblo se sabía de su poder y ecuanimidad, de ahí que hasta el presidente era nombrado por ella, y esta autoridad la consultaba con frecuencia respecto a sus acciones.

Si bien la mayor parte de sus intervenciones, atenciones y beneficios se derramaban en el seno familiar, su dominio y benevolencia se dejaban sentir hacia los trabajadores de planta y en los de contrato eventual de la hacienda. Era garante de la continuidad de las costumbres del pueblo y muchas veces su sabiduría se dejó sentir en la capital del Estado en donde era muy estimada y obedecida. Era tanto el respeto que se había ganado y que le manifestaban, que se había convertido en madrina de bautizo, primera comunión, confirmación y boda de todo San Nicolás, de mucha gente del municipio y hasta de políticos importantes de la capital. En asuntos de pedimentos de mano y casamenteros intervenía e incluso encabezaba las ceremonias del juez civil; en

los actos patrios y fiestas religiosas su presencia era obligada; nada podría empezar o terminar sin su anuencia.

Era la perfección y la disciplina en persona, representante fiel de las sagradas costumbres, el sabio consejo a flor de labios y la experiencia acumulada por los años. Por ello nadie se atrevía a dudar que sus determinaciones eran las correctas, justas y puntuales. Sus sugerencias eran indicaciones, sus deseos órdenes, su palabra, la verdad total.

Si uno de sus hijos iba a casarse, ella en persona iba a la capital del Estado por el obispo, llevaba invitaciones al gobernador, al presidente municipal y a los diputados, organizaba el fandango, bailaba el guajolote y brindaba con tequila hasta el amanecer. Porque si alguien no lo sabía o se negaban a creerlo, Doña Margarita era más aguantadora que algunos que se decían tomadores. En fechas especiales, que eran muchas, departía con tequila al igual que los hombres y nunca la vieron mareada.

Así, el pedimento de mano de una nueva integrante de la familia debería ser como lo ordenaran las costumbres heredadas a la región por los ancestros de los viejos y aprendidas por los jóvenes a quienes, de todas formas, representaba la doña. Una nueva muchacha que fuera a ser De Arcángel tenía todas las atenciones y distinciones dignas de sus hijas pues también habían recibido esos honores cuando el destino había llamado al matrimonio a una de sus herederas.

Ahora que tales homenajes iban más allá de los acostumbrados sólo si la aspirante a convertirse en nuera reunía los requisitos que eran insalvables: tendría que ser una mujer hacendosa, limpia, educada, católica y temerosa a Dios, humilde y, sobre todo virgen del cuerpo y del alma. De no ser así, ninguna muchacha soñaba siquiera en integrarse a tan ilustre familia de terratenientes famosos por su riqueza, bondades y sabiduría.

Y si una hija suya fuera a casarse, tendría que ser con un hombre de intachable conducta: trabajador, sin vicios y sobre todo, hijo de familia recomendable y acomodada. Ni en sueños iba a emparentar con una familia que diera de qué hablar y, desde luego, no permitiría que su hija fuera a padecer una vida de privaciones con un borracho u holgazán; tenía miedo que alguna de sus muchachas sufriera lo que ella al casarse.

Porque se casó con don Heriberto, ya difunto, cuando éste era muy pobre. Claro que con trabajo habían conseguido lo que tenían pero para ello tuvieron primero que sufrir, trabajar de sol a sol, privarse de muchas cosas para ir comprando terrenos aquí y allá, hasta lograr esas enormes extensiones que el esposo desaparecido bautizó con el nombre de la entonces muchacha más hermosa de esos parajes y tiempos: Margarita.

Ella recordaba frecuentemente a sus hijos e hijas la importancia de la obediencia y lealtad al apellido y de las consecuencias de su ira, pues ponía como ejemplo lo ocurrido una ocasión con Emilia, la segunda de sus hijas quien dijo estar enamorada de un viajero. Aseguró estar cautivada por ese extraño y que con él encontraría su destino. Vaya atrevimiento; eso no lo permitió y puso un ejemplar castigo a tal osadía. Con el tiempo la muchacha le agradeció a su madre su protección pero entonces...

Contrariarla significaba despertar su furia y para alguien que hiciera alguna cosa sin su supremo consentimiento significaba el destierro o el suicidio. Ya en muchas ocasiones había demostrado su carácter firme y todos estaban seguros de que la señora era capaz de todo con tal de hacer cumplir su ley.

A la hora del almuerzo llegaron puntuales los patrones. Don Ubaldo, el hijo mayor, Matías, también casado y segundo de la descendencia;

Rodrigo de 35 años, casado con la hija del presidente municipal y Daniel, el terrible Daniel, el conquistador, el simpático joven sabor, sal y pimienta de toda reunión. Los seguía una procesión de hambrientos campesinos que quitándose el sombrero, saludaban haciendo reverencias.

Llegaron causando gran alboroto, con mucha hambre y hablándose palabras y frases de doble sentido que, increíblemente, la doña escuchaba, entendía y censuraba.

Luego se sentaron en largas tablas sostenidas en ambos extremos por sillas a fin de no poner tantas sillas como personas fueran a comer. Los patrones, como cualquier peón, comerían en el enorme patio. Incluso doña Margarita que ahora exigía prontitud a las mujeres que como en procesión, servían el almuerzo.

— ¿Cómo está la cosecha ahora, Daniel?, preguntó la matrona cuando el aludido daba un escandaloso sorbo a la taza de atole.

— Pos como quiere que esté, amá, pos como mi novia: ¡Bien chula...!

Todos rieron menos su madre que severa espetó: — ¡Compórtate, muchacho, por Dios...!

— Buena cosecha la de usted, doña Mago. Como cada año, no faltaba más. — La voz era de Martín Lucero, Chacho, en la hacienda, para los amigos y como muestra de gratitud y amistad. Era el hombre de confianza, el caporal mayor, la mano derecha de los patrones.

Vivía desde niño en ese pedazo de gloria y se había ganado el respeto de peones y patrones por su dedicación al trabajo, por su honradez y lealtad... Vivió siempre contento y agradecido con la bondad de la doña y no debió aspirar a más de no haber sido porque...

Cuando llegó Alondra llevando más tortillas recién salidas del comal para los comensales, sus ojos se quedaron fijos en los de Martín por breves instantes. Si bien ya en otras ocasiones sus pupilas la obligaban a mirar al joven peón, ahora por primera vez

sintió un intenso y extraño escalofrío que le recorría la espalda, sensación para la que no encontró explicación. Se puso colorada e inmediatamente fue para la cocina.

Ahí buscó encontrar alguna razón a su desconcierto e inquietud sin lograrlo. Le sudaron las manos y su corazón le latía haciéndole recordar al tambor de la banda dominical de San Nicolás.

— ¿Por qué te quedaste callado, Chacho?, Enséñanos el fantasma, Martín, ¿Pos qué asustó al más valiente de mis charros...? — Las bromas provenían de los hermanos de la hermosa y de todos los presentes. Las risas se escuchaban en la cocina, ahora refugio de la chiquilla. Las repetían las parvadas de pájaros que cruzaban el cielo y las festejaban las aves canoras de los corredores...

Pero él no escuchaba nada. Desde hacía ya unos meses esos luceros metidos en los ojos de la señorita Alondra le causaban tal inquietud que no le permitían vivir en paz y le había despertado sentimientos tan sublimes como extraños.

Claro que sabía que se trataba de un divino enamoramiento pero ¡De la patrona! ¡De la hija de doña Margarita...!

Él ya había visto otros ojos y su sonrisa varonil fue correspondida por preciosas muchachas hijas de los peones... o de atrevidas hembras del pueblo, pero nunca fue más que un trino, el aleteo de un ave o un suspiro. Eran tan fugaces y juguetonas esas manifestaciones del alma que no habían despertado las primeras ilusiones en el muchacho aunque esto, esto era diferente, especial, único y, peligroso.

Porque esa mirada, esa actitud de la niña Alondra, eran diferentes; lo subyugaban, lo atrapaban; lo sumían en sueños dorados, azules y rosas, lo transportaban a un mundo lleno de vapores y aromas desconocidos. Desde luego que había reparado en la hermosura de Alondra, incluso hasta llegó a desear alguna de sus miradas, pero ¿acaso ella correspondía a sus sueños? No, eso no podía ni debía ser porque sabía lo que significaba enamorarse de la patrona... aunque...



Y una y otra vez, mientras devoraba cuanto le acercaban, hizo y deshizo ilusiones, sonreía y se quedaba pensativo, se le alegraba y entristecía el semblante. Cómo hacer realidad su sueño si no era más que un peón, el servicial de la mujer amada. Ya mero se haría yerno en la hacienda... ¿Cómo mantenerla? ¿Del salario de su madre? Pero por otro lado, ¿Cómo enfrentar a la señora? Sería la locura... Y siguió soñando con esos ojos hermosos y con los labios más dulces del mundo.

Sumido en sus sueños de colores se preguntó qué podría impedirle enamorarse de esos ojos coquetamente hermosos de tímida paloma cantadora. «Puedo jugar pero a sabiendas que voy a perder, o que voy a jugar de a mentiras, y un juego inventado por las ilusiones», se dijo sin ver que había derramado chocolate en su camisa.

Ella tenía todo para que el peón y todo cuanto mortal la viera se esclavizaran de su figura celestial, de su cuerpo de ensueño que de no ser por esas faldas tan holgadas y a la antigua que usaba sólo en la cocina, mostraría unas formas tan perfectas que ya cualquier dama de ciudad y de postín quisiera poseer.

Al evocarlas se dijo que con un poco de suerte podría hacerse dueño de tan superiores dones. Después, después nada importaría, lo podría despedir su patrona, lo podrían encerrar cien años en las más lóbregas mazmorras o desterrar a otras naciones pero, por un beso de Alondra, el infierno era poco como castigo.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del mozo de veintidós años, el corazón le palpitó alocadamente y sus ojos adquirieron el brillo característico de los enamorados. Y recordó que la niña le había devuelto la mirada. Eso significaba muchas cosas, por ejemplo, que ella también con sus ojos le prometía días de intensa felicidad a la luz del amor; de noches que por muy negras que fueran, tendrían el brillo de la esperanza, del amor...





Al atardecer los peones de contrato se formaban para recibir su pago; Chacho no se había presentado todavía, urgía su presencia porque era él quien repartía el dinero aunque ante su ausencia, Ubaldo hizo el trabajo. Cerca de las siete de la noche, cuando todos se habían marchado, el muchacho llegó a la hacienda. Llegó montado en una yegua alazana y como siempre, acompañado de su perro Veneno. Venía sonriente pero con la mirada perdida en el horizonte, y así se pudo quedar, a no ser por la voz de la patrona que lo bajó de su nube.

- Martín, ¿pues dónde andabas...?

- Perdona, patrona, pero es que pos creí que no se había arreado todo el ganado del potrero y fui a revisar, no vaya siendo que por la noche el coyote vaya a tener fiesta. No tenga cuidado, doña Mago, que por el potrero y los corrales no hay de qué preocuparse; todo anda en orden. Antes, regáleme un poco de agua. Digo, si no es mucho pedir...

Esperaba que se le permitiera ingresar a la casa grande para estar cerca o siquiera mirar de lejos a la hermosa muchacha pero no fue así.

Fue mejor. Doña Margarita gritó: — ¡Alondra, trae agua para este hombre! Pero apúrate que el pobre viene muriendo de sed.

Ese nombre y la oportunidad de ver cerca a tan agraciada chiquilla hicieron de Chacho un pedazo de gelatina. Le sudaban las manos, los pies se le volvieron indecisos, se le resecaron los labios.

- No hay necesidad, patrona. Puedo, digo, si me lo permite, ir yo mismo. No moleste a la niña, señorito...

— No faltaba más, que a mi leal Chacho no se le atiende como se merece, digo yo... Y volvió a gritar: ¡Alondra, que urge!

Ella ya tenía un jarro con agua de cántaro en las manos cuando escuchó el segundo llamado de su madre.

Salió y miró al muchacho: altivo, apuesto, fuerte. Nunca imaginó descubrir tantos atributos en un hombre. Se acercó con la cabeza baja y con las manos temblorosas como si titiritaran de frío. Al estar frente a él sintió miedo de que los ojos café oscuro del muchacho fueran a penetrar en su alma y fueran a descubrir esa naciente inquietud.

No pudo evitar levantar la mirada y se topó con los ojos de él; se miraron apenas breves instantes durante los cuales sus pupilas entablaron una conversación de palabras tiernas. Sus ojos los condujeron por los laberintos que pone por trampa el amor. Y él, el amor, hizo que una sola mirada fuera suficiente para que se prometieran volver a buscar la oportunidad de retar al destino. Esa tierna contemplación les hizo prometerse buscar la ocasión para hablarse, para estar solos, para mirarse otra vez, para únicamente mirarse... por lo pronto.

A las nueve de la noche volvieron a juntarse, en la sala principal, los patrones: Ubaldo y esposa, doña Carmen; Ernesto y esposa, doña Ifigenia; Rodrigo, el que mejor entendía eso de los precios del ganado; Emilia y su esposo Miguel, yerno; Guadalupe y esposo, don Ricardo, yerno; María y esposo, Rómulo, también yerno; Daniel el joven y, Alondra, la preciosa criatura que vivía en esos momentos entre nubes de algodón.

Emilia, hija, era la esposa de uno de los hombres más ricos de San Nicolás; Guadalupe contrajo nupcias con el hijo del Presidente del Tribunal Agrario; Carmen era la mujer del dueño de todos los camiones que transportaban semilla y ganado a toda la región y al Estado y María, nuera del secretario particular del gobernador.

María, hija mayor de doña María Arcángel y nieta de la matrona, a sus quince años, se hacía cargo del cuidado de la cena,

de que los niños no interrumpieran a los grandes y de que las cocineras atendieran con prontitud a los señores que escuchaban con atención a la madre mayor respecto al trabajo que habría de realizarse al día siguiente, muy temprano.

Sin embargo, la inquietud de Alondra pudo más que toda obligación de estar presente en la reunión así que, mientras su madre dictaba sus órdenes, se escurrió para su alcoba.

Entró lentamente, como contando los ladrillos rojos, como evitando pisar su sombra. Se sentó al borde de su lecho y suspiró un nombre: Martín.

Dijo esa palabra en voz baja a la lámpara de petróleo, a los grillos que le cantaban una delicada y metálica canción de amor. Cerrando los ojos evocó el rostro de quien le robó la quietud y lo creyó grabado a cinceladas en su mente... volvió a sentir esa mirada penetrante, la fuerza de esos ojos serenos y profundamente misteriosos como dicen que es el amor ¿El amor? ¿Eso era el amor...? Y trajo a su mente los labios frescos del muchacho: carnosos y enmarcados por su bigote que lo hacían tan atractivo y varonil... Y, tantas cosas más que la atraían...

Poco a poco se fue quedando dormida.

Esa noche soñó con Martín.

El domingo, en la casa grande, desde temprana hora, las mujeres hacían el desayuno. No era necesaria la presencia de todos en la mesa pero sí para acudir al pueblo a misa de nueve. Luego, al regresar de San Nicolás, todos los hombres deberían recorrer las propiedades de La Margarita y supervisar que todo estuviera bien; de ello hacían un reporte a la señora y ésta, a su vez, transmitiría órdenes al caporal.

Al mediodía los varones jugaban baraja, bebían alguna cerveza, ayudaban a los peones a herrar caballos, o hacían lo que les diera la gana. No así las mujeres menores, ellas tenían que aprender muchas cosas que doña Margarita sabía y que la habían llevado a ser la esposa perfecta, en tanto que las nueras y las hijas, por decreto, vigilarían que la despensa estuviera completa, que los gallos no molestaran a las gallinas cluecas, que el huerto y los jardines estuvieran limpios, que los rosales no se atrevieran a ingresar a donde no debían, que los canarios y las alondras tuvieran agua y comida...

—Ahora vamos a aprender a trazar un vestido— dijo doña Margarita a las muchachas, incluyendo a Alondra, mientras extendía sobre la mesa de costura un rollo de tela tafetán.

Y deberían poner atención pues no repetía una clase sin un severo regaño. Y aunque era clara y paciente haría las cosas una vez, luego pedía que alguna hiciera lo mismo; sólo que a Alondra tendrían primero que despertarla, bajarla de su nube, volverla a la tierra de los mortales, o tendrían que repetirle mil veces la clase. Tenía la mirada distante y las manos inactivas. Su mente le traía la figura de Lucero, montado en su yegua canela, o arando con yunta de bueyes, arreando el ganado, cortando la leña, cargando costales de maíz. Le miraba el rostro sudoroso, los brazos fortísimos, la ancha espalda que no se doblaba al peso de los tercios de leña que acarreaba...

No podía apartar de sus recuerdos esos ojos que le habían prometido tanto. De pronto la estremeció una duda ¿Se habría equivocado acaso y la mirada del Caporal no quería decirle nada?... No, no podía ser. Imposible. Había descubierto en el peón la llama del amor; tenía que volver a verlo o se volvería loca.

Como un murmullo escuchó la voz de su madre que la obligó a volver a la realidad.

—No quiero que cuando se casen, su marido o sus suegros digan que son unas buenas para nada, que nadie les enseñó a ser mujercitas

como lo son todas las hijas nacidas en este lugar... Porque una mujer que se precie de ser Arcángel no debe andar en la boca de la gente por no saber siquiera hacer una puntada... Las mujeres de esta casa y de todo el mundo tienen que ser invaluable y de eso me encargo yo...

Alondra pretextó jaqueca y pidió permiso para ausentarse de sus obligaciones. Le fue concedido.

El resto de la semana para los enamorados fue de un dulce juego de buscarse y verse a hurtadillas, de encontrarse y tratar de hallar el momento propicio para encuentros furtivos, de miradas fugaces, de sonrisas y suspiros profundos...

El domingo siguiente, tras cumplir en la hacienda la rutina obligada, Alondra fue de compras al pueblo acompañada por su hermana mayor y por su cuñado, por eso cuando Chacho se presentó a recibir las órdenes de doña Margarita no vio a su amada.

Como a la niña Alondra, al caballerango le asaltó la duda de si sus miradas y sueños eran correspondidos. Le inquietaba la sola idea de estarse engañando y de construir esperanzas con un imposible. Por ello era urgente volver a verla aunque la niña no le devolviera la mirada; bajó la cabeza mientras la doña le daba indicaciones y ella lo interpretó como una forma de respeto que inspiraba en Chacho su sola presencia.

Durante todo el día hizo hasta lo imposible por volver a acercarse a la casa grande y lograr su objetivo pero nada consiguió. Ni siquiera al atardecer pudo entrar al patio mayor a traer agua para el ganado, pues la patrona la envió con una cuadrilla de peones.

Entrada la noche pudo ingresar a la casa grande para pedir ayuda a don Raúl y a Daniel pues una yegua estaba en problemas al parir una cría y tampoco pudo ver a Alondra.

El lunes partió muy temprano al potrero pues las reses habían roto la cerca y amenazaban con invadir propiedades de la Hacienda Los Alcatraces y causar estragos en el sembrado de riego.

Fue desde los linderos que vio la Hacienda de su patrona más lejos de lo normal y, al atardecer, cuando el sol se presentaba como una naranja por el horizonte, cabalgó de regreso por los caminos polvorientos y sintió tristeza al estar tan lejos de la niña Alondra. Dudó una vez más de que la encantadora muchacha le haya mirado con interés y muy a su pesar aceptó: estaba enamorado de su patrona, de un imposible.

No obstante el frío que se dejaba sentir inclemente, Martín arrió su yegua y la hizo correr hasta llegar a su casita de adobe, ubicada a unos metros de la hacienda.

Al llegar, la vieja ama de llaves, doña Trinidad, lo recibió con un jarro de café caliente y lo hizo pasar. Notó que el muchacho tenía la mirada ausente y que se había quedado mudo.

No había visto a Alondra desde que ayudó a las cocineras a levantar una tina de nixtamal, pues para esos menesteres, hace falta fuerza de hombre. Mas, de mañana y tarde, buscaba a su amada con la mirada y construía pretextos para entrar a los patios, pero ni así la veía.

Dos semanas después volvió a encontrar la gloria en dos ojos grandes y hermosos que se protegían detrás de unas pestañas larguísimas. Sus miradas se buscaron ansiosas y, como en las ocasiones anteriores, repitieron en silencio sus promesas de amor. No había ya ninguna equivocación: Alondra le correspondió no sólo la mirada sino también los anhelos y, por qué no decirlo, igualmente estaba enamorada.

Por lo pronto era necesario buscar la forma de hablarle, de acercarse a su piel, de verla de cerca aunque por el momento no había otra cosa por hacer más que esperar y, soñar, soñar el momento de oírle su voz de trino de ave y de aspirar cerquita su aroma a jazmines y albricias. Sonriente se dijo que ya llegaría el momento de ver de cerca esos ojos que los habían metido en problemas.

Una mañana Martín encontró a su amada por la vereda que lleva al río y aunque de sus bocas no salió palabra alguna hicieron coincidir sus pensamientos y dejaron escapar un suspiro desde el mismo fondo de sus almas jóvenes; ella lo miró de frente y entrecerró los ojos, se ruborizó y seguida de la nana Agustina emprendió el camino de regreso con las canastas vacías. Entonces se dio cuenta que habían ido por flores y que por su turbación y sin explicación regresaba sin ellas. Él por su parte ató su caballo a un árbol para verla pasar y después cayó en la cuenta que no tuvo por qué hacerlo si iba al potrero. Río a carcajadas, feliz.

A partir de ese día Martín Lucero trabajó más aprisa que de costumbre: era dichoso. No sentía pasar el tiempo y las largas horas de rudo trabajo le parecían apenas minutos.

Regresaba a su jacal pardeando la tarde y aun cuando el frío arreciaba por aquellos días y obligaba a la gente a cubrirse hasta con doble gabán, él no usaba siquiera un jorongo, llevaba la camisa abierta hasta el pecho y silbaba desafinado tonadas que en el instante mismo inventaba. Guardaba los aperos de labranza y, dando las ocho de la noche, se guarecía en su casita de adobe. No, no sentía frío, sentía amor, tenía ilusiones y ambos sentimientos, impiden que la temperatura cruel se sienta en el cuerpo.

Por la mañana los campos ya barbechados estaban blancos de escarcha y el río en su ribera se había congelado. Martín los andaba contento y cantando. El aire helado en otros tiempos lo hubieran herido o le pudieron llevar la tristeza pero en esos momentos,

le parecía una suave caricia. Si hasta creyó que el viento emitía susurros sublimes.

La tarde rojiza con su belleza imponente le parecía una enorme hoguera de calor apacible. Las nubes anaranjadas anunciaban helada para el día siguiente pero por más frío que hiciera, no arrancarían en el muchacho una palabra de ingratitud; nada evitaría que se levantara temprano y con ganas de vivir, se lavara la cara y saliera a la faena.

Ese ocaso le inspiró canciones bravías y enderezando el camino, bordeó los encinos, subió la ladera y saludó a la primera estrella de la noche. Pequeños soplos de aire le movían el sombrero, le acariciaban el rostro... le traían el perfume de Alondra.

— ¡Caramba, muchacho, pasa que hace un frío de mil pingos! Guarda las cosas en su lugar y luego te pasas a tomar una taza de té — Doña margarita era amable, bondadosa, un ángel y, la madre de Alondra.

Entró a la cocina de la casa grande y sintió el calor del hogar, percibió el tenue aroma de la belleza y la juventud, la presencia de Ella.

— Alondra, sírvele a Martín una taza de té caliente; pero apúrate, por vida de Dios. Luego se fue.

Entonces su amada entró a la cocina, despacio, con un dulce temor en el alma y una ilusión en el corazón. Miró al joven de soslayo y, recargando su cabeza en el quicio de la puerta, suspiro quedamente, profundamente.

Se dirigió hacia ella sin dejar de mirarla y quiso abrazarla. Ella extendió los brazos como buscando rechazarlo pero los entregó a Martín que los tomó suavemente, como temiendo herirla. Sin salida, las mejillas de la chica se encendieron y retrocedió y como en murmullo musitó: ¡Martín, por favor...!

El hipnotismo en que habían caído les impedía dejar de mirarse a los ojos, les obligaba a acercarse, a tocarse. Presa de una emoción indescriptible, con movimientos torpes y delicados, eludió los brazos de Chacho e intentó darle una silla. Le ofreció una taza de té bien caliente. Le repitió sin sentido una súplica: Martín, por Dios...

Al ocupar la silla él quedó de frente a la criatura culpable de sus desvelos; sus enormes y apacibles ojos los transportaban a lugares distantes y bellos, les abrían la imaginación. Se acercó, la tomó entre sus brazos, rodeó su brevísima cintura y le acercó sus labios.

Azorada, Alondra dejó caer la cortina de sus ojos y esperaba sentir el sublime primer beso nacido del verdadero amor, del hombre que la había enamorado. Sentía que volaba entre celajes y escuchaba música de ángeles, danzaba al compás de un vals interminable...

Fue sólo un leve aletear de mariposa, una brisa suave, un instante de sublime espera; el beso no se hizo presente, la gloria no llegó cuando se le llamó...

La voz de María, nieta de la señora, se dejó escuchar llegando al lugar en que iba a manifestarse un milagro, y se separaron con la desilusión reflejada en sus rostros. Nunca como entonces le reprocharon a un ser humano su presencia impertinente.

La adolescente entró saludando a su tía con un beso en la frente y al peón, con un dejo de cierto desprecio o indiferencia, actitud que Alondra notó y le dirigió una mirada de enojo que no fue notada. Se sentó iniciando una plática que distaba mucho de ser corta.

Martín se retiró despidiéndose cortésmente sin recibir respuesta de la chamaca, no así de la hermosa que le suspiró y le dirigió una mirada cargada de amor puro.





Se acercaba la feria del pueblo y Doña Margarita ordenó al muchacho pintar de azul la fachada de la Hacienda, incluso le autorizó entrar a la casa cuantas veces quisiera y pedir a quien estuviera más cerca lo que necesitara. Eso significaba que podía ver muchas veces y por mucho tiempo a Alondra.

Y sí, se vieron, se hablaron aunque fuera muy poco; intercambiaron miradas significativas, pero nada más.

Llegó el primero de diciembre con sus fríos cada vez más crueles pero también, la oportunidad de estar juntos: la patrona envió a Alondra al pueblo de compras y, gloriosamente, envió como acompañante a Martín Lucero.

No salía todavía el sol cuando ya Chacho saludaba los primeros trinos de las aves y daba la bienvenida al nuevo día con una nueva canción inspirada en el amor. Y aunque el frío era en verdad inclemente, en su corazón ardía una llama que esa mañana se iba a convertir en un verdadero incendio.

Ella estaba notoriamente inquieta: se frotaba las manos, volvía a peinar sus cabellos y acomodaba presurosa sus moños azules; su corazón latía desaforado y tenía miedo que su latido se oyera hasta el exterior.

Cuando salió ya Chacho la estaba esperando al pie del coche elegante. Vio al mozo bañado, peinado, afeitado, guapo sin duda; ambos esperaban de la señora la orden de partir. Y la escucharon: ¡no tarden, por vida de Dios, no me tengan con el pendiente!

Tomaron rumbo al pueblo y avanzaron por algunos minutos en silencio y, aunque tenían muchas cosas que decirse no sabían cómo empezar; mas no tenían por qué permanecer callados y desaprovechar aquella oportunidad que tal vez no iba a repetirse en mucho tiempo.

El sol asomó su cara redonda y colorada por entre las montañas divisando los campos escarchados y al mismo tiempo vio un coche

que daba tumbos por entre el camino polvoriento. A él le dirigió sus más cálidos rayos. Parecía alegrarse de que ahí hubiera dos almas inquietas y felices.

Martín miró con delicadeza y ternura a Alondra, y cuidando que sus palabras no la asustaran, le dijo con voz trémula que quiso ser suave.

— ¿Sabes? digo: ¿sabe usted? yo... ¿Cómo decirle, decirte, decir...?

La lengua se le hizo trapo mientras la muchacha esperaba ansiosa que se deshiciera el nudo que impedía hablar al galán.

— Es algo que... bueno es que es tan, tan, tan... difícil de decir; porque yo; tú sabes. Usted ha visto que yo y... yo me he dado cuenta de que, bueno...

¿Por qué será tan tramposo el amor? Se dijo enojado.

No, no podía hilar frases coherentes, no sabía cómo empezar a decir lo que le dictaba su corazón. Vaya, si hasta lo estuvo ensayando toda la noche y otras tantas de inquietud.

Porque ya había planeado la forma de declararle su amor a la patrona y en ese aspecto había puesto mucho cuidado aunque, era cierto, nada era igual a la realidad. ¡Cómo se le fue a olvidar lo que esa o cualquier ocasión debía ser planteado!

Volvió a quedarse en silencio mientras rumiaba para sí su impotencia ¿Cómo explicarse después que si no era novio de Alondra fue porque no fue capaz de declarársele?

Habría que buscar, en ese mismo instante, otras palabras, otra forma; calmar los nervios, poner atención en la mirada de ella, tomar aire, impulso... Si olvidaba por algunos segundos su miedo, quizá de esa forma las palabras saldrían solas, o lo dirían todo...

Y ella pedía encarecidamente al cielo que a él no se le olvidaran sus intenciones, que no se le ocurriera decir que no era importante, o que otro día se lo diría. Pero no, volvió a escuchar del charro, el intento...

— Mira, pues la verdad (parecía decidido) es que desde hace mucho tiempo me he dado cuenta de que... pos; es que tú; es decir yo...

— ¿Que tú y yo qué, Martín?

Nada, no podía seguir, no le brotaba ninguna frase concreta y concisa; se puso rojo como jitomate y bajó por unos segundos la testa.

— Si no me dices qué es lo que quieres, yo no sabré nunca lo que quisiste decirme...

Ella también estaba ansiosa, emocionada, exaltada y, colorada como fresa madura.

Pero debieron pasar largos minutos y muchos metros del camino para que él, al intentar volver a la carga, se diera cuenta de que sería imposible en esos momentos decir cosas tiernas, palabras de amor. Tal vez al regreso del pueblo, se dijo. Hubiera querido golpear algo para castigar su torpeza.

Se sentía ridículo, tonto.

Detuvo el coche, se frotó las manos, alzó la vista hasta quedar frente a los ojos de la chiquilla y, no hubo ya palabra alguna que dijera lo que comunicaban las almas; un beso supremo, glorioso, perfumado, culminación de anhelos y prueba de que el cielo existe, fue el premio para ambos.

Luego él abrazó a Alondra que encontró en sus brazos refugio y permanecieron en silencio. Ella tomó la mano fuerte del peón y él tocaba el rostro fino de la niña, delicado como pétalo de flor, acariciaba su cabello suave y perfumado y, de vez en vez la miraba a los ojos. Eran felices; estaban enamorados.

En el campo los canarios, las tórtolas, palomas y tordos entonaban un coro dedicado a los ángeles del cielo y a las almas que en la tierra se amaban limpiamente. El sol, ya con más fuerza daba vida a todas las criaturas y, sobre todo, alimentaba el fuego que acababa de iniciarse.

Dentro del coche los enamorados se volvieron a mirar; otra vez se tocaron el rostro y rieron. Ella cerró los ojos y ofreció sus labios tiernos y ávidos a Martín que los besó suave, larga y delicadamente. Luego, se dispusieron a seguir la marcha.

Durante el resto del camino no se dijeron nada pero no iban callados. Ella cantaba una canción campirana y él le hacía coro.

Qué bonito besa mi amor enamorado
Ay, que suave brisa en la campiña
Como para que se amen el charro
Y esta mujer que ya no quiere ser niña.

Si el amor fuera viruela
Estaría el mundo cacarizo.
Si el amor fuera tristeza
Todos estaríamos llorando

Las compras fueron muchas y las canastas amenazaban con reventar. Martín las cargaba y trasladaba al flamante Ford, haciendo gala de fuerza.

De regreso a la hacienda volvieron a hacer un alto bajo los pirules y otra vez se besaron; por primera vez en su vida Alondra musitó en voz baja: te amo.

El día de San Nicolás, el seis de diciembre, la casa grande se vistió con sus mejores galas y las mesas lucieron manteles largos. Por la mañana, toda la familia asistió a misa mayor y al mediodía en la hacienda ya las cazuelas hervían mole de guajolote, grandes cazuelas con frijoles de epazote burbujaban y el arroz estaba en su punto.

Por ahí de las dos de la tarde empezaron a llegar los invitados que no eran otros que los compadres de doña Margarita, algunos más, dueños de las haciendas vecinas y los menos, ahijados y amigos. También se hizo presente un enviado del gobernador, el presidente municipal y dos diputados.

Martín entonces no tuvo ninguna necesidad de acercarse a la casa grande y por lo tanto, tampoco pudo ver a su amada.

Por la noche, cuando unos dormían y otros se disponían a ir al baile al pueblo, se presentó a la cocina y no vio a la niña de sus ojos. Una cocinera le sirvió los alimentos pero apenas si probó el mole; estaba molesto, celoso. ¿Por qué se había ido al baile sin avisarle? Tal vez no le hubiera pedido permiso pero al menos le pudo avisar...

Porque sabía que en el baile de feria habría hombres guapos, adinerados. Y la mirarían, le dirían palabras hermosas y sin titubeos; ella danzaría rodeada del brazo de otro hombre, altivo, gallardo... simplemente estaría cerca de otro y eso era bastante.

Un terrible sentimiento de inferioridad se apoderó de él ¿Por qué no podía tener el mismo valor, ser igual que otros para estar también en el jolgorio?

Como sombras vagas, pero que poco a poco iban tomando forma, llegaron a la mente del muchacho los recuerdos. Y recordó su orfandad, el momento de separarse de su pueblo para enfrentarse al mundo, luego de llorar horas enteras frente al sepulcro de su madre.

Se había quedado completamente solo pues de su padre, ni el nombre supo. Entonces, al no tener a quien recurrir ni quién se hiciera cargo de él, en silencio se despidió de su pueblo, de la casita en la que nació y vivió.

Sus tíos, hermanos de su madre, le despreciaban por eso, por ser un hijo sin padre, delito muy penado en esos rumbos y tiempos; ahí no tenía nada ni a nadie.

Y fue precisamente un seis de diciembre, pero de hacía ya once años, que llegó a San Nicolás, sin más ropa que la que llevaba puesta y sin otra cosa que hambre y frío.

Atraído por el ruido de la feria y por las luces de colores deambuló horas y horas. Buscando dónde pasar la noche y tal vez soñando en unas manos protectoras, entró a la iglesia engalanada y rezó las pocas oraciones aprendidas de la mujer que le dio la vida.

Luego de estar mucho tiempo dentro del cálido templo vio al sacristán acercarse para pedirle que abandonara el lugar pues era hora de cerrar.

Cabizbajo abandonó el santuario y se sentó en las gradas del atrio. Ahí lo encontró doña Margarita; estaba llorando y temblaba por el frío.

Ella lo miró con ojos dulces y amorosos; le tendió las manos con afecto y él las tomó agradecido. Desde entonces vivió con la seguridad de que sobre la tierra hay gente buena. Y debió también vivir pensando en no traicionar la confianza de su patrona pero, pero estaba Alondra, la que cuando él llegó a la hacienda no era más que una graciosísima niña de largas y sedosas trenzas.

Conforme fue creciendo fue aprendiendo de los más viejos el oficio del campo, incluso algunos que le habían transmitido valiosos secretos para esas fechas ya habían muerto. Con el tiempo se fue ganando la confianza de peones y patrones y a los quince años, se convirtió en el caporal de la hacienda más próspera de la región.

Eso le trajo beneficios pues se le hizo vivir cerca de la casa grande, al cuidado de la vieja Trinidad que también lo adoptó como hijo.

Doña Trini, la vieja soltera, fue siempre su paño de lágrimas y consejera, aunque hasta entonces no sabía del amor prohibido del muchacho. Lo había visto crecer como a las milpas de cada año y, como una madre, sabía si el chico estaba triste o contento, enfermo o sano; por ello, le extrañó que en los últimos días a Martín se le olvidaran las cosas, se le iluminara el rostro y que hasta cantara canciones que hablaban del amor grande, de una ilusión sin límites, de besos correspondidos.

Pero esa noche de feria Martín no era del todo feliz ni le parecía todo hermoso. El saberse lejos de Alondra y el peligro de que ella pudiera rendirse al galanteo y embrujo de otro lo pusieron inquieto. Estaba confundido, molesto, triste.

Al día siguiente, lunes, no esperó las órdenes de Doña Margarita. A las seis de la mañana ensilló su yegua canela, llamó a su fiel Veneno y fue a cuidar que el ganado no pastara en el potrero, en los pastizales de renuevo. Fue hasta los límites de la hacienda La Margarita nomás por no estar en un sólo lugar.

Tenía la boca amarga por la incertidumbre y su rostro se veía demacrado por la desvelada ya que no pudo dormir pensando en lo que habría disfrutado su novia en el baile.

Pero ¡oh! sorpresa, casi al mediodía Alondra en persona, montada en su yegua repinta y enfundada en traje de charro les llevó el almuerzo a él y a algunos viejos peones. Tuvo remordimientos por haber dudado de la fidelidad y amor de la muchacha aunque, pensándolo bien, ya no importaba con cuántos estuvo sólo bailando si estaba ahí, deslumbrante, alegre, sonriente y olorosa a jazmín.

La canasta quedó olvidada desde el momento en que ella se acercó, le robó la respiración, le absorbió los sentidos, con ansias de joven ilusionada le tendió los brazos y lo besó anhelante, con amor.

Y aún en esos momentos de gloria le parecía increíble que una mujer tan fina y hermosa como una aparición le perteneciera.

Se abrazaron fuerte, una y otra vez rieron, se juraron amor y se besaron muchas veces...

Estaban contentos pues estaban juntos, felices, y enamorados.

Fue entonces cuando ella reparó en las ojeras de Martín e inquirió el motivo. ¿Celos? vaya, acaso no los besos eran suficiente prueba de amor. Su presencia lo decía todo y esa era la más comprometida prueba de amor; ella no tenía otra forma de jurar fidelidad eterna.

¿Dudas? Injustas, sin duda, porque ella ni siquiera bailó por estar cuidando a Daniel que ya se encontraba con algunas copas de más.

¿Explicaciones? ¿Para qué? Ella estaba ahí, toda, para él sólo.

Un “te amo” pronunciado casi en susurro y al unísono acalló cualquier protesta, duda, temor... Luego otro beso apasionado y un adiós con su hasta pronto de por medio.

Ese día y al agregarse a la faena, Martín Lucero se quitó la camisa para trabajar con mayor libertad y más tarde ayudó a los peones a levantar bordos para evitar que las próximas lluvias rompieran los surcos. Luego del mediodía ordenó a los vaqueros llevar al ganado al río y de regreso a la hacienda escogió a las ovejas para la trasquila y hasta se acomió a inmovilizar a las que iban a quedarse pelonas.

El problema de todos los enamorados es que no se dan cuenta de nada y ellos, no podían imaginar siquiera lo que les deparaba el destino, que siempre se opone a los amores fuertes como un torrente y tiernos como la sonrisa de un niño, pero igualmente tormentosos o imposibles.

Pasó ese año sin sentirse, como si sólo hubieran transcurrido tres o seis meses. Se sembraron las grandes extensiones de La Margarita, se labró la tierra como siempre, vinieron los aguaceros de agosto, maduró la semilla y se recogió la cosecha.

Nada especial ocurrió para los enamorados. Sólo se amaban más y más.

En febrero, cuando las grandes tolveneras no dejaban ni ver el sol o cuando las mañanas eran frías y escarchadas, Chacho veía todo con el color azul del cielo. El gélido ambiente eran caricias y el aire enfurecido eran susurros angelicales con la voz de Alondra.

Y otra vez en marzo llegó día de la siembra, cuando la luna estaba madura. La peonada, desde la madrugada, llegó cantando y silbando fuerte y montada en caballos o burros. Los perros armaban gran alboroto y organizaban peleas aquí y allá.

Luego los rudos hombres tomaron los costales de semilla, blandieron sus palas y dirigieron sus pasos hacia los surcos.

Por eso cuando el sol salió ya los encontró entre la tierra tibia y húmeda.

Era impresionante ver las grandes extensiones de tierra listas para ser sembradas, divididas éstas por enormes filas de magueyes, coronas olvidadas por descuidados monarcas de la naturaleza desde los tiempos de la creación.

Y desde la punta de un terreno podía verse la pequeña figura de la patrona agitando la mano y gritando cosas que los peones, por más que paraban la oreja, no podían oír pero entendían.

«No dejen que caiga la semilla en la tierra seca», «Cuiden el largo y marquen bien el paso», «Apúrense porque la yunta los gana», «No te atrases, Jacinto», «No revuelvan la semilla blanca con la azul», «Dejen espacio para sembrar calabazas»

Los sembradores parecían insectos invasores, escarabajos ordenados en el ir y venir, inagotables y sudorosos. Las yuntas, de mulas o bueyes, lentamente deslizaban el arado abriendo la tierra para ser el lecho y el seno de la semilla que era depositada amablemente por los labradores felices.



Porque el trabajo de los campesinos era alegre y afectuoso; amaban la tierra que les daba de comer. Porque sólo ella no les causaba desencantos, si mejor la trabajan, mejores frutos les entregaba. No era ella como ciertos hombres que traicionan la confianza y engañan, roban y burlan. No, la tierra era buena y protectora y nunca los había dejado sin comer; era la madre de la estirpe y la sangre de todas las generaciones.

Esa tierra era bendita y buena como doña Mago. Todo mundo decía que la dueña de esos inmensos cultivos era dulce como el pan y bondadosa como ninguna mujer nacida o por nacer. Pagaba lo justo y hacía trabajar a los peones horas razonables. Trataba bien a la gente haciéndola sentir como en familia.

No era como los dueños de las otras haciendas donde a los trabajadores se les daba de comer poco y malo, se les regateaba el dinero y se les trataba con la punta del pie.

No, en la hacienda La Margarita los patrones hasta se sentaban a comer en la misma mesa y se les pagaba extra si a la hora de la entrada del sol no se acababa el trabajo, siempre escuchando la voz de la doña dándoles ánimos para seguir hasta terminar la labor.

Por eso a la gente le encantaba emplearse para la señora y los peones siempre estaban al pendiente de lo que pudiera ofrecerse en la hacienda, aunque no fuera tiempo de siembra, de cosecha, de labra...

Todos en el pueblo y el mundo sabían que precisamente por esos dones Dios había bendecido a la patrona, primero, con un hombre bueno y carta cabal como marido y como consecuencia, con una familia sana, educada, trabajadora. La muerte del patrón, es cierto fue un duro pero momentáneo golpe no sólo para ella, sino para la región, tragedia de la que supieron sobreponerse pronto.





Esa ocasión fueron tres días de trabajo duro y agotador, pero también de grandes satisfacciones. Sembrada la tierra, las preocupaciones disminuían para la dueña de la hacienda. Ella misma había supervisado la labor pues de otra manera no estaría tranquila.

Porque como cada año, la patrona encabezó el ritual de la siembra que consistía en bendecir y persignar los terrenos. De forma simultánea se depositaba semilla en las dos cabeceras y luego en los dos extremos haciendo la señal de la Cruz. Luego había tomado un puñado de semillas y tras bendecirlas, las había arrojado para que fuera el alimento de las aves. De esa forma se daba a entender que la cosecha sería bastante para dar de comer a personas y demás criaturas del Señor pues Dios daría suficiente para todos.

Los peones y los patrones hijos de la doña, en muestra de religioso respeto y quitándose el sombrero, rezaron una estación del Rosario. Luego tomaron tierra en la mano y besaron el polvo con un “hágase Señor tu voluntad...”

A partir de que el maíz era depositado en la tierra, y tras la labra, la segunda y el abonado de la tierra, que harían solamente los peones de planta, todo se dejaba en las manos de Dios que, con su misericordiosa ayuda, haría nacer y crecer milpas robustas y saludables, calabazas grandes y dulces, trigo amarillo y grande, frijol bayo a prueba de gorgojos y hasta fruta suficiente para quien quisiera pues en esa tierra no se conoció nunca la envidia.

Los trabajos secundarios ya sólo requerían de la supervisión de los patrones varones pero sobre todo, de Martín, ya que esa era la responsabilidad natural del hombre que gozaba de la confianza de la familia.

Fue así como Chacho vio brotar, primero, unas insignificantes lengüitas verdes. A los ocho días, tiernas milpas pintaron los surcos; luego, al paso de los días, ya se asomaban por los bordes y por ello

se ordenó que se le diera la labra y otros días después, cuando las matas ya le llegaban casi a las rodillas se le dio la segunda. A los quince días los campesinos se dispusieron a abonar plantas y finalmente se ordenó que se sembraran de manera intercalada calabazas, haba y frijol.

El trigo se sembrada en las tierras cercanas a la ladera, donde la humedad llegaba tarde y se mantenía hasta después de que en el resto de los terrenos las milpas se secaban.

Así era como cada año el caporal depositaba la semilla, la alimentaba y veía crecer las plantas altivas y orgullosas. Martín cultivó la tierra amorosamente, delicadamente y esperaba de ella el fruto milagroso que daba vida, porque la tierra era como el amor de Alondra al que regaba diario, al que cuidaba con esmero y cariño; y era como Alondra, generosa, hermosa y prometedora.

Martín amaba la tierra porque había nacido para trabajarla y porque nunca le dio una sola decepción. Ese campo al que prodigaba cuidados lo había mirado afligido y lo había acompañado en su dolor. Nunca hasta entonces las milpas, las flores, la lluvia ni las encinas se habían desentendido de sus estados de ánimo y en sus momentos tristes reaccionaban arropándolo como un verdadero padre, o como un hijo tierno...

El contacto con la naturaleza lo hacía sentirse en su mundo, y se entregaba a lo que realmente le pertenecía pues lo consideraba y sentía suyo; porque el amor incluso de Alondra en algún momento podría no ser seguro, ni tangible, pero el campo, la amada tierra que lo nutría de vigor y juventud y en la que algún día descansaría, nunca estaría lejos de su corazón pues era como algo que se ama por encima de cualquier riqueza... como el amor por la patrona.

Y a ambos nadie los iba a separar del peón, no había fuerza ni motivo del tamaño suficiente para abrir una brecha entre el campo, Alondra y Martín, eso lo sabía muy bien y, debieron saberlo todos.

Por eso al llegar al jacal de adobe donde vivía con la nana Trinidad, construido a doscientos metros de la hacienda, desde que don Heriberto y doña Margarita se casaron, Martín decidió contarle todo a la vieja.

Era sabia pues los años ponen hilos de plata en la cabeza de los viejos para indicar a los jóvenes que quienes peinan cabellos blancos, tienen autoridad y conocimientos para orientar al mundo.

Ella lo vio entrar, sentarse a la mesa, quitarse el sombrero, fijar los ojos en un punto, quedarse mudo por largos minutos, frotarse las manos y, suspirar.

Su corazón le dijo cuál era el asunto y era normal, más aún si se trataba de un buen mozo, joven y apuesto; pero la duda era de quién pudiera estar enamorado. Los jóvenes tienen alma de cristal y el amor se les trasluce, ilumina sus rostros, les sale por los ojos, se les filtra entre suspiros y se expone en la sonrisa, o en las lágrimas. En todo...

— Má Trini, estoy enamorado, dijo por fin.

— Hijo, el amor y la viruela nunca pueden esconderse y a mí, que he visto enamorarse y casarse a casi todo San Nicolás no se me iban a escapar tus suspiros. Chacho, soy casi tu madre y por eso me da mucho gusto; me siento feliz por ti. Y porque soy casi la que te trajo al mundo sé que harás feliz a la que será tu señora; qué dicha la de la mujer en quien has puesto tus ojos...

— Má grande, pero es que...

— Tú no te fijes ni te acongojes. El amor cuando es verdadero sólo trae felicidad y nosotros, que somos tu familia, nos vamos a sentir tan contentos. El amor, mi niño, cuando es puro, no pide ni otorga perdón porque no lo necesita. ¡Pero anda, muchacho, dime quién es aquella! porque a leguas se nota que estás enamorado... icaray, el Chacho se casa!; quién lo dijera; y cómo pasa el tiempo...

— Nana Trinidad, es que no puedo casarme con ella porque soy pobre.

¡No podía ser! ¿Qué mujer pondría como pretexto esa insignificancia? ser pobre no era pecado, nunca en ningún lado lo había sido. Es más, cualquier chiquilla hija de peones o incluso muchacha de algún principal del pueblo se sentiría orgullosa de convertirse en la señora del caporal mayor de la hacienda La Margarita.

— Tú nomás dime, Chacho, su nombre y domicilio y te prometo que vamos a pedir su mano, faltaba más... Si hasta la patrona doña Mago gustosa va a acompañarnos porque...

— ¡Es la niña Alondra, má, grande, ella es la mujer de quien me he enamorado!

La vieja tuvo que detenerse en el filo de la mesa para no caer.

— ¡Jesús mil veces! ¿Cómo se te fue a ocurrir? Pos qué te ha picado, muchacho carambas...

— Ella me quiere también, Trinidad, nos hemos besado titipuchal de ocasiones y he tomado sus manos. Me ha jurado que me ama igual y siento que su corazón palpita a la par que el mío, ¿entiendes, vieja del alma?

— Claro que entiendo, si no soy tan burra. Entiendo que los dos están locos. No saben lo que hacen ¡pero si están ustedes mal de la cabeza, muchacho! ¿Crees acaso que la doña va a permitirlo? ¿Tienes idea siquiera de lo que dices...?

El joven quedó en silencio. Sabía que el ama de llaves de la hacienda más importante de la región hablaba verdades y él respetaba la palabra de sus mayores. Pero también pensaba que la vieja tampoco sabía lo que decía porque no conocía el tamaño del amor de Alondra.

— Chacho, mi Chacho Martín, pobre de ti; en quién viniste a poner tus ojos... Pero si en el mundo hay tantas chamacas a quien

echarles un lazo; piensen que eso no está bien; y qué dolor tan grande le van a causar a la doña. Mira pa otro lado, Chacho. La hija de los Pérez, Hortensia, te hecha el ojo; si me dejas, hasta la güera de don Jaime puede aceptarte, pero Chacho, la niña Alondra, no. Por favor, hazme caso, mira que...

— Mire, nana Trinidad, la Alondra es mía como yo de ella. Tú sabes que la enredadera se pega al tronco del árbol y que jamasmente se sueltan, hasta que llega un hacha y los corta. Entonces a nosotros ambos tendrán que quitarnos la vida para separarnos; antes no. Tú me dijiste que el amor es una bendición del cielo como la lluvia. Y la lluvia es pa todos ¿o que no? Ella y yo no tenemos la culpa de que la lluvia nos moje... que el amor nos haya amarrado...

— Dios te proteja y te bendiga, mi Chacho. Por mí ni te apures, voy a ser la madre que consecuenta tus diabluras y quien aguante los desprecios de los Arcángel. Porque nos van a despreciar, Chacho; y hasta nos van a correr nomás por tus tonteras... ¡Casarte con la patrona! ¿Tú emparentado con ellos? ¡Ja!

Las milpas crecían rápidamente y en unos cuantos días, ya Martín no podía verse en medio de los sembradíos. La fruta, un tanto diversa en la hacienda, estaba ya a punto de madurar y ofrecía el color amarillo de los chabacanos, el carmesí de las ciruelas y el verde de las peras.

Y toda tenía el color y el sabor de Alondra, a sus mejillas, a sus ojos, a sus manos tiernas y suaves y al dulce de sus labios. Toda tenía el aroma de su cabello, la calidez de su mirada y la ternura de sus palabras.

La noche llegaba a la hacienda como llegaba a todas las del mundo pero antes de dormir, los patrones de la hacienda La Margarita acostumbraban a tomar primero una taza de café o té

de limón. Pero aquella sería especialmente molesta e intranquila: el simpático y dicharachero Daniel no se presentó siquiera a cenar.

Eso era una falta de respeto porque en la hacienda, de acuerdo al decreto emitido por la señora Margarita, nadie debía faltar a la mesa en la mañana, tarde y noche. Esperaron al ausente hasta las diez de la noche y no llegó. La patrona, notoriamente molesta, ordenó que se recalentara la cena y se sirviera.

Tras la merienda, que transcurrió en el más pesado silencio, la matriarca tomó asiento en la sala decorada con finísimo gusto y tallada en maderas caras. Las ventanas igualmente lucían marcos pulidos y tallados perfectos de donde pendían lujosos cortinajes de seda y bordados en colores serios.

La decoración de aquella estancia era también elegante. En las paredes colgaban cuadros con fotografías de fechas conmemorativas para la familia adinerada. Imágenes de estampas campiranas o de mujeres escuchando serenata tras las rejas de su balcón se veían por doquier y, como cuadro principal, un retrato de doña Margarita y don Heriberto, muy juntitos, al carbón. Él, con su sombrero de charro, su bigote grueso y con un jorongo al hombro; ella, lucía empedrada peineta, vestido de holanes, aretes de plata y oro y un rebozo de seda terciado como carrillera.

Estaban guapos; fueron pintados cuando eran jóvenes.

Al centro de la habitación, con severo gesto de lujo, sillones mullidos deliciosamente confortables invitaban a los regios visitantes a sentarse; en medio de estos, sobre un fino tapete de Chiautempan con figuras aztecas, estaba instalada una mesa de centro hecha en caoba y, sobre ella, ceniceros de plata que jamás habían conocido el olor al tabaco pues en la hacienda estaba estrictamente prohibido fumar, al menos no se hacía en las habitaciones y mucho menos en presencia de la señora.

Es que don Heriberto nunca lo hizo y enseñó a sus retoños a no adquirir hábitos dañinos. Claro que en la hacienda se fumaba, pero siempre a escondidas o en fechas realmente importantes y bajo el permiso especial de la dueña. Ni modo que los inquietos y galanes muchachos hijos suyos no iban a fumar nunca.

Al fondo de la sala, en una vitrina de cristales grabados, se guardaba la vajilla más cara de todo san Nicolás y sus alrededores y que se usaba sólo en las fechas especiales y para invitados elegidos.

Del lado derecho, impresionaba al visitante un enorme librero que guardaba lo mejor de la literatura universal. Grandes volúmenes con tratados de medicina e ingeniería, obras completas de Lope de Vega, Sor Juana Inés de la Cruz, de Miguel de Cervantes Saavedra y poemarios diversos que podrían ser la envidia de la biblioteca central del Estado, estaban sólo en esa hacienda.

Libros que igualmente nunca nadie había leído pero que debían estar ahí, para que las visitas supieran que estaban ante gente culta, conocedora, inteligente; todo, pues, estaba armonizado según criterio de Doña Margarita Miranda y Robles Viuda de Arcángel.

El reloj de péndulo dio doce campanadas y una hora más tarde, marcó la una de la madrugada: Daniel no llegaba. De nada sirvieron los rezos, oraciones y jaculatorias que la doña envió desde la hacienda directamente a San Nicolás, patrono del pueblo y santo de su devoción.

Cabeceaba y el tejido de agujas se le escapaba continuamente de las manos cuando determinó, acertadamente, irse a la alcoba a dormir con una nueva oración en los labios.

Cerca de las tres de la mañana se oyó a los perros ladrar y a los goznes de la puerta principal protestar con lamentos; después, pasos torpes, palabras vagas de dos hombres tratando de no hacer ruidos, eructos, invitaciones al silencio...

Una era, inconfundible, la voz de Daniel pero la otra... Por más que doña Margarita puso atención no pudo descifrarla. Eran palabras ininteligibles, atrevidas a veces. Después, arrastrarse los pies y luego, silencio. No había duda, Daniel había llegado borracho.

Sin poder dormir hizo un recuento de lo que había escuchado e hilando palabras, pudo armar alguna idea aunque no del todo clara.

Oyó, por ejemplo, que se festejaba una determinación importante en la vida del último de los Arcángel Miranda: la boda de Daniel; luego, haciendo un esfuerzo, identificó la voz del acompañante de su hijo, se trataba de Nabor Alcántara, hijo del dueño de la hacienda El Rosario.

Los gallos ya llevaban media hora saludando a coro al sol cuando por fin la doña pudo dormir.

A las diez de la mañana se levantaron los borrachos escandalosos de la madrugada. Daniel, con ambas manos en las sienes, lamentaba y maldecía en voz baja la hora en que aceptó a Nabor unos tragos. Claro que la ocasión lo ameritaba, pero el costo era muy alto.

Todo giraba a su alrededor y sentía que la cabeza iba a estallarle en cualquier momento; quería volver el estómago. Una sed espantosa lo quemaba con el fuego del infierno y que no apagaría ni con toda el agua que había en el estanque, ni con la de los abrevaderos.

Pero recordó el motivo de sus desdichas pasajeras y por un instante sintió alivio: Fabiola, esa preciosidad de ojos grandes y pelo güero y ensortijado que había conocido recién en el baile de feria, aquella, la del porte distinguido, gran mundo y modales sofisticados que todos admiraron esa noche y que, y que sólo tuvo ojos para él.

Y él, como todo conquistador y vencedor de las resistencias más fortificadas, dejó plantada a Dalia, hija de los Valladares y dirigió todas sus baterías a la nueva conquista que no resistió mucho, más bien nada: abandonó la plaza y se entregó al enemigo.

Primero, recordaba, la castigó con miradas coquetas, incitadoras y varoniles; luego la dominó con ademanes estudiados y aplacadores y finalmente la sometió con palabras infalibles, indicadas, concisas, seguras, certeras.

Si bien en esa noche de baile Daniel estaba un poco “a medios chiles” por el brindis con sus padrinos, pudo despejitar lúcidamente el tema del amor. A fuerza de practicarlo constantemente pues era todo un calixpinto, como se le decía a los ojo alegre, atrapó a la visitante que cayó como quien recibe un garrotazo en la cabeza.

¡Ah!, Fabiola. Murmuró. Y la cruda se le hizo pequeña.

Se tiró sobre el lecho y con la cara hacia el techo, con el cabello alborotado que le daba el aspecto de los espantapájaros, de esos que Martín pone para que las aves no bajen a rascar la semilla y las ardillas no suban a la siembra, pronunció “Fabiola” cinco veces.

Pero la realidad se escapaba por los hoyos que le hacía el taladro de la jaqueca que se le acrecentaba en intensidad minuto a minuto. Ya le silbaba la cabeza, ya se le pagaba la lengua al paladar o veía de color amarillo las cosas. Una sensación de levedad se apoderó de la cruda en general...

— ¿Cómo amanecieron los gorriones que cantaban en la madrugada?, preguntó la doña a Daniel, sentándose a un lado de éste. Ah, pero si aquí está nada más ni nada menos que Naborcito Alcántara ¿qué dice tu padre, muchacho?

Ambos sólo emitieron un mugido como de vaca y, dejándose caer nuevamente de espaldas, con los brazos en cruz, se quedaron mirando las vigas.

Doña Margarita venía dispuesta a la tortura.

— Yo los oí llegar como a eso de las tres y me dije: esa es la voz de mi Daniel y viene un poco alegre, pero la otra voz, la otra voz... no sabía de quien era hasta hoy; pero qué veo, si nos visita

en persona el hijo mayor de El Rosario ¿cómo estás, hombre, cómo está tu padre, cómo van las cosas por allá?...

Lo que la señora no sabía era que en esos momentos hasta el más cristalino trino de ave sonaba a tañer de campana rota, a mugido de toro, a grosería. Porque en la cruda la voz más dulce se descompone y al entrar al cerebro se transforma en insoportable y gigantesca olla de grillos y en el croar de sapos enloquecidos.

El muchacho visitante apenas si pudo contestar algunas preguntas de su anfitriona.

— Descánsense un rato y luego vienen a almorzar; porque puede hacerles daños el beber y no comer; ahora no porque son jóvenes, pero con los años...

No pudo la señora saber más de lo que escuchó unas horas apenas. Estaba ansiosa por saber si Daniel iba a casarse.

Seguramente, pensaba, se trataba de la niña Gloria Montesinos, porque con ella andaba noviendo la última vez, o Matilde del Fuerte, o alguna de las Velázquez; tal vez la afortunada sería Cándida Albarrada o... Daniel tenía muchas novias a la vez y cualquiera de esas pudiera ser nuera. Otras en cambio, lo sabía, no eran más que pasatiempo y no eran posibles candidatas.

Porque todas las mencionadas mentalmente eran muchachas decentes, hijas de hombres y mujeres de probada calidad moral y solvencia económica. Además Daniel conocía las exigencias de la estirpe y no iba a ofrecer matrimonio a alguien que distara mucho de reunir los requisitos impuestos por su madre.

No, se dijo la mujer: la futura nuera era Paloma de la Vega y Junco, hija del ex gobernador Melesio de la Vega. Por boca de sus hijas y yernos supo que Daniel ya hasta se había hecho presente y que la familia de aquella lo aceptaba con gusto. Sí, no había otra; era educada, rica, fina, trabajadora, sana; qué caray, no había duda de que Daniel sí supo escoger, se dijo complacida.

Sus labios dibujaron una complaciente sonrisa y se dispuso a preparar algo de comer para los escandalosos. Estaba realmente contenta.

A las dos de la tarde nuevamente se levantaron los borrachos que ya ni crudos estaban. Los oyó doña Margarita y se dirigió rápidamente a atenderlos. Los vio entrar con la cara limpia, y ya no tan demacrados.

— Siéntense. Danielito, ofrece algo a tu amigo. Hazme el favor, muchacho...

— Ni se hubiera molestado, doña Mago, dijo el visitante.

— Conque, vamos a ver, a qué se debió que llegaron tomados y armando bulla ¿Acaso hay algo qué festejar, Daniel?

Hasta entonces el aludido recordó nuevamente el motivo de sus desvelos y dolencias: Fabiola. Dio un salto y dijo a su madre, con los ojos muy abiertos y lleno de felicidad:

— Pos que me caso, amá. Me voy a casar con la mujer más chula de mundo, por vida de Dios; ¿Verdá, tú?

Por fin. Así que no escuchó mal. El último de la familia sentaba cabeza. Dicha más grande no podía sentir ni satisfacción más grata podía recibir. Los ojos le brillaron de manera extraña pues sabía que el casamiento de uno de sus hijos le daba la oportunidad de demostrar el poder político y la capacidad derrochadora de los Arcángel.

Porque era costumbre y ley que la familia del varón impondría modos y formas y para ello, la dama de acero era una experta. Deliberadamente pondría condiciones y por cualquier cosa en que no estuviera de acuerdo protestaría hasta lograr verse complacida, así fuera por un capricho.

A falta de su esposo, ella haría el papel de hombre y por lo tanto, sus disposiciones serían ordenes muy difíciles de protestar;

fechas, horas, cuantía de obsequios y comida entre otros, tendrían que acatarse.

Y más que se trataba de una mujer quien ponía las condiciones. Porque, quiérase o no, la estirpe continuaba y se manifestaba vital en la persona de la señora. La familia se había ganado el respeto por su caridad y trabajo, por su riqueza y humildad, por su poder y voluntad.

El que faltara el hombre de la familia no era problema pues doña Margarita valía por diez. Además, había hijos que la respaldaban, y eran muchos y fuertes... las cosas, entonces, se harían conforme lo fuera dictando la doña.

Y contuvo la respiración por unos momentos en tanto esperaba que Daniel pronunciara el nombre de la afortunada que sería, tendría que ser, el de una de las tantas hermosas y virtuosas muchachas hijas de familia intachable. Una digna espirante a nuera...

— Y se puede saber, Danielito, de quién estamos hablando.

— Pos ni más ni menos que me voy a casar con...

Dejó de hablar por unos instantes para ponerle suspenso al momento, mientras su madre no ocultaba la ansiedad.

— ¡Que con Fabiola del Campo!

Lo dijo triunfante, como quien da el nombre del ganador de una rifa en la tómbola de las tardes de fiesta en el pueblo.

Doña Margarita tragó saliva mientras sentía que el piso se hundía bajo sus pies.

Nunca había escuchado ese nombre: le sonó raro; cambió de color, frunció el ceño, abrió los ojos de forma desmesurada, hizo mil gestos... Nuera una mujer con nombre de muñeca ¿Pos de dónde?

— Fa... ¿qué?, ¿Y quién es esa? — Estaba confundida.

Daniel no se dio cuenta de la reacción de su madre, dibujó una sonrisa en su rostro y respondió lleno de orgullo.

— No la conoce usted, amá. No es de por aquí, sino de la capital; vino a pasar unos días en San Nicolás. Es la mujer más chula que ha dado la tierra ¿Verdá, Nabor? Pero de mi cuenta corre que no se va.

La decepción no podía ser más grande para la madre del joven hacendado. Porque no era eso lo que quería para el último de los Arcángel. No era eso lo que se acostumbraba en toda esa región y menos en una buena familia del rumbo...

Así que una pintarrajeada había engatusado a su muchacho. De manera que Daniel les hacía el feo a las chuladas del pueblo, a las hermosas hijas de ricos terratenientes; o sea que valía más una de la ciudad que una mujer forjada en el campo...

El labio inferior estaba trémulo y no pudo ocultar un dejo de desprecio al preguntar por los generales de la tal Fabiola. Elevó el tono de la voz; estaba enojada.

— ¿Sabes siquiera qué tipo de gente es esa?, ¿A qué se dedica? ¿Qué aires la aventaron por acá? ¿Es cristiana siquiera? ¡Cómo es posible que seas tan tonto y no te des cuenta que esa “clase” de gente nomás busca a un bobo para distraerse! ¿Cómo fuiste a pensar que de buenas a primeras una mujer de “esas” viene al pueblo y se enamora de un ranchero? Daniel, pos cara de qué me has visto, carambas...

Nabor sólo pudo escuchar hasta ahí. Salió escurriéndose ante el temor que causaba la ira de la dueña de la hacienda. Al montar su yegua alcanzó a oír los gritos airados de una mujer que enojada no parecía anciana; sintió compasión por su amigo.

Doña Margarita habló por dos horas.

No podía aceptar tamaña tontería. Sus deseos eran ordenes; sus ideales, leyes; sus caprichos decretos y sus determinaciones, destino de hijos y peones.

La mujer de la que hablaba su hijo pudo ser la más decente de la ciudad pero sólo por eso, por ser de la capital, la imposibilitaba para sumarse a tan digna corte de los Arcángel.

Ya se imaginaba al muchacho casado con “esa” que le haría cambiar sus costumbres, vestir diferente, hablar de otra forma... Y tal vez hasta acabaría yéndose a vivir a la ciudad — ni Dios lo permita— dijo persignándose e invocando a cuanto santo tuvo cerca.

E insistía para sí que hasta pudo ser la mujer más pobre del pueblo, o la más fea ipero del pueblo!, gente de la misma sangre, con las mismas costumbres, creencias y formas de vida.

Porque la doña tenía mal concepto de las mujeres de la ciudad. Decía que no sabían hacer nada, que era su vida llena de libertinajes y corrupción. De los salones de perversión a la cama, eso decía porque eso creía.

En la hacienda no serviría para acompañar al marido a la milpa, ni cuidar guajolotes, hacer quesos y conservas. No sabría hacer tortillas, preparar el mole de feria o de un cumpleaños, hacer tamales y atole para la peonada el día de la pizca o de la siembra.

Ya entrada la noche, como a las siete, doña Margarita dio síntomas de dolor de estómago. Pasadas las diez el malestar se había acrecentado y continuó hasta la madrugada, cuando Trinidad dio de beber a la vieja un té de canela, manzanilla y hojas de naranjo revueltas todas con hierbas amargas.

En la regia sala hijos e hijas paseaban preocupados. No habían visto enferma a su madre y se preguntaban qué cosa tan grande la había hecho enojar. Preguntaban continuamente a las sirvientas y a la curandera la evolución de la repentina enfermedad.

Mientras tanto, la vieja matrona rumiaba su decepción y a cada retortijón, maldecía la suerte que de la noche a la mañana le había dado la espalda a su hijo: «¡Nomás eso faltaba, que mi Daniel resultara animal hasta para escoger esposa!»

Al día siguiente todos se enteraron del motivo por el cual doña Margarita estuvo postrada. Y la noticia corrió más rápido que las aguas embravecidas que bajan por el río tras los aguaceros de agosto. De informar con detalles se encargaron las sirvientas que no durmieron por cuidar de la patrona.

Con los primeros rayos del sol llegó de la capital el hijo mayor y, al saber que el dolor de estómago fue causado por una tontería de su hermano menor, gritó su indignación y se propuso poner orden.

Él, al igual que su madre, se opuso terminantemente a tan descabellada idea.

Casar a Daniel con una extraña de la ciudad ¡No y mil veces no...! Pasarían sobre su cadáver primero y luego sobre su esqueleto; aunque, condescendió, Daniel aún está muy joven y no sabe lo que hace.

Pero para eso estaba él, hombre de mundo y mucha experiencia, por algo ya había vivido tanto y era, por todos sabido, hombre centrado, ecuánime... Se le respetaba por sus lazos de amistad con el Gobernador del Estado, por haber hecho llegar la carretera a San Nicolás y proveer de electrificación a la zona.

Se le recordaba porque había sido juez y Mayordomo del Santo Patrón del pueblo. Y por miles de cosas buenas que se le atribuían.

Buscó al hermano ingrato y lo encontró ayudando a los peones a marcar el ganado. De inmediato lo llamó a su lado y le habló con paternal acento.

— Daniel, he sabido que te quieres casar y con quién piensas hacerlo. Pero, entiende, hermano, esa no es mujer del agrado de nuestra madre; no lo acepta, no lo vamos a aceptar quienes somos tu familia. ¿Por qué no elegiste a una muchacha del pueblo? Tú tienes mucho de donde escoger, además “esa” no es de tu clase y...

Y sin más, molesto, agresivo, el muchacho respondió.

— Párate ahí, hermano. Yo te respeto por ser el mayor y porque representas a papá ipero en mis decisiones nomás mando yo; faltaba más! A ti nadie te dijo con quién casarte y con quién no; así que no te metas en mi vida. Yo quiero a esa mujer y con ella me he de casar. Así que vete diciéndole a mi madre, a la servidumbre y al pueblo entero: Fabiola es la mujer con quien he decidido morir y por quien pienso vivir ¿está bueno?

Daniel estaba muy alterado y, al menos por esos instantes, no aceptaba razones. El hermano mayor entendió que buscó el momento menos indicado para hacer entrar en razones al enamorado.

Por lo tanto, dio por terminado el encuentro y se fue con la seguridad de que Daniel, por sí mismo, se daría cuenta tarde o temprano que no estaba actuando bien.

Doña Margarita puso mala cara al muchacho durante muchos días. No le dirigía ni siquiera la mirada. Su molestia era real; su decepción era grande.

Pero él pensaba que no era más que un berrinche de su madre; ya se le pasará, pensaba. Es más, se aseguraba, en unos días dirá: hágase la voluntad de Dios; entonces le pediría que llevara a la chica a la hacienda, que quería conocerla. Tal vez al verla cambiara de parecer y hasta le sonreiría, y con el paso de los días hasta se harían amigas, y confidentes y...

Pero eso no sucedió. Ni la una ni el otro cedían terreno. Eso fue un castigo tremendo para ambos, pero más para Daniel. Por eso quiso convencerla, hablarle palabras suaves, hacerle entender que sin la Fabiola, era él como las basuras que elevan los remolinos en mayo...

Una tarde que regresaba de arrear el ganado del río, buscó a su madre para poner fin a la guerra de silencio; la halló sentada en el mullido sillón preferido, tejiendo como de costumbre.

La hacendada, por su parte, miró de soslayo al galán y fingió desinterés por su presencia. No iba a dar su brazo a torcer; no iba

a ceder por ningún motivo, así fuera el hijo más consentido por ser el último.

La ley de los Arcángel se hacía valer por su conducto y habría que demostrarlo. No iba a perdonar una falta tan grave.

Daniel se sentó frente a ella, carraspeó, tosió, silbó la melodía preferida de la doña para hacerse notar; logró que su madre levantara la vista, lo mirara un instante y luego se sumió con más interés en las agujas y el estambre.

Por ello intentó hablar claro, fuerte, con palabras del hombre que sabe lo que hace y dice y sin embargo, con la voz melosa del niño que quiere caramelo se acercó a la vieja.

— Amá, ¿y entonces qué le pasa, caray? ¿Por qué no quiere a la nuera que ya le he encontrado? Comprenda usted que quiero a la Fabiola como no he querido a ninguna de todas las que he conquistado; por ella soy capaz hasta de hacer una locura y eso, amá, usted no lo quiere ¿verdá, mi vieja chula?; ni se me encele porque yo la quiero a usted más que a todas las mujeres juntas de San Nicolás. Entienda que tarde o temprano he de casarme y que me casaré con la mujer que ame y...

— ¡Pero tu mujer debe ser de tu clase! No puedes casarte con “una cualquiera” de la que no sabemos siquiera de donde viene o cuál es su pasado. La que entre a esta casa en calidad de nueva familia debe ser gente decente...

— ¿Y cómo sabe que no lo es si ni siquiera la conoce, amá?

En eso tuvo toda la razón y dio un buen golpe a su madre

— La Fabiola es más que decente y es muy letrada; es licenciada o no sé qué cosa, pero es importante allá, en la capital. Además es simpática la condenada, y alegre, de buenos modales. Permítame que se la presente; ya verá que no es lo que piensa usted; va a cambiar de opinión, se lo aseguro y...

Daniel ponía la cara sonriente y a veces compungida. Parecía un niño pequeño. Hablaba con un tono suplicante que rompía hasta el hielo y ablandaba las piedras.

Entonces la vieja cambió el rostro duro por un semblante de preocupación; luego hizo un mohín de niña mimada: estaba cediendo, estaba perdiendo la partida. Porque no podía con ese rostro humilde y con los ojos al borde de las lágrimas. Y menos cuando el hijo se hincó ante la autora de sus días; sus manos soltaron la bola de hilo y tomaron la faz del muchacho. Luego rieron, hablaron por horas.

La tormenta había pasado. Al menos por ese momento. Al final doña Margarita aceptó, pero no sin poner condiciones mortales.

La prueba de fuego vendría en unos días más y si la intrusa no la pasaba entonces, entonces no habría boda.

— Tráetela para conocerla pero si no se merece ser una Arcángel, ni lo pienses; yo lo hago por tu bien. Yo estoy más pa allá que pa acá y quiero dejarte bien casado, pero con una mujer que te quiera, que sea tu compañera, que...

La alegría del casadero no tuvo límites. Estaba feliz; tomo entre sus recias manos el rostro de su madre y la besó muchas veces, hasta causar el hartazgo de la vieja; la bendijo por lo buena que era, y por lo comprensiva, y por...

— ¡Pero si la tal Fabiola es una dulzura de mujer, amá!

El domingo la casa grande se vistió de una algarabía no vista en muchos años: chicos y grandes, peones y patrones, hombres y mujeres, todos querían ver a la mujer extraña que había atrapado al guapo Daniel, al galán más codiciado de la región, al que arrancaba hondos suspiros de muchas mujeres en edad de merecer... al heredero de la Hacienda La Margarita.

Y ese día soleado todos esperaban el momento de ver entrar por la puerta, mejor dicho, por el señorial portón, marca y distinción de esa hacienda, a la feliz pareja de enamorados.

Y todos decían que sin duda aquella quedaría impresionada por la majestuosidad de la propiedad, le sorprendería el encontrarse con gente de educación y refinamiento pues “los de ciudad” piensan que “los de campo”, son personas de trato tosco y lenguaje común. Vaya sorpresa que se va a llevar la tal Fabiola, pensaban mientras ansiaban el momento de verlos llegar.

Porque en La Margarita se encontraría con gente de abolengo y de una refinada elegancia, con gente de bien, pues. Por muy catrina que fuera, por muchos afeites que usara, se toparía de frente con el porte de las mujeres de la comarca.

Alondra, radiante como el mismo sol, daba los últimos toques al peinado de las niñas y pensaba que la novia muy agraciada podría ser, pero no sería tan bonita como las mujeres del pueblo o como las de La Margarita.

Lo cierto era que la belleza de Alondra opacaba hasta las flores del jardín; su voz competía y superaba en belleza al trino de las aves y su aroma natural apocaba al perfume de las fragancias más caras.

Su vestido azul de encajes blancos, la rosa que se puso a guisa de prendedor, el cabello largo y suelto como cascada y su sonrisa que enseñaba sus albos dientes como la nieve eterna de los volcanes, toda ella, era el ejemplo y el resumen de la belleza campirana, la estampa de la mujer preciosa, la chiquilla ideal.

Por otro lado, en el encuentro de esos dos mundos se hablaría con fineza, con el mejor lenguaje; se mostrarían las mejores poses y se ofrecería a la visitante los platillos más exquisitos del lugar.

Las ansias consumían a la familia.

Pasadas las dos de la tarde aparecieron, abrazados y sonrientes, los enamorados. Él conducía a Fabiola que lo besaba a discreción y sin recato.

Pero, estupefactos, vieron el atrevido vestir de la ya intrusa. No eran las formas de una mujer decente. Traía puesta una blusa que de tan escotada, dejaba ver sus pechos güeros, protuberantes y bamboleantes. El ombligo lo traía al aire, como si nada.

Los brazos desnudos y velludos eran clara señal de que no era mujer de cocina. Además, esa condición era propia sólo de los peones que evitan estorbos para su rudo trabajo.

¡Y la falda! La falda mostraba sus piernas por una abertura y enseñaba hasta arriba de la rodilla. ¡Vaya, descaró! ¡Qué cinismo!, se escuchaba en un cuchicheo. Nadie en su sano juicio y temerosa de Dios podría atreverse, ni en ese lugar ni en ningún otro, a enseñar siquiera las pantorrillas. Era escandalosa su sola presencia ¡y no era para menos!

Su rostro pintado lo mismo causaba sonrisas que burlas. Traía tiznados los párpados y la hacían ver como cotorra. Sus labios más rojos que las brasas del horno no eran naturales, no. No como los de las muchachas del pueblo que no necesitaban tinturas para verse bonitas.

Y el cabello. Lo usaba esponjado y pintado de rubio, como los pelos que los elotes enseñan por los días de julio y agosto. Sí, parecía jilote que enseña su pelo por entre sus cobijas verdes.

La verdad era que los hacendados esperaban ver a una mujer vestida a la moda ¡Pero vestida! No casi encuerada, ni tan descarada.

— ¡Pero qué atrevimiento!, dijo la esposa de Ernesto.

— ¿Dónde se ha visto tanto descaró? secundó la hija mayor.

— ¡Qué horror! magnificó Jacinta.

— ¡Válgame Dios! ¡Cuánta visión! dijo Trinidad

Doña Mago se persignó.

Los hombres se miraron regocijados. Todos pasaban del escándalo a la indignación, de la risa a la burla. Luego, brincaron de la sorpresa a la indignación, de la indignación a la curiosidad, de la curiosidad al desconcierto, del desconcierto a las ansias por verla partir y finalmente, experimentaron compasión por Daniel.

Y todos se preguntaban ¿Con esa cosa se va a casar un Arcángel?

Los pocos peones que estaban presentes hicieron apuestas:

— ¿Cuánto a que se le pasa pronto el chincual al patrón?

— Va mi último 0 7 20.

— Pue que el niño Daniel nomás esté jugando...

Para pronto doña Margarita pensó que habría que tomar medidas drásticas y urgentes. Con la primera impresión desaparecían las posibilidades de que Daniel lograra sus propósitos.

En sólo unos minutos, en silencio, la doña practicó juicio y emitió sentencia.

Tras los saludos de rigor, Daniel presentó a su amada a todos los hermanos, hermanas, sobrinos, peones de confianza, al Chacho y, a su madre, al juez implacable.

A cada uno, apretón de manos y sonrisa chocante, un «buenos días» con voz de chillido y una mirada de indiferencia.

— Pos fíjese que ya llegamos, amá.

— Ya los vi. No soy ciega ni son ustedes fantasmas. Doña Mago estaba molesta.

Luego se sentaron bajo los limoneros a tomar agua de chía. Los seguía una procesión de curiosos que no dejaban de ver el rostro, los muslos y la cara de la mujer de ciudad. Les parecía que la

tal Fabiola tenía el rostro de los personajes del circo que a veces llegaba al pueblo. Ah, cómo se habían reído de esos payasos.

Pero esos personajes eran eso, payasos, no aspirantes a ingresar a tan ilustre familia. El de ese momento era un asunto serio, se trataba nada más ni nada menos que de la boda del último hombre de la descendencia, del xocoyote, pues.

Pero por otro lado a Daniel como que ya no le estaba gustando el comportamiento de su amada. Pero no lo demostró y seguía altivo, tratando de ocultar la inquietud que le causaba la molestia en la familia. Miraba a su parentela observar a su imposible mujer con la curiosidad de quienes ven un bicho.

Pasaron a la sala principal y ahí, la Fabiola no pudo ocultar su sorpresa. Se quedó embobada. Le impresionó el buen gusto y lo caro del mobiliario, los ventanales, los cuadros, las alfombras y tapetes, la decoración.

Pero lo que acabó por molestarles era la indiferencia con que la intrusa trataba a la patrona, a la jefa, a la madre y dueña. Cuando doña Margarita buscaba hacer plática, ella interrumpía las sabias palabras con una perorata odiosa. Formulaba preguntas absurdas, comentaba de cosas que para todos eran obvias y normales. Vaya, como si estuviera en un museo, en un sitio turístico y no en el hogar de su prometido.

Escandalizó hasta la locura el comportamiento de la damisela delante de los caballeros pues al sentarse, cruzó las piernas dejando ver, eso sí, dos piernas bien torneadas y apetecibles. A Fabiola le pareció que sentarse de esa forma era la manera más natural, y lo era en su mundo. ¡Pero si hubiera visto cuánto escandalizó eso a la familia...!

Mascaba chicle y hacía globitos ruidosamente. En un momento dado se levantó lentamente, se dirigió a la biblioteca seguida por muchos ojos y tomó un libro, interrumpiendo la charla que doña Margarita se esforzaba en sostener.

Luego volvió a pasos cortos al sillón recién dejado (nuevamente con una fila tras de sí) y metió los ojos al volumen hasta casi besarlo. Intentaba leer pero iera miope! De ahí ya nadie pudo sacarla. Habló de la mujer que escribió ese ladrillo y dijo que se llamaba Juana de Asbaje; luego de una monja, más tarde de una hija de Nepantla ¡Y resultó la misma!

Dijo tener conocimientos en literatura, cerró el libro y declamó a capela algunas de las inspiraciones de la poetisa.

Sin dejar de hablar tomó la guitarra del perchero y aulló canciones que dijo, eran gitanas. Más tarde puso nombre a las cosas: cristales pulidos de Francia, tapetes de Tlaxcala que hasta entonces se creyó, de Persia; plata Argentina, Caoba del Congo, Talavera de España, construcciones estilo renacentista y vanos que contrastaban con la armonía del conjunto geométrico del todo...

Terminadas las clases extrañas y nunca pedidas, que confundieron y enfadaron a todos pues de alguna manera sobajaban a la familia, dejó que doña Margarita hablara sólo para invitar a los presentes a la mesa.

De mala gana algunos aceptaron y otros, los más, abandonaron la estancia muy enojados. No iban a seguir escuchando a la intrusa.

En el comedor ponderó exageradamente los gustos culinarios de la cocinera. «Préstenmela para llevarla a mi residencia», pidió ofendiendo a la anfitriona pues ella fue quien cocinó tantas exquisiteces.

Dijo no haber degustado nunca platillos tan sabrosos, que había saboreado cocina italiana, inglesa y rusa, pero que en ningún lugar de la tierra se comía como en la Hacienda la Margarita; no la callaba nadie con nada.

Cierto, en ningún lugar del planeta se saboreaban alimentos tan deliciosos ni tan bien preparados, pero les pareció burlesco la forma en que lo decía. Tanta labia para lo que a ellos, a los hacendados, les era normal, rutinario.

Después de la comida, durante la que ella y sólo ella habló, Doña Margarita preguntó los generales de la muchacha, pregunta a la que respondió de muy buena gana y exagerado orgullo.

Dijo vivir en una colonia de gente acomodada, ser hija de un hombre de negocios y de mucho mundo y, lo peor: dijo que con Daniel, había ya acumulado diez novios en su vida...

¡Qué desvergüenza...!

Doña Margarita preguntó los motivos o asuntos que la llevaron a San Nicolás y su sorpresa fue mayúscula pues dijo estar atendiendo la invitación de un amigo, compañero de estudios en la ciudad y que tenía conocidos en el pueblo. ¿Qué mujer decente acepta ir a un pueblo que ni conoce, con gente extraña?

Después la pregunta obligada: la relación con Daniel.

— Ay, es un chico muy bonito y simpático.

¿Bonito? ¡Como si se tratara de un perrito faldero!; así se les dice a los terneros en los ranchos, a los cabritos, a los pájaros...

Antes de explotar, la señora preguntó.

— Pero tienes relaciones de noviazgo, según sé. Si no me equivoco eres novia de Daniel.

«Porque debes saber que aquí, cuando una mujer se deja llevar por el hombre a la casa es porque las cosas van en serio, porque se van a casar. Y debes saber que aquí las mujeres son compañeras de los maridos, los ayudan en el trabajo del campo cuando éstos así lo requieren. Tienen que saber criar ganado menor, atender al hombre en sus necesidades...»

Fabiola soltó una carcajada. Le cayó en gracia eso de andar por el campo, entre la milpa, seguida de polluelos y borregos.

— ¡No, señora, que ocurrencias tiene! Ja, Ja, Ja.

La comparación le pareció chusca pero agradable. Ella, Fabiola de campesina; cierto que era Fabiola del Campo, pero sólo de apellido. Sí que la señora tiene sentido del humor, pensó divertida.

Luego escuchó algo que le pareció cómico: debería tener los hijos que Dios les mandara. Se imaginó monstruosa, deforme, cargando un chamaco en la espalda y jalando a otro de la mano. Y eso al principio porque luego seguro vendría otro, y otro y otro hasta que su casa pareciera parvulario; veía a sus hijos tras de ella como pollos. Se vio con las uñas, ahora cuidadas y pintadas, resquebrajadas; con el cabello sucio y desaliñado.

Que familia más simpática, pensó.

Ante todo lo visto y oído no se pudo menos que dejar por desaprobada, muerta e imposible la relación de Daniel con la Fabiola; aunque lo más importante era hacerle entender eso al necio enamorado.

Si él no pensaba lo mismo las cosas irían de mal en peor. Consentir una mujer como “esa” en la familia sería tanto como renegar de la estirpe, del apellido y sería, al fin, tanto como manchar el recuerdo sagrado del difunto Don Heriberto Arcángel que sin duda vivía a gusto a la diestra del Señor.

La tal Fabiola se despidió cuando ya el crepúsculo pintaba de rojo al firmamento. Se retiró de sus anfitriones en medio de reverencias y ademanes exagerados. Se sentía todo un personaje, un ser que conquistaba un territorio.

Y, colgándose del brazo de Daniel dio media vuelta, contoneando sus caderas, enseñando las piernas, meciendo sus senos, escandalizando hasta a las alondras cautivas y libres que todas las tardes se reunían en los aleros.

Doña Margarita convocó a junta de familia con carácter de urgente para el día siguiente. Se trataría el asunto con suma cautela pues se corría el riesgo de perder no sólo la batalla sino

a un miembro de la familia. Se trataba de crear estrategias para apartar al hijo y hermano del demonio, de la maldad, del embrujo en que había caído.

Se afinarían detalles para retirarlo del hechizo llevándolo a confesar con el obispo, incluso se buscaría hacerle una limpieza pues al parecer, decían, había caído víctima de una brujería de esas que se hacen a distancia.

Así se los hizo saber a todos y todos estuvieron de acuerdo. Pasarían la noche planeando estrategias y al día siguiente serían consensadas las más viables: el destino del chico estaba ya escrito y el resto, el resto lo escribiría con propia mano, su madre.

Alondra había seguido los acontecimientos paso a paso y sintió compasión por su hermano. Le platicó todo con muchos detalles a su amado Martín Lucero. Al día siguiente fue al corral de las gallinas a recoger el huevo del día y, en cuanto vio al enamorado por entre los manzanos, corrió a sus brazos; se besaron, se escurrieron hasta el almacén y por un momento hasta olvidaron el tema tan comentado en toda la hacienda. Luego Alondra lloró la pena de amor de Daniel. Sin embargo su cariño no les permitió considerar que la relación prohibida del muchacho tenía mucho que ver con ellos.

El problema de los enamorados es que no entienden muchas cosas. Porque el amor nubla la razón, atrofia el entendimiento, estropea la vista, confunde los sentidos, desorienta a los cautos, acobarda a los valientes y envalentona a los miedosos. Cuando el amor llega hasta el fondo del alma pasan muchas cosas. Y no siempre buenas...

Ellos no entendían del todo el tamaño de su osadía, aunque sí sentían que estaban haciendo algo poco común o difícilmente aceptable. Como una sombra cruzó por sus mentes la idea que estaban cometiendo una grave falta que llegaba al delito y que estaban en la lista de la doña para un juicio y sentencia. Sin tener

la certeza del por qué, se entristecieron, bajaron la cabeza y se mantuvieron en silencio por largos minutos.

Estaban enamorados y eso les daba valor aunque ese amor no sería tan fuerte como la ira y la fuerza de Doña Margarita. Ella, lo sabían, era el destino, la razón, la voluntad de todos. Olvidaron su inquietud cuando los gorriones cantaron para esos dos corazones tiernos.

Pasado el justificado temor él la tomó por la breve cintura, le acarició el cabello perfumado, la besó una y otra vez y luego, le obsequió una rosa al tiempo que le hacía un juramento: «Ni la vida ni la muerte va a separarnos, mi niña. Sólo dejaré de amarte cuando muera la última alondra, y ya sola, cuando escuches su trino, oirás mi voz diciéndote cuánto te quiero; por ser la que lleva tu nombre, esa ave será desde ahora nuestra protección y el símbolo de nuestro hermoso cariño»

— Martín, no hables de la muerte, mejor háblame de la vida, de que viviremos hasta que Dios nos separe. Porque es mi voluntad unirme a ti por los siglos de los siglos; porque sé que nuestro destino será vivir felices, sin que nada ni nadie se oponga a nuestro amor, ni siquiera mi madre...

De pronto, por encima del cacaraqueo de los pollos escucharon voces. Eran las cocineras que iban a escoger los animales de pluma que servirían para cenar. Alondra le dio un beso apasionado al muchacho y ambos fingieron estar ocupados en tareas diferentes.

Por la noche llegaron puntuales, como en una reunión cumbre de jefes de Estado, todos los Arcángel. Daniel al frente, en el banquillo de los acusados, tenía la cabeza baja y masticaba un popotillo de zacate. Se veía abatido más no humillado. En la gran mesa, grande y reluciente, podían verse las manos de los acusadores que hacían tic tac nerviosamente; todos esperaban el inicio del proceso, la aportación de pruebas, el desahogo de las mismas, el juicio final y la sentencia inapelables.

La silla principal, como siempre, estaba ocupada por Doña Margarita y a la derecha e izquierda, Ubaldo y Emilia, los hijos mayores. Luego le seguía Rodrigo, quien por cierto esa ocasión fue elegido para representar a su padre. Luego los demás hijos, hijas, nueras y yernos. Todos con la consigna de impedir a toda costa que se consumara un crimen. Sólo Alondra no ocupaba un lugar cercano a la mesa. Se ubicó en un punto en el que podía ver a su madre pero sin que ésta la notara. A Daniel sí lo miraba y en silencio le enviaba la fuerza de su espíritu. La jefa dio inicio al proceso.

— Todos estamos bien enterados de lo que está pasando en este sagrado hogar y que a todos preocupa. Y debe preocuparnos porque se trata de un hijo mío y del difunto Heriberto Arcángel, del hermano de ustedes. Hemos visto con desagrado cómo una extraña ha venido a perturbar la paz de la familia y somos testigos de cómo ha venido a embrujar a Daniel...

Los presentes guardaban respetuoso silencio, estaban atentos a las palabras de la señora.

— He estado pensando en que no nos merecemos el castigo de contar entre nuestra familia a una mujer de esa clase. Todavía no nace la que va a faltarle a la memoria de su padre y yo todavía vivo para impedir tamaña tontería. No debemos permitir que una muñeca de ciudad nos arrebate al último de los Arcángel, el que representa el orgullo, la sangre y la herencia de la familia. La solución que encuentro es obligar a este su pobre hermano dejar a esa mujer, por las buenas o por las malas o... pedirle que abandone esta casa.

A Alondra le pareció un castigo demasiado cruel, desproporcionado. Amar, pensó, no debe merecer castigo y menos cuando se vive ese sentimiento de forma sublime. Y se preguntó inquieta ¿Acaso amar es delito, es pecado? ¿A quién ofende el amor? Pensaba que si el amor es puro y grande, como el que Daniel le profesaba a la Fabiola, no debería haber nada que pudiera anteponerse. Por el

contrario, pensó, quien sea capaz de sentir el amor en esa intensidad debe ser aplaudido y reconocido; porque amar así, con el corazón, con el pensamiento y el alma, como ella y Martín se querían, era un acontecimiento tan grande como el prodigio de la cosecha del campo, como el milagro de la vida misma.

Muy lejana escuchaba la voz de su madre «Debemos separarlo de la mujer que le consiguió el demonio, la que vino de quién sabe dónde...»

Después, cuando observó que su hermano no defendía su amor dudó que amara en verdad a Fabiola. Conocía de sobra a su hermano y sabía que no había mujer que se le resistiera. Era muy coqueto, agradable a las muchachas, guapo; cierto que por esas gracias ellas tampoco lo tomaban muy en serio, o al menos no todas. Luego creyó que por ser joven tenía el mundo por delante si de mujeres se trataba... luego entonces se conformó pensando que por eso la separación no iba a dolerle.

— He decidido impedir tal canallada; el que no esté de acuerdo conmigo, puede abandonar este lugar, pero eso sí: que se atenga a las consecuencias...

Nadie dijo nada. Nadie movió una pestaña. Oponerse a los designios de su madre era tanto como intentar detener la llegada de la tarde.

Finalmente los hermanos mayores apoyaron a su madre y en unos instantes la sentencia se había dictado: Daniel no debería ni siquiera ver de lejos a la tal Fabiola. El acusado no dijo nada; su madre miraba a todos de frente; Alondra estaba muy confundida; sus hermanos estaban satisfechos por el deber cumplido; la ley de mujer se había hecho presente...

Una mañana llegó el capataz de la hacienda los Alcatraces. Llevaba un mensaje para doña Margarita; lo recibió en el portal, saboreando una sabrosa y tibia taza de té.

— Anda, Abundio, di que te trae por estos lugares.

— Pos nada que por allá antier hubo un grave perjuicio. Imagínese, doña, que los coyotes andan hambrientos y una manada bajó del monte. Era ya entrada la noche. No me lo va usted a creer, pero mató como a veinte borregas del patrón Fulgencio. Y me manda pedirle que tome sus previsiones; dice que por si las dudas, que nomás por si acaso.

— El bueno de don Ful, así que es eso; dile que se lo agradezco, que ni quien le quite lo bueno de gente... Dile que no se preocupe.

El peón de los Alcatraces salió haciendo reverencias exageradas y eso a la doña le hizo gracia.

Por la noche se reunieron cerca de los corrales como quince hombres armados con retrocargas de taco y carabinas 30 30: esperaban a los coyotes. Hicieron fogata y se hicieron acompañar de buen tequila para aguantar el frío y el sueño.

Hasta ellos llegó Daniel, pasadas las once de la noche, iba ya un poco encandilado. Ocurrió que fue al pueblo a pedirle perdón a Beatriz por aquello de que la había dejado por una tal Fabiola. Pero ella no dio su brazo a torcer y, para curar las heridas, se fue a la cantina a tomar unos tequilas.

Los peones lo vieron llegar y le manifestaron agrado; le invitaron tragos y en unos minutos, aquello era una grata velada. De algún lugar salió una guitarra y en bola empezaron a cantar a todo pulmón. No, no se olvidaron de los coyotes pero dejaron de prestarles suficiente atención.

Cerca de las tres de la mañana estaban muy tomados, menos Martín Lucero, que nunca había bebido y que no lo iba a hacer en esa fecha porque alguien debería estar atento a los coyotes y además, no podía defraudar a su patrona.

De eso se aprovechó Daniel y lo invitó a dar serenata a Beatriz, insinuación no aceptada por todos pues ya era de madrugada, en cambio, el Chacho Lucero y el patrón hablaron en corto. Daniel le hablaba a Martín de su amor prohibido y ya para siempre perdido. Le dijo que sí amaba a Fabiola pero que... una espina saca a otra espina, que fue cobarde por no haber defendido su cariño. Pero que había que olvidarla y dejar así que el mundo siguiera rodando; luego, poniéndose melancólico dijo.

— Martín, cuando ames a una mujer, no te permitas perderla. Defiéndela. No dejes que nadie ni nada los separe; el amor de las mujeres, Chacho, es sagrado y lo más hermoso que nos pueda ocurrir a nosotros los hombres... y sabes por qué, pos porque es un regalo venido del mismo Dios. Tú no sabes nada de eso porque no has tenido novia, pero cuando tengas a una, cuando te enamores de alguna, lucha por ella. No admitas que nadie los aleje nomás porque no son del mismo nivel... el amor, amigo del alma, es el sentimiento que a todos nos hace iguales. El amor nos da el valor y la fortuna que no nos da el dinero... Cuenta conmigo siempre y yo sabré comprenderte, ayudarte. Búscame cuando me necesites y piensa que en mí tienes a un verdadero amigo; Martín, ¡cuánto te estimo, caray! Te siento como uno más de la familia, por vida de Dios...

Y se quedó dormido enfundado una gruesa cobija, sobre los costales de mazorca que estaban apilados junto a las trancas.

Martín se quedó pensativo ¿Diría lo mismo si supiera, cuando lo supiera, que la mujer a la que amaba era su hermana? ¿Y él iría a tenerle tanta confianza como para confesarle su enorme secreto? Se lo platicaría a Alondra en la primera oportunidad y ella sabría qué hacer. Pero acabó entendiendo que el ofrecimiento de su patrón se dio en un momento de borrachera y, por lo tanto, no servía. Mañana ya ni se iba a acordar de cuanto le dijo; no, el amor que le profesaba a la niña Alondra debería seguir en secreto...







El tiempo pasaba volando en todo el mundo y en San Nicolás y en la Hacienda La Margarita, por ser parte importante y hasta esencial del mundo, no era la excepción. Ahí todos vivían con sus penas y alegrías aunque éstas últimas eran las más. Pero en todo el mundo y en esta zona fundamental del planeta había días malos, terribles. La historia se escribe a cada minuto y se escribe, casi siempre, por las acciones de quienes toman decisiones. Y casi siempre, a no ser porque en otras ocasiones la historia la escribe la naturaleza. Y ese día ella, la hasta entonces benévola naturaleza, iba a empezar a escribir una página trágica para esa región.

A la una de la tarde y de la nada aparecieron gigantes nubes negras que amenazaban tormenta. Se veían desde donde salía el sol hasta donde todas las tardes se iba a dormir. Como enormes copos de algodón sucio, en tupida alfombra celeste, una franja grisácea y oscura aplastaba lentamente a San Nicolás y a la región de las haciendas. Soplaba un viento fuerte que arrancaba las hojas de los árboles, arrebatava el sombrero a los campesinos y provocaba un ulular que no presagiaba nada bueno. Violentos relámpagos descendían del cielo.

Se escuchaba claramente la aproximación del aguacero y la granizada. Se percibían con el olfato. Los hombres arreaban urgidos a los terneros, cerraban el granero, atrancaban el pajar. Las mujeres corrían a esconder las gallinas y sus pollitos. De vez en vez se detenían para calcular cuánto tiempo les quedaba antes que empezara a llover.

Y finalmente la tormenta se hizo presente. Empezó con gruesas gotas que se marcaban en el polvo como escupitajos y después, pequeños fragmentos de cristal salpicaban locos en los campos, en los patios, en las cornisas. Poco a poco, como si una mano misteriosa fuera graduando la tempestad, empezó el brutal aguacero combinado con granizo, éste cada vez más grande y duro.



Adentro de la hacienda, angustiadísima y frotándose las manos, doña Margarita encendió un cirio Pascual, tomó su rosario e invitó a sus nietos y a algunos peones a rezar. El mal tiempo no sólo le preocupaba por los daños que causaba a la milpa, sino porque ese día todo el ganado había sido arreado hasta los linderos con Los Gavilanes y aún no aparecían los vaqueros que habían ido por él. Daniel, Rodrigo, Matías y Martín Lucero se habían empeñado en llevar a pastar a los animales tan lejos; y era la hora que no aparecían...

Luego de dos rosarios consecutivos la lluvia no amainaba y de los ausentes, ni una razón. Pegado el rostro a las ventanas tenían las patronas, las sirvientas y algunos peones. Angustiados miraban el camino anegado por donde tendrían que aparecer los hombres.

De pronto, como fantasmas en medio de una densa niebla, aparecieron los vaqueros montados en brillosos caballos.

¡Hijjjjayyy!. Abran el portón... ¡Arreen de ese lado...!; Matías, lleva a los cebuses al corral del fondo...; ¡Chacho, cierra las compuertas de las vacas, ciérralas...!. Gritos y silbidos en imponente escena iluminada por furiosos rayos que mostraban una gruesa capa de granizo manchado por las hojas y los pétalos de las flores heridas. El eco del trote de las recuas era apagado por las furiosas rachas de viento que azotaban los cristales de la ventana desde donde doña Margarita daba gracias a San Nicolás por el milagro de ver completos a todos.

Los hombres, chorreando agua de sus sombreros y con la ropa completamente empapada, arreaban con dificultad y premura al ganado también necesitado de un lugar seco. La lluvia y el granizo no cesaban, ni los relámpagos que en vez de disminuir en cantidad e intensidad, acrecentaban su intento destructor.

Alondra sentía una emoción indescriptible no sólo por la angustia de la tardanza de sus hermanos, sino porque al fin vio que Martín llegaba y mostraba valor y arrojo en su trabajo.



Doña Margarita ordenó.

— Lleven ropa limpia y seca a las habitaciones de los muchachos, que vienen muy mojados; Amelia, prepara un café bien caliente para todos. Pero apúrense, esto urge; pobres muchachos, cómo se les fue a ocurrir llevar el ganado tan lejos; ay, San Nicolás, gracias por traerlos con bien...

Los hombres entraron quitándose los sombreros y chamarras, recibiendo de Doña Margarita toda clase de palabras de admiración.

— L'agua nos agarró desde los potreros del Rosario. La vimos y creímos que se iba a pasar pero no, cuando nos dimos cuenta ya estaba sobre nosotros.

— Es que por allá cayó de repente.

— Si nos retrasamos fue porque una vaca preñada se quedó atorada entre la breña; no, de no ser por eso hubiéramos estado aquí desde antes de la granizada...

— Si la dejamos se muere. De no ser por Martín que se arriesgó para librarla. Estaba así de irse al fondo de la barranca...

— ¡Sí, sí, Chacho Martín amarró unas reatas a la vaca y la jalamos entre todos...!

— ¡Pero qué valor el del muchacho! ¿Quién se hubiera atrevido a tanto...?

Todos contaban con emoción y algarabía lo que habían vivido apenas y todos alababan el valor de Martín Lucero. Lo ponían como ejemplo de lealtad. Lo ensalzaban. Y eso a Alondra la llenaba de orgullo; sonreía, pues hablaban de su novio, de quien estaba profundamente enamorada, del muchacho que la había llenado de angustia y preocupación por su ausencia.

Patrones y trabajadores se reunieron en torno a la chimenea encendida en la sala y mientras comentaban los acontecimientos recientes, saboreaban tazas de reconfortante café. Se les había

cubierto con calientes cobijas y mantenían absorta a su madre y patrona que a cada rato exclamaba: ¡Ay, Jesús!

Fue entonces cuando Alondra notó la ausencia de su Martín y se lo hizo saber a su madre. Pero nadie hizo algo por buscarlo, dedujeron que se había ido a su casa para ser atendido por la vieja Trinidad; estaba ya empapado y no tenía caso, pensaron, guarecerse de la lluvia. Mas mojado no podía estar y...

Pero Alondra no pensaba lo mismo. Lo conocía de sobra. Tomó un gabán de lana y salió a la tempestad que se mantenía igual de intensa. Una ráfaga de viento le arrancó la prenda con que se había cubierto la cabeza pero no se detuvo para levantarla; apenas si notó que hasta su rebozo ya estaba mojado. Corrió al granero donde frecuentemente se veían pues sabía que ahí se encontraba. Y sí, ahí lo halló.

Se detuvo en la puerta para contemplarlo a su antojo pues el muchacho no sintió su llegada. Lo miraba tendido cual largo era sobre la paja; observaba sus anchas espaldas desnudas y sus brazos fortísimos, su piel morena y entonces sobrecogida por el frío, observó su cabello hirsuto y mojado... poco a poco fue dejando de oír el ruido de la lluvia y los truenos para concentrarse en su contemplación.

Fue acercándose con pasos menudos, juntando las manos al pecho, presionando con fuerza las puntas del rebozo, en silencio... vio la ropa de Martín tendida en las tablas y el poncho cubriéndole la cintura. Y se acercó más, como hacia el peligro o a un precipicio. Y él, al escuchar las suaves pisadas en la paja se volvió sobresaltado y la vio. Era una aparición divina, la imagen de una virgen inmaculada, la presencia más sublime y tenue...

Ahora ella también estaba escurriendo agua y de su cabeza se desprendió una gota que resbaló por su frente, bajó hasta detenerse en sus labios dulces y de ahí se dejó caer precisamente en el rostro

de Martín, como un beso travieso e involuntario o una caricia fugaz. Quizá fue el viento de vendaval o un misterioso rayo los que provocaron el incendio, pero en esos momentos, movidos por una misteriosa fuerza que los envolvía, atrapados por la tentación de lo prohibido, inmersos en desconocidas emociones, pero deseando dejarse llevar por el torrente, desde lo más recóndito del alma joven iniciaron el camino sin retorno.

Ambos sabían que llegaría el día supremo en que sus cuerpos y sus almas se unirían en una sola y que entonces iban a ser bendecidos por la promesa indisoluble de un amor a perpetuidad, que el destino los juntaría y que ante sus designios poco o nada podrían hacer.

Algún día pensaron que llegado el momento imaginado no iban a oponerse, que no iban a encontrar argumentos para contrariar al destino, que tendrían que dejarse llevar por el camino que les fuera marcando su amor. Ciertamente, las enseñanzas de la doña respecto al pudor eran sagradas y el respeto que a él le inspiraba la niña Alondra era mucho, pero el amor lo nubla todo. El amor pone una suave venda en los ojos de los enamorados, oculta la razón, aconseja cosas hermosas e impide ver las consecuencias de los actos.

Alondra, sin mostrar turbación alguna por la semidesnudez del chico, se inclinó para besarle la frente, justo en el sitio que cayó la gota atrevida. Él tomó la breve mano de Alondra y la atrajo hacia sí para acariciar su faz, aspirar su aroma, contemplar sus ojos negros y para tener cerca sus labios; entonces la besó suave, muy suavemente. Fue un contacto prolongado, apasionado, que transmitía todo el amor que inundaba sus almas como la lluvia los campos.

Luego la depositó sobre la alfombra de paja, la miró a los ojos, le suspiró al oído un te amo y acarició otra vez su rostro. Así permaneció mirándola con los destellos azules de los relámpagos.

Ella se dejó rodear y se acurrucó en sus brazos, juntando su aliento al del enamorado, mirándolo a los ojos e invitándolo a responder a sus caricias. Se entrelazaron en besos y abrazos, se comunicaron el lenguaje del amor y la pasión. Cerraron sus ojos y oídos al mundo, a la tormenta, a la cordura. Junto con la ropa cayó la prudencia, y la negrura no sólo oscurecía la estancia sino la razón. Despertaron al sentimiento de la entrega y éste se hizo presente avasallador, impetuoso.

Fue la entrega total, la culminación de sus anhelos ocultos o tal vez desconocidos. Subieron a las alturas, pasearon felices por floridas praderas, deambularon por mundos coloridos y aromados, vagaron entre nubes de algodón... fueron dichosos.

Se entregaban a un amor puro, más limpio que el agua que brotaba en la montaña y bajaba por el río. Sus almas se confundieron al igual que los rumores de afuera. Sus cuerpos castos y sus almas blancas como la nieve virgen de la montaña se fundieron y se mezclaron los alientos.

Él jamás imaginó que la primera entrega, la del amor sincero, la que se hace con quien se ama, fuera a tal grado suprema. Hasta entonces entendió que hay un paraíso y que éste no se da en premio en el más allá, sino que está aquí, en la tierra. Ella sintió ser la mujer más feliz del mundo, creyó que después de esa manifestación de la gloria nada habría que pudiera desear, que nada ya habría oculto sobre el planeta. Se sabía consagrada en cuerpo y espíritu al hombre al que había entregado su vida y su destino.

La tormenta que se abatía afuera distaba mucho de la que se había desatado dentro del granero. Afuera el ambiente era frío por el granizo, oscuro por la noche, desolado por los estropicios de la granizada; adentro había calor de amor, luz de alegría y un castillo de cristal construido por dos seres que se amaban.

Luego del acto supremo, sintiendo sus cuerpos suspendidos en la nada, escucharon el borbotar del agua por los caños del tejado, los lejanos relámpagos, las gruesas gotas que caían imitando otro diluvio al ser sacudida de las ramas de los árboles; luego el silencio total, apenas interrumpido por profundos suspiros.

Tras un largo rato de reiterar el juramento de amor y de coincidir en las miradas, se quedaron quietos. Fue entonces cuando la bella patrona le reclamó su excesivo valor.

— ¿Por qué te atreviste a tanto?, pudiste hacerte daño. Nada vale como tu vida; no vuelvas a hacer algo que te ponga en peligro; no podría soportar la vida si te pasa algo; no, porque te amo y porque desde ahora ya no debes ver solamente por ti, sino también por mí. Nuestra unión nos ha hecho ser uno solo...

— Alondra de mi alma, mi niña, no he de causarte dolor ni preocupación alguna. He nacido para servirte y para amarte y para llevarte a la dicha. Porque has de ser feliz conmigo y yo me esforzaré para que sea tu felicidad tan grande como el cielo; si no ha de ser así, mejor será que Dios me arranque los ojos, que me corte las manos o me imponga el peor castigo. Antes de hacer llorar esos tus ojos tiernos prefiero la muerte... «Pero la muerte, mi querida niña, habrá de encontrarnos abrazados como en este momento pues no pienso dejarte. Hoy te juro por la memoria de mi madre que mi último suspiro será para pronunciar tu nombre. Hoy te juro que no dejaré que nadie nos aparte, que lucharé a muerte con quien se atreva a faltarte, con quien busque alejarme de ti...»

Se juraron amor eterno, pidieron a Dios bendecir su unión en ese preciso momento y en ese sitio que era una extensión del edén; imaginaron su futuro que no era otro que un valle florido, cálido como los días de abril, iluminado como las noches de luna... lleno de amor y, juntos, hasta que la vejez o hasta que el Creador así lo permitiera, hasta dentro de cien años tal vez, o más...

Nadie lo vio, ni siquiera los perros que mojados se habían enroscado entre la paja, pero esa noche dos sombras desaliñadas como fantasmas se levantaron, arreglaron sus ropas y salieron del granero para tomar rumbos distintos y un mismo destino.

Ella se fue directamente a su alcoba y ésta le ofreció el silencio y la oscuridad cómplices. Allí no pudo cerrar los ojos ni hizo intentos por invocar el sueño. Se tendió sobre el lecho y con los ojos abiertos le contó al silencio lo que en esos momentos pasaba por su mente, lo que acaba de vivir. Y el silencio fue su mejor confidente, el que no podría llevarle a nadie la noticia de que ya era mujer. Y luego de detallarle a la quietud los instantes de la entrega revivió paso a paso lo ocurrido; otra vez pronunció el nombre amado, otra vez lloró de alegría y sonrió. Al respirar volvió a percibir el aroma de Martín y el contacto con las sábanas le atrajo la suavidad de las caricias apenas recibidas.

Luego escuchó rumores en la sala principal. Los peones habían ido a informar de algo a los patrones; luego se escucharon despedidas, se cerraron las puertas, se apagaron los murmullos y quedó en medio de un melodioso silencio que le acarreaba una por una las palabras de amor recién pronunciadas por Martín Lucero. Tocó su cuerpo para sentirlo real y, después de comprobar que estaba despierta, dejó escapar de sus apacibles y hermosos ojos una lágrima de felicidad.

Con una sonrisa dibujada en el alma y en el rostro se fue quedando dormida...



SEGUNDA PARTE



Bajo el marco inconmensurable del cielo azul, se alzaban imponentes las picudas y cobrizas torres del templo erigido a San Nicolás. El tiempo no había desteñido entonces las rojas paredes que ocultaban y protegían al Santo Patrón. Como gigantes míticos, las dos torres besaban el cielo y se volvían al suelo de donde nacían, en donde habían echado raíces que nadie había visto pero que seguro estaban ahí porque si no, por qué se habían sostenido incólumes desde hacía décadas.

Las puntas eran cruces que guiaban a los hombres y mujeres que vivían en esa región, eran cruces que los gigantes blandían como espadas de guerreros guardianes de la estirpe y protectoras de la gente pero que ese fatídico 28 de julio no pudieron o no quisieron defender. Vieron venir de todas partes y sobre los sembradíos grandes y furiosas nubes y se quedaron inmóviles, se hicieron las desentendidas. Vieron crecer a pasos agigantados la corriente del río y todo el tiempo se mostraron indiferentes.

Porque el río, antes cristalino y manso, el que con sus aguas cantarinas platicaba historias fabulosas a los encinos de la vera o a quien se bañara en él, el que admiraba la belleza de las doncellas que lavaban la ropa, el que calmaba la sed de todo ser viviente en el pueblo y la región, esa fecha se volvió el más terrible enemigo. Rugía y se revolcaba en sí mismo con violencia, arrastraba árboles y magueyes en medio de su hediondo color oscuro. Después que viera que no bastaba con haber cambiado su



apariciencia, se salió de su cauce y mostró a las indefensas milpas su furia inexplicable e incontrolable.

Y las plantas, sorprendidas por el súbito cambio, se dejaron arrastrar por la corriente enloquecida y sin rumbo; el agua las perdió entre sus entrañas, se las tragó hambrienta, no dejando siquiera huella alguna de que hayan existido.

Sí, ese 28 de julio el río se volvió traidor de un momento a otro. Ese arroyo, siempre amable, apacible, claro y bondadoso arrastró sin piedad mucho ganado que se guardaba en las partes bajas de las praderas y desde la montaña bajó enormes árboles y piedras. La gente miraba pasar el revoltijo de patas de toros y borregos, magueyes, ramas y raíces... Los miraban un instante porque desaparecían en medio de ese remolino que hacían las aguas estridentes y turbulentas.

Eran animales de Los Gavilanes, del Rosario, de El Potrero. Pero también de La Margarita, porque los vaqueros habían arreado a los corrales principales a todo el ganado mayor, pero las borregas tenían su corral a la orilla del río puesto que desde ahí era más fácil llevarlas a abrear.

¿Y de la Hacienda la Margarita, orgullo del pueblo entero y de la región, qué quedaba? Sólo árboles desnudos, campos arrasados, tristeza, llanto, tragedia... Alguien debía tener la culpa, alguien que sentía envidia de la paz con que se vivía ahí. Era sin duda ese cielo hipócritamente limpio que para esas horas de aflicción se mostraba arrepentido. ¿Ya para qué? el daño ya estaba hecho; no se podía volver a la vida a esos pájaros que yacían en el suelo con sus patitas juntas y los ojos muy abiertos, como si aún preguntaran el por qué de su muerte cruel e injusta; ellos, por siempre encargados de mantenerse en permanente sintonía para el campo y la gente, no eran más que insignificantes cadáveres...

Sólo el trino de la alondra se mantenía en un cántico fúnebre, en una oración pidiendo por los seres desamparados.

Todos se preguntaban ¿Por qué las torres, el templo y el Santo Patrón se habían quedado insensibles a la tragedia que se avecinaba? Porque todos los pueblos tenían quien los protegiera pero ese triste día, ¿dónde se hallaban las deidades por las que se oficiaba misa y a las que se rezaba todos los domingos? Vieron con anticipación venir a la tragedia pero ¿Acaso los santos estaban dormidos o distraídos? ¿No les importaba el dolor de los campesinos? ¿No eran capaces de defenderlos? O ¿Acaso protegerlos no era obligación y trabajo de esos Señores? Tal vez, dijeron algunos de los más viejos, los patronos se encontraban ausentes cuando la desgracia acechaba a la comarca; ahora, a la vuelta de su letargo, quizá lloren arrepentidos por no estar atentos, quizá hasta se sientan culpables por la pérdida del ganado y los cultivos.

Desde la punta del potrero, propiedad de La Margarita, pasando por Los Gavilanes en donde el río se hacía más ancho y hasta La Hondonada y por las propiedades de Las Palomas, se notaba un serpentear grotesco. En toda esa ruta el caudal se había salido de su cauce, la fuerza del agua había roto los bordos en sus puntos más bajos o débiles y escupió gigantescas olas oscuras hacia la siembra; y entonces, sin control alguno, todo era siembra y todo era río. El cielo, tal vez cegado por su propia ira, en ningún momento cesó de proporcionar al torrente el líquido que se convirtió en la desgracia de todos; juntos, cielo, agua, río y granizo quisieron terminar con todo ser viviente de San Nicolás y sus alrededores.

En la hacienda La Margarita todo tenía un aspecto lúgubre y desolado. El galpón y algunos tejados se vinieron abajo por el peso del granizo y las flores, bajo el peso de su propio lecho y en el cual

habían desarrollado sus lindos colores, ofrecían a la vista lástima y nada más.

En los corrales de las gallinas también había mortandad. Guajolotas y gallinas junto con sus crías estaban muertas y aún acurrucaban a sus polluelos. Incluso una perra había perecido protegiendo a sus cachorros. En todos los rincones había montones de gotas de lluvia convertidas en hielo. Era claro y evidente el odio que la naturaleza había sentido por los seres vivientes durante esas horas trágicas.

En los portales, como arrancadas por manos asesinas, estaban hacinadas las jaulas de las aves cautivas y canoras... todavía ayer a estas horas cantaban muy lindo, dijo llorando la vieja Trinidad; sus plumas llenas de lodo y sangre, dijo, dan la impresión de que fueron pisoteadas con rencor.

Las enredaderas tupidas y floridas, marco y distinción de la hacienda, eran una maraña endemoniadamente desnuda. Al quedar sin hojas mostraron las paredes chorreadas de lodo de los adobes.

Los patrones sólo necesitaron caminar un poco para ver la hecatombe. Saliendo de los patios principales vieron que en los terrenos, como culebras, las milpas parecían arrastrarse. Como epilépticas, las plantas parecían pedir ayuda de urgencia. Las matas se hallaban desmadejadas, bamboleantes y vacilantes, como los pies de la Doña que al ver tamaña desgracia, no soportaron más y la dejaron caer pesadamente sobre la gruesa manta blanca.

Luego todo fue gritos y confusión. Patrones y sirvientes corrían en diferentes direcciones. Mil y una formas de curar a doña Margarita se mezclaban con las noticias que llegaban de todas partes reportando los daños. Rodrigo había salido en el auto a traer el doctor pero regresó más pronto que tarde con la noticia de que el camino se había interrumpido por la lluvia y la corriente. Dijo que simplemente no había camino pues se había hecho barranca en muchos puntos.

Luego un peón salió a caballo para avisar a los patrones que vivían en el pueblo sobre el desmayo de la jefa. Los hijos mayores llegaron a lomo de yegua unas horas después y también hablaron del mal estado del camino, de todos los caminos y de que la desgracia abarcaba hasta San Marcos, Los Limones y San Pedro.

Dentro de la alcoba señorial, en medio de una impresionante algarabía, viejas señoras hacían una limpia a la patrona grande utilizando hierbas de todas las especies habidas en la región. De esos menesteres nadie pudo sacarlas: ya quemaban hojas, ya humeaban la casa en señal de purificación, ya entonaban oraciones especiales, ya encendía cirios benditos o daban a beber a fuerza brebajes a la enferma.

Pero la realidad era que con sólo dejar respirar aire puro a la patrona, se hubiera terminado el problema.

Por voluntad de Dios no tardó en recuperarse. Porque la gente del campo, aún los más viejos, tenían algo que los hacía diferentes al resto de los habitantes del planeta y era su resistencia. No era fácil acabar con la gente que se criaba entre los surcos y que se alimentaba de lo que producían, ¡Y menos con una Arcángel! Es que no eran como la gente de ciudad que se enferma por cualquier cosa, y a cada rato. No, la gente de la ciudad moría de un accidente, de un temblor, de un paro cardíaco; en el campo la gente moría de vieja, de la mordedura del coralillo o de un rayo. Y hasta eso de vez en cuando, no tan seguido.

En la capital del Estado y del país se decía eso, que la gente nacida en hacienda era resistente a las enfermedades, tal vez porque todo lo que comían lo cosechan y criaban ellos mismos. Quizá también porque respiraban aire puro, dormían bien, tenían buenas costumbres y la conciencia tranquila y porque, como doña Margarita, creían en Dios y habían sido hechos de buena madera. Y eso era muy importante, decían en todas partes... claro que lo era...



Y si doña Margarita volvió a caer en un segundo desmayo no fue por el espeso humo que la asfixiaba, ni porque la enredaron con cinco cobijas de lana para hacerla sudar, no, sino porque los espíritus malignos causaron estropicios cuando huyeron de su cuerpo, aterrados por los brebajes, las limpias y las oraciones. El trabajo de las curanderas había sido, según sus propias deducciones, efectivo. Ya recibirían el agradecimiento directamente de la doña...

Al día siguiente de la granizada, luego que se hizo un balance preliminar de los daños, cuando ya el río había bajado su nivel de manera considerable, hubo reunión urgente en la sala principal de la hacienda. Desde temprana hora todos los integrantes de la familia Arcángel se habían hecho presentes para escuchar y acatar las disposiciones.

Y ella, la líder, la jefa y patrona, primero preguntó si había alguien muerto o herido en sus propiedades y, de ser así, que se le sepultara o curara con gastos a cuenta de su peculio. Luego pidió informe pormenorizado de lo ocurrido y cada uno de sus hijos la fue enterando de los daños. Incluso Martín Lucero, en su carácter de caporal, detalló las averías que el caudal desorientado había causado en la propiedad. Las mujeres reportaron la pérdida de las aves de corral y las hijas narraron los perjuicios en las huertas de verduras.

Los dueños hacían un balance y los peones, que rodeaban la enorme mesa, no dejaban de exclamar un ¡Jesús! O un ¡Ave, María Purísima! cuando se narraba lo acontecido.

Pero la buena señora se mostraba impávida, ni siquiera parpadeaba, sólo preguntaba de vez en vez algo que no había entendido correctamente. Terminada la crónica el gran salón quedó en completo silencio. Esperaban oír la voz de su autoridad.

Y empezó a dar órdenes.



Tú, Daniel, quiero que mañana vayas por el gobernador. Le dices de mi parte que lo necesito aquí; tú, Ubaldo, organízate con algunos peones y empiezas a reparar los tejados; Rodrigo, muy temprano vas a ver al presidente municipal y te lo traes a como dé lugar y de donde se pueda. Martín: encárgate de sepultar a todo animal muerto; Emilia, con tus cuñadas vuelves a construir los gallineros. Carmen, ve por las mujeres de los peones y empiecen a sembrar en las hortalizas. Alondra, júntate un puño de mujeres y se dedican a reponer las flores en los jardines y te vas a la ciudad a comprar más pájaros que canten...

Y siguió repartiendo indicaciones por largos minutos incluso entre las nueras y las nietas... hasta que nadie se quedó sin tarea.

Recibidas las indicaciones, los patrones salieron y se toparon con los peones que generalmente acudían a la hacienda en tiempos de siembra o cosecha. No se les había llamado pero habían llegado para ponerse a las órdenes de su querida patrona. Sabían que era necesaria su presencia y fueron enterados de que habría mucho qué hacer, así es que se hicieron grupos de cincuenta y se dispusieron a no dejar solos a sus patrones.

Esa noche trabajaron sin descanso reparando lo dañado en la hacienda y no se fueron a sus casas, pernoctaron en la casa grande, donde se les dio de cenar.

Al día siguiente, pasadas las dos de tarde llegaron numerosas comitivas a la hacienda. El gobernador venía acompañado del Secretario de Obras, el alcalde, con diez policías, los dueños de las otras haciendas afectadas, todos a caballo pues los caminos se mantenían destrozados.

En la señorial sala de la hacienda hubo reunión de muy alto nivel, encabezada, faltaba más, por la matriarca y líder de la región.

La noche envolvió a la comarca. Era una noche estrellada. Millones de luceros titilaban en el firmamento en señal de que las cosas podrían

volver a la normalidad. De madrugada se escuchó el rebuznar de los asnos y al canto anticipado de los gallos. Eso significaba, de acuerdo a las creencias y costumbres de los hacendados, que se iba a cerrar el tiempo, que habría más lluvias por todo agosto. Eso lo sabían todos y por ello el Chacho Martín se dispuso a dormir, pues temprano, antes de que saliera el sol, debería llevar a los peones a levantar los bordos de la orilla del río. Pensando en Alondra se fue quedando dormido.

Poco antes de las cinco de la mañana los perros ladraron con más fuerza. Se escuchó el rechinar de las puertas, el griterío de la peonada, el trote de los caballos, el ruido de las palas y zapapicos, la vida misma.

Cientos de hombres de todo San Nicolás, peones de todas las haciendas vecinas, trabajadores enviados del Estado y del Municipio, mujeres jóvenes o mayores, se disponían a intentar regresar al mundo a su estado normal. Se trataba de remendar los bordos, de construir gaviones, de enderezar al mismo río desde el punto mismo de su nacimiento y hasta donde terminaba el mundo. Habría que recomponer las cercas, volver a marcar los linderos, reconstruir los corrales, hacer una presa... Se trataba de unirse para enfrentar la desgracia. Se trataba de retar a la naturaleza, al destino mismo.

Desde un punto estratégico los patrones daban órdenes a los caporales y capataces, y éstos a su vez las transmitían a los peones que trabajaban sin descanso. Terminando con las propiedades de una hacienda seguían con las siguientes, y luego con otras.

A las once de la mañana del primer día de trabajos la hora del almuerzo se convirtió en una gran fiesta en la que convivían animadamente los habitantes de esa región y se mezclaban las emociones, los años, los linajes, los intereses. De la capital del Estado llegaron enormes cazuelas de mole, arroz rojo y blanco, chiles en vinagre, tortillas y mucha agua fresca.

Y doña Margarita estaba feliz porque, pensaba, en una circunstancia como aquella, el difunto don Heriberto, su marido, hubiera actuado igual. Ahora, pensaba, desde el cielo su amado esposo estaba viendo su actuar y sin duda se sentía orgulloso de su señora.

Porque él era de esos que no se sentaban a llorar una desgracia o a lamentarse por una calamidad. No, él fue hombre de acción, de palabra cabal. No por nada se había convertido en líder y ejemplo, no por nada había logrado atesorar tanta fama, tierra y poder. Y se le conoció también por su valor y nobleza. Porque ya antes había caído una tormenta en la zona; claro que en nada parecida a la actual pero esa vez, el río también se salió de su curso y arrastró a varios peones. Eran muchos los que se hallaban en peligro y él solo, logró salvar a casi todos, menos al viejo Manuel que por su edad, no pudo asirse a la reata con que pretendía salvarlo y murió ahogado.

Muchos aún recordaban esa acción y algunas familias le agradecían la vida.

Todos creían que don Heriberto desde el cielo los miraba orgulloso y así en la tierra los hombres trabajaban sin descanso.

Diez días duró el trabajo. Durante todo ese tiempo los dueños de haciendas, las autoridades del Estado y del Municipio y los peones, trabajaron unidos y al terminar, hubo fiesta en Los Gavilanes. Se trajo mariachi y tambora; se bailó y se bebió como nunca. No se vio regocijo igual ni cuando había boda, ni en las ferias anuales de los pueblos.

Los caminos quedaron mejor que como estaban antes del diluvio, las cercas eran nuevas, el río estaba más controlado y se le había confinado en un gran canal. Las casas de los peones que resultaron afectadas fueron reparadas y en las haciendas las construcciones dañadas fueron resanadas y pintadas, se sembraron nuevas plantas de ornato, fueron levantadas las milpas, enderezados los surcos y

los linderos, se plantaron más árboles frutales y forestales. Todo lucía como nuevo.

El gobernador en persona fue a inaugurar las obras y hubo discursos. Pero sobre todo, hubo felicidad, mucha felicidad. Satisfacción, honor al trabajo conjunto...

Martín Lucero y Alondra llevaban varios días viéndose, pero sólo eso. Estaban ansiosos de encontrarse, de mirarse por largos minutos, de compartir los suspiros y de saborear de la misma miel.

Esa tarde ella estaba sembrando rosas, dalias y tuberosas en las nuevas macetas cuando vio pasar cerca al amor de sus amores. Cortó algunas flores de las que no habían sido dañadas por el temporal y, tiernamente, las besó y las puso en manos del enamorado Chacho.

Él las tomó suavemente y posó sus labios en donde Alondra lo hizo. Y suspiró. Le envió una mirada llena de amor y la quedó viendo hasta que se perdió por entre los geranios nuevos y los rosales de estreno.

La cita la hicieron para las diez de la noche, cuando ya todo el mundo estuviera durmiendo. Fue en el recién reparado pajar. Y como en otras ocasiones se tomaron de las manos, se besaron, rieron y se juraron amor eterno. La gente enamorada se promete cosas como si la eternidad fuera algo parecido a un amanecer o ramo de rosas.

Permanecieron abrazados, mirándose a los ojos de vez en vez y besándose luego de cada sonrisa, por tiempo sin cuenta, en silencio, sintiendo el calor de sus cuerpos. Ella tuvo la idea de la gloria sintiéndose protegida por esos brazos vigorosos y él, disfrutó perdiéndose en el infinito de su mirada y embriagándose con el perfume suave de la muchacha. Hasta que, inspirada por algo extraño, la chiquilla habló.

— Si algún día tuvieras que irte me iría contigo... no importa qué tan lejos vayas, no importa cuánto tengamos que caminar ni

cómo vayamos a vivir, pero siempre estaré a tu lado... porque no voy a dejarte, no vas a ir a ningún lado sin mí y yo no podré ni quiero estar en ninguna parte sin ti... Ni Dios va a impedir que sea tu eterna compañera... al dictar ese destino su voz se hizo segura.

A Martín no le extrañaron sus palabras, sabía cuánto lo amaba Alondra y por lo tanto, él también le hizo un juramento.

— Tal vez la suerte me obligue a marcharme pero regresaré por ti. No lo dudes nunca. Ni la muerte logrará separarnos. Si algún día tus ojos no me miran pero como siempre me buscan, sólo espera, que vendré para llevarte hasta donde nadie pueda oponerse a nuestro destino.

Volvieron a buscar el abrigo del beso que encontraron embriagador, sublime y tierno. Y como el día de la tormenta destructora se elevaron a las alturas, hasta donde llegan quienes aman de verdad. Pasadas las doce de la noche, al primer canto de los gallos, se fueron cada cuál por su lado.

En su soledad ambos recordaron los momentos recién vividos, evocaron el juramento indisoluble de unión eterna y entendieron que ya se pertenecían en cuerpo y alma.

El veinte de agosto la sombra del mal volvió a cernirse sobre ese pedazo de gloria. Enormes y negras nubes pasaban rozando al pueblo y furiosos relámpagos se dejaban caer aquí y allá. Sin embargo no fue más que el susto, pues la tormenta fue a caer muy lejos, hasta atrás de los volcanes, donde quizá iban a causar los mismo estragos que habían hecho en la zona de haciendas castigadas.

Pero fue suficiente para asustar a la gente y para poner en acción a los conjuradores de tormentas, los que mediante una serie de invocaciones alejaban al mal tiempo. Siempre lo habían hecho y,

hasta antes del 28 de julio, habían obtenido resultados. Se trataba de destruir la fuerza de las víboras de agua, de disolver hasta hacer nada a las nubes peligrosas, de cortar de tajo la amenaza del granizo.

Los conjuradores pintaban en el suelo una gran cruz con ceniza revuelta con sal, levantaban los brazos y oraban con frases poco inteligibles que sólo esos viejos sabios conocían. Luego mezclaban las palabras con rezos aprendidos en la doctrina Cristiana convocando a San Isidro Labrador, a la virgen del Perpetuo Socorro, a san Benito y a otros santos. Tomaban con ambas manos un crucifijo y lo presentaban de frente hacia los cuatro puntos cardinales, luego encendían una hoguera y en ella quemaban palma bendita y ramas de romero.

Cuando empezaba a caer el granizo o cuando arreciaba el vendaval, empuñaban los machetes y lanzaban violentos mandobles al aire con el fin de cortar, de mutilar a esas nubes que los amenazaban. Todo junto lograba interrumpir la lluvia, el viento y el granizo y alejaba a la tormenta lo suficiente como para verla caer lejos. O para mirar cómo desaparecía en la nada. Muchas veces los conjuradores de San Nicolás arrojaban la tormenta hacia La Margarita y de ahí, la lanzaban rumbo a Las Palomas y así, hasta que el peligro se convertía en mansa y benéfica llovizna. Todo esto era observado de lejos por la gente que no participaba de ninguna forma pues, y eso se sabía de sobra, el metal de los machetes atraía a los rayos y podía causar una desgracia. Nunca los moradores habían visto que sucediera pero...

Todas las haciendas tenían a sus propios temperos y eran bien remunerados por los patrones que los veían como hombres especiales y elegidos, pues no cualquiera tenía el poder para oponerse y enfrentarse a la naturaleza; cierto que hacía unos días apenas, esos conjuros habían fallado, pero al menos en ésta última ocasión y en muchas otras anteriores, vieron cómo la amenaza se alejaba, se diluía, se esfumaba. Con regocijo

veían cómo lejos otros conjuradores la atacaban con cohetes ahuyentadores de ciclones.

Pero a nadie le pasó inadvertido que el cielo los amedrentaba, los mantenía vigilados y les enviaba la señal de que si algo malo iba a pasar tarde o temprano habría de suceder... o que lo ya ocurrido no había terminado, que aún faltaba y que deberían estar preparados.

Los días subsecuentes fueron apacibles para el poblado, reconfortantes para los hombres y dadores de vida para las plantas. Todos, en las haciendas y en el poblado, en el Municipio y el Estado, decían que las cosechas se habían salvado y que serían igual de abundantes. Porque si bien es cierto que la granizada había dañado a todos los frutales, a los animales y a los maizales ese fenómeno natural los había beneficiado. Por lo menos la milpa aún no contaba con un tallo suficientemente desarrollado como para resultar herido, por el contrario, el hielo vino a calentar las raíces y en menos de una semana, los surcos dañaban la vista con su color verde encendido. Había regocijo y muchas esperanzas.

Para los amorosos las cosas siguieron igual. O mejor, pues se amaban cada vez más. No habían tenido la oportunidad de una tercera entrega dado el ajetreo que trajo consigo el diluvio. Pero una mañana, mientras Chacho Martín construía una cerca a la orilla del río vio aparecer, recortada por la luz del mediodía, la figura esbelta y bendecida de Alondra. Lo saludó con la mano, le envió un beso como quien manda con un soplo un copo de algodón.

Para poder ausentarse de la casa grande, a su madre puso como pretexto su interés por ir cortar fresas salvajes al monte aunque en realidad le llevaba el almuerzo a su amado. Iba acompañada de doña Agustina, misma que desapareció en una yegua alazana, como si supiera que su presencia sobraba ¿Acaso sabía de la relación de la patrona con el caporal? Ella se acercó con pasos menudos, sonriéndole, llamándolo en silencio.

Se besaron como siempre, se tomaron las manos y rieron como locos. Estaban felices.

Juntos tendieron el mantel sobre la alfombra de pasto. Una bandada de pájaros cruzó el cielo, dibujó círculos en el azul infinito y luego se fue a posar sobre el árbol, justo sobre sus cabezas. Ahí entonaron un coro precioso y su sinfonía no tenía fin.

Las alondras miraban cómo, abajo, sobre el pasto, se llevaba a cabo la más sagrada muestra de amor, la unión que Dios instituyó para que los seres que se aman den testimonio de que el edén sí existe. Porque un amor puro como el suyo era muestra y manifestación de que lo sagrado vive entre los corazones enamorados.

La entrega de los muchachos fue gloriosa. Con ella y por ella viajaron hasta donde ningún mortal había llegado y retornaron a la tierra muy lentamente, disfrutando cada segundo de la miel en que se convierte el beso y la entrega.

De pronto las aves que les rendían homenaje, las que les endulzaban las almas con sus trinos, alzaron el vuelo asustadas. Su alboroto puso en alerta a los jóvenes que se arreglaban las ropas con loca premura. Se quedaron en silencio, no respiraban, no parpadeaban; se oían pisadas cautelosas, el paso de un cuerpo por entre las hierbas altas que los protegían. En unos segundos vieron como las matas se iban abriendo; alguien andaba cerca, los iba a descubrir... el rostro de Alondra se descompuso por la sorpresa y su boca acalló un grito. Él se dispuso a proteger a su amada, de quien fuera, de quien pudiera o quisiera amenazarlos.

Cuando el terror los tuvo presos vieron cómo iba apareciendo la nariz de una vaca. Por entre las hierbas se dejó ver su cuerpo manchado; sólo los miró curiosa, mostró su larga lengua y mugió quedamente; luego se alejó con paso cadencioso, mordisqueando aquí y allá, hasta que se perdió de la vista de los aterrados enamorados.

Tras el susto suspiraron, se miraron una y otra vez y luego, tendidos en el pasto, rieron a carcajadas.

La última semana de agosto sucedió algo tristemente extraordinario para los dos seres que se amaban como nunca se ha visto: don Marcos, el dueño de la Hacienda La Hondonada, envió un automóvil para llevar a Doña Margarita y descendencia, aunque la invitación hacía énfasis en que no debería faltar la hermosa Alondra.

La señora se dijo sorprendida por la aparentemente súbita invitación de su vecino. Había estado otras ocasiones en esa próspera hacienda muchas veces pero fue cuando acompañó a su desaparecido esposo. Esas visitas claro que eran correspondidas. Se frecuentaban desde que los hijos de ambos, ahora jóvenes o señores, no eran más que unos niños; con el tiempo los muchachos siguieron manteniendo esa amistad pero las hijas, solteras o casadas, dejaron de convivir con los varones.

Con el paso de los años empezaron a casarse los hijos. Primero en La Hondonada y luego en La Margarita y a cada acontecimiento, eran invitados los unos y los otros, de modo que la amistad no sólo se mantuvo en excelentes términos sino se acrecentó y más por cosas como lo de la granizada. Cosa curiosa, nunca ninguno de los muchachos de las haciendas contrajo nupcias con ninguna joven de las otras haciendas. Se sabía que en otros Estados o en otras regiones eso se acostumbraba y era bien visto. Era una forma de mantener la amistad y, por otro lado, esas uniones favorecían el crecimiento y desarrollo de las inmensas propiedades.

Martín Lucero vio, desde los corrales, la llegada del coche. Observó cómo los moradores se preparaban para salir y luego más tarde abordar el auto de la Margarita y seguir al coche de la Hondonada;

eso le inquietó. Algo pesado, nebuloso, oscuro, se cernía sobre su alma enamorada.

Pero antes, cuando atisbaba insistentemente hacia el portón principal escuchó el canto cercano de un pajarillo. Era Alondra que lo llamaba, corría graciosa hacia el pajar, ocultándose entre los limoneros.

La alcanzó y sin decirle nada la besó apasionado; luego ella lo abrazó con fuerza, bajó la frente, se quedó en silencio y murmuró el nombre amado. En tono suplicante, temeroso, ella dijo estar asustada por algo desconocido, estaba inquieta.

Le comunicó que iban a La Hondonada, que su madre había recibido una invitación sin motivo aparente.

— Nos ha llamado y debemos ir; mi madre me lleva, Martín — suplicaba— tengo miedo, no sé a qué pero en el alma siento que algo malo va a pasar.

Martín la tomó delicadamente, le acarició el rostro, la atrajo hacia sí y trató de calmarla de forma muy tierna.

— No temas nada que nada puede pasarnos; nuestro amor, lo sabes, es más fuerte que cualquier voluntad de tu madre. Quizá ha organizado una fiesta para agasajarlos en agradecimiento a la amistad y al trabajo.

Ella lo interrumpió al borde de la histeria, sus hermosos ojos lloraban.

— ¡No! He oído como hablaban de una boda. El hijo de don Marcos quiere casarse; si eso es lo que desea yo no tengo nada que ver; tengo miedo, mi Chacho, mi Martín...

Él también había escuchado eso, que el último hijo del potentado vecino buscaba una esposa y que sus ojos miraban de forma insistente hacia La Margarita. Pero no obstante ese temor bien fundado, Martín calmó la inquietud de su amada.

— Sabes que no van a separarnos. No importan los acuerdos a que lleguen los grandes, nosotros tenemos la fuerza suficiente para enfrentar lo que venga y no vamos andar el camino que quieran marcarnos. Nuestro amor sobrepasa las decisiones y los intereses de ellos y de otros.

Luego le hizo una propuesta temeraria pero de posible realización: si es que insisten en unirte a quien no quieres, vamos a fugarnos. Nos iremos lejos, hasta donde nadie pueda encontrarnos si acaso nos buscan. Estaremos donde nadie nos conozca, donde podamos ser felices por los siglos de los siglos; ahí, niña Alondra, tendremos muchos niños, te haré una casita de adobe, criaremos ganado y con el tiempo tendrás lo que ahora posees.

Y siguió hablando lleno de emoción: —también con el tiempo, mi pequeña, tu madre va a perdonarnos. Porque estoy seguro que tus hermanos van a oponerse, que van a querer separarnos y que van a perseguirnos, pero para cuando nos encuentren, preciosa, ya serás mi esposa, y tal vez ya hasta me hayas dado una criatura... «No tengas miedo, que mi amor y mis ojos van a seguirte, estaré cerca de ti ahora y después, para siempre...»

Como llegó se fue, corriendo ágil como conejillo, o como una mariposa, por entre las flores de colores.

Él vio partir el coche y en su corazón anidó la incertidumbre, la inquietud. Caminaba cabizbajo y hablaba en voz baja algo que parecía incoherente. Porque a su paso se encontraba con los peones y lo observaban de arriba abajo extrañados: platicaba como platican los borrachos.

¿Qué es lo que iba diciendo? Hablaba de una boda, del amor, de una unión que no iba a interrumpir siquiera la muerte ¿a poco hay quiénes se quieren con esa intensidad? ¿Qué iba a pasar y cuándo? ¿Quiénes eran esos enamorados? se preguntaban extrañados quienes lo encontraron de frente y lo escucharon cuchichear... de pronto se

quedó estático, movió las manos con vehemencia y luego exclamó ¡De una vez! ¡Hay que decírselo de una buena vez! ¿Qué se puede perder?; que pase lo que tarde o temprano va a pasar... eso oyeron y vieron los peones y eso no comprendieron; lo miraron alarmados; algo raro le estaba pasando a su Chacho, a su mayoral consentido.

Pero claro que algo le ocurría. Por su mente pasaba la idea de informarle de una vez a Doña Margarita lo de su amor por la niña Alondra. Había que enfrentar ¡ya! a la surte, desafiar la ira de quien decide la vida y la muerte no sólo en la tierra sino al parecer, en el cielo; había que encarar a la mujer que manda no sólo en sus propiedades, sino también en el alma de propios y ajenos.

Se dio argumentos para pensar que su idilio, por su enorme tamaño, ya no debería permanecer oculto, encontró elementos para considerar que su patrona no iría a enojarse por lo que pasaba entre su hija y su trabajador de confianza y, finalmente, halló suficientes motivos para creer que no habría oposición de nadie para que lo suyo, por maravilloso y puro, fuera una realidad, a la vista de todos y con el consentimiento supremo.

Porque el amor, el verdadero amor, debe brillar con la misma intensidad del sol; no se puede ocultar y debe ser visto por todo el mundo; si su patrona deseaba para sus hijas la felicidad, ¿dónde Alondra podría ser más feliz si no al lado del hombre que amaba? y, ante esto, no sólo nadie se opondría a un romance tan, pero tan bello y fuerte, sino que aplaudirían el valor de los muchachos, les tomarían como buen ejemplo y se convertirían en punto de referencia para toda la región.

Martín Lucero se llenó de ilusiones, sus ojos adquirieron el brillo de la felicidad y en su boca se dibujó no una sonrisa, sino una carcajada.

Porque, efectivamente, Chacho reía a carcajadas asustando a sus compañeros de labranza... sólo unos ojos ocultos entre las enredaderas de la choza de la vieja Trinidad lo miraban, se humedecieron de

lágrimas y su dueña, una vieja nana dijo en voz baja: ¡pobre de mi Martín, pobre de mi Alondra! ¡Cómo van a sufrir!

En automóvil la distancia entre La Margarita y Las Hondonada se recorría en media hora así que antes de que los Arcángel lo imaginaran, ya estaban en las propiedades de su anfitrión. Sólo traspasaron la empalizada, cruzaron los enormes huertos de duraznos y manzanos y en unos segundos se miraron de pie, frente a la enorme reja de hierro forjado que era la puerta principal.

A Alondra le impresionó, como nunca, esa construcción. Sus enormes tapias de piedra se levantaban imponentes y las rejas de los balcones le inspiraron momentos tiernos y románticos de enamorados pero al mismo tiempo despertaron en ella melancolía. Mientras su madre y sus hermanos esperaban la salida de don Marcos ella paseó la vista por ese castillo que, ahora le parecía, podría servir también como cárcel no sólo de cuerpos sino de almas y de sentimientos sublimes. Se imaginó como la princesa oculta en la oscuridad del torreón altísimo, la de los cuentos que su hermano mayor le leyó una que otra noche, cuando estaba pequeña.

La entrada principal estaba flanqueada por dos grandes bancas de piedra en las que imaginó largas pláticas de las mujeres ahí nacidas, cuando eran visitadas por los galanes con quienes después, se casaron. En su casona no había balcones propios para una serenata ni bancas como aquellas que favorecían los encuentros amorosos. Sus hermanas ya casadas no las necesitaron, nunca se escuchó una serenata en La Margarita y ella, ella amaba en silencio, oculta, en los lugares menos imaginados, pero con mayor intensidad.

Por fin apareció una mujer ya entrada en años. Toda amabilidad y deshaciéndose en halagos los invitaba a pasar pues su patrón los esperaba con ansias en la sala. Preguntó impertinente cómo les había ido con eso de la granizada, si habían perdido mucho ganado; dijo que en ese lugar la mortandad de animales fue cosa de espanto, que en sus años no había visto nada parecido...

Entraron a una enorme sala que en nada se diferenciaba a la de La Margarita, también tenía cortinajes espesos de colores serios, igual había una biblioteca aunque no tan extensa ni interesante. Los sillones amplios y cómodos nada le pedían a los de la señora y los candiles, podrían ser bonitos, pero no tan caros ni en la cantidad como los que existían en el feudo de la madre de Alondra.

Lo único diferente era que en ese sitio las armas estaban exhibidas junto a disecadas piezas de caza. En la Margarita había armas, y tal vez más poderosas, pero no a la vista. Ahí las escopetas estaban a la mano, las pistolas se hallaban cargadas, según lo informó Daniel. Eso la vieja no lo hubiera permitido pues siempre dijo que las armas las hizo el diablo y por eso las activa cuando quiere.

Se escucharon unos pasos y todos guardaron compostura.

Se dejó oír la voz ronca de don Marcos que empezó a agradecer la amabilidad de los presentes, a reír de todo y de nada...

— ¡Ja! Dichosos los ojos, señora mía. Doña Margarita, pero que bien se ve usted; cómo se ve que hasta los años la respetan, distinguida dama. Mi casa se honra con la presencia de tan ilustres visitantes. Vamos, muchachos, pero por qué es esa solemnidad... Alondra, Alondrita, muchacha preciosa, pero cómo has crecido; eres toda una mujer. Doña Margarita, habrá que encerrar a todos los mozos de la región porque si ven a su hija, va a haber matazón.

Y ríó a carcajadas.

— Gracias, don Marcos, pero creo que está usted exagerando. No es para tanto.

La gran dama deshilaba las puntas de su rebozo y Alondra había robado el color a las ciruelas por unos instantes para sus mejillas. Daniel estaba inquieto y sus ojos buscaban algo pero sin saber qué.

— Doña Macaria, tráiganos una botella de tequila y una buena agua fresca para quien apetezca. Veo que no vinieron todos sus

hijos; ah, por cierto, dé mis saludos a don Rodrigo. No va a usted a creerlo pero él me ayudó con un asunto que tenía yo pendiente en la capital; es que el Marcial, mi hijo, hizo algunas tarugadas; son chamacos ¿no cree usted? ¡Cómo se ha sabido desenvolver ese muchacho suyo, caray!

Los terratenientes iniciaron una plática que en nada interesaba a los jóvenes. Por eso los varones pidieron al hombre el permiso para conocer la cuadra de caballos.

— ¡Pero hombre, Daniel, si estás en tu casa! ¡Pánfilo, lleva a los señores a montar a caballo! Pero no se tarden que la comida ya va a estar en la mesa... Caray, doña Mago, qué hijos tan fuertes le ha dado Dios; cómo se parece este chiquillo a su padre...

Alondra no hubiera podido salir aunque lo hubiera pedido. Se quedó al lado de su hermana Emilia y su sobrina María, quienes se esforzaban por estar atentas a la plática.

Pero la hermosa no quiso escuchar. Se fugó y viajó hasta alcanzar las campiñas en las que era feliz y en las que, sin duda, en esos momentos cabalgaba Martín. Por su mente pasaron las imágenes y las circunstancias que la habían llevado a pertenecerle a su amado. Recorrió los momentos en que los ojos del peón se toparon por primera vez con los suyos. Fue una tarde en que los campesinos herraban caballos. Lo admiró por su fuerza, por su arrojo, por... tantas cosas. Esa ocasión él sintió la mirada de la patrona y volvió los ojos hacia ella. Y aunque fueron unos segundos, fueron suficientes para atraparse.

Luego lo encontraba en la siembra, en la pizca, en medio del ganado, acarreando agua para el uso de la casa grande, partiendo leña, cargando pesados costales de mazorca...

Y los ojos del Chacho, esos grandes ojos negros y profundos como el misterio del amor que la habían conquistado. Reconoció que se enamoró de él desde la primera vez que su corazón sintió

el vuelo de las mariposas, el aroma de la ilusión. Y, ahora, lo sabía, si Martín no le hubiera declarado su amor, pudo volverse loca. Porque llegó el momento en que sintió que la indiferencia o el rechazo del muchacho le hubieran hecho mucho daño. Pero no fue así, ella fue correspondida. Y amaba con una fuerza superior al huracán recién pasado.

El amor, el amor... qué bello lo sentía, qué hermoso era amar y ser amada. Y pensar que nadie lo sabía, nadie excepto la cocinera, a la que tuvo que contarle su secreto ante el miedo de que este le estallara en las entrañas. Porque un amor de ese tamaño, con esa fuerza, no puede ser ocultado; y menos a las mujeres que ya habían vivido eso y más.

Se lo contó porque los suspiros de Alondra eran ruidosos, prolongados y continuos, porque la vieja Agustina sabía de qué se trataba. «Está enamorada mi niña», le dijo. Y Alondra lo negó con una sonrisa y con otro suspiro; «lo que los jóvenes no saben es que para los viejos no hay secretos, que sus almas son de cristal. Dime, pequeña, quien es el afortunado que te ha robado el corazón», le preguntó esperando una respuesta, no una evasiva.

Y al igual que Trinidad cuando conoció el secreto en voz del propio Martín, la cocinera se asustó: ¡chamaca caramba, cómo se te ocurre! No sabes lo que estás haciendo; tu madre se va a morir del coraje. ¿Qué no sabes que lo suyo es prohibido, que mi señora no lo va a permitir?

¿Prohibido el amor? ¿Quién tiene la fuerza y la autoridad sobre esta tierra para prohibir tan noble, bello y grandioso sentimiento? ¿Quién?; sin duda no era su madre, ni el padre Florencio, ni el gobernador ni el presidente municipal. Nadie...

Fue en ese instante que pensó contárselo a alguien, que tendría que descansar un poco de esa inmensa presión que sentía en su pecho por guardar tan inmenso secreto. Ese alguien debería ser

de mucha confianza, alguien que pudiera entenderla, apoyarla y, en el momento indicado, tener la autoridad para aceptar el destino. Sintió una enorme urgencia por decirlo a alguien... a su madre, por ejemplo.

Porque finalmente, nadie como su madre para comprenderla; todas las muchachas enamoradas tienen, como principal aliada, cómplice y confidente a la propia autora de sus días. Cierto que lo suyo era especial, poco frecuente pero, finalmente era un asunto de mujeres. Su madre también estuvo enamorada una vez, sabía de lo que significa entregar el alma en un beso, suspirar horas enteras por el hombre que se roba los sentidos... no iría a decirle que había dejado de ser virgen en los brazos de Martín, no, sino sólo contarle que ya no podría vivir sin el Chacho...

Su madre era buena y noble, de buen corazón; un poco exigente, intransigente a veces, pero tratándose de su propia hija...

También se lo iba a comunicar a Martín y el ya sabría qué hacer y cuándo.

Muy lentamente retornaba al sitio en que se hallaba. Sus labios dibujaron una sonrisa que los presentes confundieron con el interés que la chiquilla tenía en la conversación de los mayores.

— Mi esposa Dolores y yo viajamos a Europa hace dos años y ¡válgame la virgen! La de cosas que se ven ahí...

«Yo de verdad la envidio, doña Mago. Tiene usted a una familia que es ejemplo en toda la región»

«Me van a traer borregas de Holanda y vacas de Suiza; deje que se reproduzcan como conejos y por vida de Dios que anegamos el rumbo de buenas razas»

«El temporal, señora mía, nos tiene sin cuidado. Pueden venir temporales como el que nos atacó o mayores, pero, verá, hasta la naturaleza tendrá que ayudarnos, no faltaba más»

Más tarde se unió a la plática doña Dolores de Hernández, una mujer madura, alta, de porte distinguido, de caderas inmensas, y vestida como Adelita. Vino acompañada de dos de sus hijas casadas y de unos adolescentes, nietos del patrón. Se unieron al rosario de halagos a doña Margarita y se dedicaron a recordar con respeto y admiración a su difunto esposo.

Todo lo que empieza termina y el diálogo había terminado.

— Pasemos a la mesa; háganme ustedes el favor. Se ha preparado en esta su casa lo mejor. La presencia de tan importantes personajes es motivo para estar de fiesta. Si hasta vestimos nuestras mejores galas... Y el viejo río a carcajadas otra vez...

La mesa estaba servida. Se habían dispuesto veinte lugares y don Marcos Hernández iba indicando a cada uno de los presentes el sitio que deberían ocupar. Los visitantes, que acababan de llegar de montar, al fondo, excepto la doña y Alondra que deberían ubicarse al lado del matrimonio.

Al sentarse doña Margarita descubrió, en un rincón, un enorme tecolote con sus ojos muy abiertos. Eso la asustó hasta obligarla a persignarse; es que esos animales le parecían de mal agüero. El anfitrión río y se acomió a calmarla.

— Lo atrapó Pedro Palomo en el monte, fue cuando se me perdieron unas reses y se fueron hasta allá. Mi hijo es buen cazador, nomás ayer, para no ir más lejos, se fue de cacería y me trajo dos liebres y un titipuchal de codornices. No, si donde pone el ojo pone la bala; con decirle que ya le puso el ojo a una hermosa hembra y, como que voy viendo que me la va a traer de nuera...

Lo dijo mirando a Alondra, sin que nadie se diera cuenta, ni siquiera ella.

Porque ella estaba mirando el enorme mantel bordado por doña Lola. Era una obra de arte. Tenía flores de colores encendidos y, en el mero centro, una leyenda dentro de un gran corazón púrpura:

tuya para siempre y debajo, las iniciales M y L. Don Marcos notó el interés de la joven y se apresuró a explicar.

— Lo hizo para mí la mujer más linda del mundo: mi Lola. Me lo regaló el día de mi santo ¿a poco no es una chulada? Usted, Alondra, tendrá que bordar para su esposo y esas manos tan tiernas que tiene, habrán de hacer cosas maravillosas con la costura y en el bordado; porque sé que tu madre, aquí presente, le ha preparado para ser la mujer que cualquiera sueña con tener.

Ella asentía sin emoción alguna; no le interesaba lo que dijera el viejo. No le interesaba porque sí era una mujer preparada para la vida y para el matrimonio, para atender al esposo, pero sólo para ser la mujer de Martín, el hombre que la quería así y como fuere, el que nada le pedía que no fuera amor sincero.

En esos momentos entró Pedro Palomo Hernández y don Marcos se apresuró a ubicarlo a su izquierda, al lado de Alondra.

— Saluda, muchacho; y mira quien nos distingue con su presencia. Nada más y nada menos que la chiquilla más bella del mundo ¿o qué no?

— Pos claro que sí, apá. Si hasta a los ciegos les vuelve la vista cuando pasa Alondra.

Todos rieron de buena gana; la aludida apenas esbozó una sonrisa y el rostro le subió de color.

Fue saludando uno a uno y, cuando llegó hasta la graciosa muchacha, se quedó unos segundos turbado ante tanta belleza; se vio desorientado. Luego tomó la mano de Alondra y al besarla, la retuvo más de lo necesario. Esto fue notado por Daniel que se molestó por el atrevimiento. Estuvo a punto de levantarse a separarlos; se sintió celoso. Pedro era su amigo pero...

La comida transcurría casi en completo silencio. Algo pesaba en el ambiente. Don Marcos hablaba de vez en vez para ofrecer: ¿más

tortillitas? ¿Otro poco de agüita de limón? ¿Alguien desea más conejo?... Vamos, don Ubaldo, sírvase otro tequila... Doña Macaria, aquí hace falta más codorniz en adobo...

Tras el postre de duraznos en almíbar, en la sala principal de La Hondonada, sirvieron café y antes del primer sorbo, el anfitrión se puso serio, carraspeó, se frotó las manos.

— Pues, mi querida señora, hay algo importante que debemos tratar. Sé que mi proposición no la va a tomar por sorpresa y, todo lo contrario, la va a usted a apoyar. Y, pos voy de una vez al grano, sin que aquí lo puse y no lo encuentro... sin rodeos, pues... se trata de que casemos a nuestros hijos; su hija Alondra y mi Pedro Palomo, digo...

Doña Margarita abrió los ojos desmesuradamente, tragó gordo, parpadeó varias veces sin alcanzar a comprender del todo.

Daniel se sintió ofendido. No es que el pretendiente fuera un mal hombre, no, sino porque su hermana apenas si lo conocía y comprometerlos sin el consentimiento de Alondra le parecía como si se estuviera ofreciendo una res y no tratando el futuro de un ser humano.

Ubaldo no decía nada, sus ojos estaban fijos en su madre y estaba dispuesto a secundarla en cualquiera que fuera su reacción.

Pedro Palomo se sentía eufórico.

Las Hernández irradiaban alegría.

Doña Dolores miraba emocionada y con ternura a la que creía su futura nuera.

A los niños no les importaba lo que ahí se decía.

Alondra... Alondra no decía nada. Su hermoso rostro no reflejaba emoción alguna. Y no porque estuviera resignada a su suerte, sino porque no había escuchado nada. ¡Cómo, si su mente, corazón, alma y cuerpo estaban con Martín Lucero! Si no lo olvidaba ni cuando dormía.

Don Marcos no levantó la mirada para captar el impacto de sus palabras y continuó:

— He visto que siempre nuestras familias han tenido buena amistad, que nos guardamos respeto, que somos de la misma sociedad... Un compadrazgo nos acercaría, nos uniría, nos obligaría a echarnos la mano en momentos como los que acabamos de vivir con lo del temporal... Y pos, nomás es cosa de que nos hagan el gusto los muchachos aquí presentes. Mi hijo me ha dicho que Alondra le llena los ojos, y ella, pos no podrá despreciar a mi hijo. Digo, es un buen hombre, trabajador como él solo, responsable como se lo he enseñado. Además, Alondra es una niña... no ha tenido novio hasta ahora; ya aprenderán a quererse...

Por fin levantó la mirada para ver el rostro de sus invitados y continuó —Nomás es cosa de que ellos lo quieran. No, más bien es cosa de que Alondrita lo acepte.

El silencio era tal que podía cortarse con machete.

— No sé qué es lo que piense usted, doña Mago, pero, pos también es cosa de que lo piense usted. Fíjese que hasta es conveniente para nuestras respectivas haciendas; podríamos unir las, compartir los beneficios...

La respuesta no llegó como la esperaba el viejo. No. Margarita viuda de Arcángel, como siempre, se mantuvo imperturbable.

Daniel apretaba los puños conteniendo la rabia.

Ubaldo estaba ansioso de una respuesta de parte de su madre.

Palomo miraba a Alondra sin recibir de ella ni siquiera una mirada.

Don Marcos estaba desconcertado.

Las Hernández esperaban un “sí quiero” de la que querían que fuera su cuñada.

Alondra... Alondra acababa de comprender su situación. No decía nada por respeto a su madre, porque se le había helado la sangre y trabado la lengua. No podía decir nada porque estaba segura de su amor por Martín, porque sentía cerca la presencia de Chacho y éste le daba fuerzas... porque de antemano sabía que eso, lo que intentaban los adultos, no iba a ser posible. Oyó la voz de su madre.

— Es cosa de ellos; ellos deben pensarlo, don Marcos. Nosotros no podemos obligarlos; son otros tiempos y eso usted lo sabe. No podemos conducirlos a donde no quieran.

Lo dijo sabiendo que el viejo hacendado conocía las costumbres, que no iba a entregar a la muchacha en ese momento, así como así; una dama digna debería pensarlo, darse su lugar, hacerse del rogar, darse su tiempo. Cualquiera cosa que se dijera en esos momentos significaba un sí pero postergado. No obstante, y también como las costumbres lo mandan, don Marcos Hernández volvió a la carga.

— Pero bien podemos ayudarles, señora mía, hacerles entender qué es lo que les conviene.

— No puedo decirle nada ahora, don Marcos; y espero me comprenda. Pero le prometo que pronto tendrá una respuesta. Efectivamente, Pedrito, aquí presente, no está para desairarse, cualquier muchacha del pueblo podría sentirse orgullosa al ser elegida. Cualquiera día de estos tendrá usted una razón; por lo mientras, señor de mis respetos, muchas gracias. Ah, no se moleste en llevarnos, mi coche me espera afuera. Los hombres van a regresar caminando; creo que tienen algo de qué platicar...

Doña Margarita tuvo que levantar a su hija que se había quedado inmóvil, desconcertada. El aturdimiento le trajo un dolor de cabeza como el de un golpe de mazo.

Daniel estaba en las mismas circunstancias. No sólo por lo que dijo el potentado, sino porque su madre se quedó impávida ante tanto atrevimiento. Hubiera querido que la señora se ofendiera,

que defendiera el nombre de su hermana... después entendió que aún se mantenían firmes las añejas costumbres de casar a los hijos sin su consentimiento.

Entonces se prometió ayudar a su hermana, preguntarle si quería unir su vida para siempre a alguien que no amaba, a alguien que no conocía. Todavía recordaba como el amor por Fabiola fue borrado de un plumazo por su familia. Y no estaba dispuesto a ser testigo de la misma historia.

Si Alondra no estaba dispuesta a casarse con Pedro Palomo, por muy amigo de la familia y compañero de infancia que fuera, no iba a ocurrir. Daniel enfrentaría la ira del mismo Dios si fuera posible con tal de que su hermana fuera feliz, y se prometió en ese momento apoyarla para decidir con quién casarse y cuándo y dónde pero siendo ella y nadie más quien lo determinara...

Que lejos estaban, todos, de imaginar lo que el destino les aguardaba.

Era ya la primera semana de septiembre y las nubes no se había hecho presentes. No las peligrosas, las que destrozan todo lo que encuentran a su paso. Porque las que rocían tiernamente a los cultivos sí. Por las tardes caía una leve llovizna que si bien no alarmaba, sí obligaban a los moradores de la región a cubrirse. Si acaso se vio un chubasco, pero hasta ahí.

El 17 de ese mes, como a las dos de la tarde, aparecieron gigantescos cúmulos de nubes blancas en el norte. Los hacendados se preocuparon, se mantenían alertas. A las cuatro el sol se ocultó por entre los copos de algodón sucio y éste avanzó amenazador hacia el pueblo, hacia los sembradíos; empezó a llover de forma alarmante. Empezó a granizar y los relámpagos asustaban hasta a los perros.

La llegada del viento los tranquilizó pues se llevaba lejos a las nubes pero más que nada comprobaron la efectividad del trabajo de los

conjuradores. Esa vez sí tuvieron éxito. Los cohetes ahuyentadores también hicieron lo suyo y se unieron a los temperos para defender al pueblo. Las nubes y la tormenta se fueron alejando poco a poco hasta dejar en su lugar una pertinaz lluvia benefactora.

Doña Margarita vio complacida cómo se alejaba el peligro y tras rezar su obligado rosario, se fue a dormir.

El 18 de septiembre amaneció hermoso. El sol anunciaba su presencia por las montañas adelantando sus rayos cálidos. Su rostro se asomó y sembró diamantes en las telarañas, pintó de encendidos colores a las flores, puso en las aves un concierto precioso, despertó a la humanidad.

Los animales le daban al astro rey una agradecida bienvenida. El gallo agitó sus alas y lanzó un largo quiquiriqui que se oyó hasta los potreros. Los asnos rebuznaron, las gallinas salieron sacudiéndose los corucos y se dispusieron a enseñar a sus polluelos cómo capturar lombrices. Las vacas y los terneros mugieron, menearon sus caderas y enfilaron su paso hacia los pastizales, arreados por los peones.

Los hombres y mujeres de la hacienda se persignaron y agradecieron al Creador otro día. Se dispusieron a trabajar para ganarse el sustento.

Afuera la niebla envolvía los campos. Se iba dejando el rocío en la milpa, hacía crecer los hongos entre la maleza, alimentaba la cosecha...

Martín Lucero caminaba por la vereda muy lentamente y con la cabeza baja. La alegría, el vigor, las energías que lo caracterizaban habían desaparecido por completo. No silbaba canciones campiranas como acostumbraba ni hacía correr a su nuevo caballo, el trotón. Ya no jugaba ni acariciaba al Veneno. No era el mismo desde que se enamoró de Alondra pero se puso peor desde que supo que a su amada la iban a casar con el niño Pedro.

Desde que se enteró de lo hablado por los hacendados en La Hondonada se alejaba mucho de la casa grande y se ocultaba por los

potreros, por el monte, por el río. Ya no quería que lo acompañaran los vaqueros y pretextaba cualquier cosa para estar solo. Ya no hacía su trabajo con amor.

Por ejemplo, a las vacas las regañaba cuando no se mantenían quietas en la ordeña. Llegó a golpear a las reses cuando éstas no entendían que su lugar estaba en los corrales y no haciendo perjuicio en la milpa. Sólo su noble y fiel Veneno lo seguía como siempre y a todos lados todo el tiempo, aunque ya no escuchara las palabras de su amito. Ya no iban de cacería como antes.

Las relaciones con su patrona grande se enfriaron a grado tal que recibió injustificadas reprimendas en varias ocasiones. Es que Martín preguntaba constantemente qué y cómo debería hacerse el trabajo; eso molestaba a la señora y llegó a recriminarle su falta de imaginación...

— Martín, —le decía— tú sabes lo que se hace a diario y no tienes por qué estar molestándome con tus preguntas. Di mejor que no quieres hacer el trabajo, pero habla claro...

Sus días y sus horas se iban convirtiendo en un infierno.

Fue por el ganado a los pastizales y en su camino se encontró de frente con los conejos, con las ardillas traviesas que se robaban las nueces, con las aves que hacían escándalo por entre el encinal. Pero no le motivaban nada, ni siquiera tenía ganas de asustarlos.

En otros momentos le hubieran causado ternura, deseos de capturarlos, dirigirles alguna palabra. No, ahora le molestaba su presencia, su existencia misma. Sentía que se acercaban a mirarle las grandes ojas, a burlarse de su tragedia.

Ya el trabajo no le interesaba, ya no amaba a las milpas como antes, no sentía placer por el sol, por la lluvia ni por el aire.

Y por otro lado, sentía que la naturaleza hacía poco por él. Porque Martín fue siempre cómplice y amigo de las plantas, de



los animales y del río y ellos, todos ellos ¿qué hacían por él en esos momentos de soledad y de tristeza? ¿Acaso no se acordaban que el peón levantaba las milpas cuando le pedían ayuda, o cuando curaba las heridas o salvaba de la muerte a los animalitos? Qué cruel es la vida, qué desagradecidos son con quien les entrega cariño, pensaba.

Es que la naturaleza no sabía y nunca ha sabido que nadie puede ser el mismo cuando se ve morir a la mitad del corazón, cuando el sol ya no calienta. Los animales y las plantas no saben del dolor que causa un puñal en medio del alma. Desconocen totalmente de los sentimientos humanos y por lo tanto, no pueden sentir compasión.

Porque ya Martín era un ser que después de tener todos los sentidos se había quedado ciego, mudo, manco. Ya no amaba a la vida y tenía rotas todas las esperanzas.

Para alguien más las cosas habían cambiado de manera radical. Alondra había caído en cama víctima de una extraña y repentina enfermedad y no había remedio capaz de sacarla adelante. Ni los brebajes de las curanderas ni las medicinas de la botica podían aliviarla. Si ni siquiera se ponían de acuerdo para diagnosticar el mal que la aquejaba.

Como explicación dijeron que tal vez le haya caído mal la comida de La Hondonada, pues fue el día en que estuvieron en esa hacienda cuando la chiquilla enfermó.

Nadie decía nada respecto a los motivos reales que postraron a la muchacha y sólo su madre, doña Margarita, sabía de qué se trataba, porque ese mal empezó justo al terminar una plática, si es que así podría llamársele a las indicaciones de la mujer a su hija.

Al llegar de La Hondonada doña Margarita se encerró con los hijos mayores en el despacho y ahí hablaron por al menos tres horas, luego hasta ahí hizo llegar a su hija.



Nadie supo que fue lo que ahí pasó, lo cierto es que las sirvientas comentaban que se escucharon gritos, que la niña lloraba y que la patrona estaba como chile sin tomate.

Como hubiera sido, esa discusión terminó en enfermedad para Alondra y en mutismo para su madre. Los hermanos mayores también le cortaron la palabra a la muchacha y hasta se le limitaron las responsabilidades en la cocina y en los corrales de ganado menor.

Al tercer día de malestar generalizado, Alondra pudo poner pie fuera de la cama. Con las fuerzas a la mitad abrió los cortinajes de su alcoba y se asomó al jardín como buscando a alguien. Estaba débil pero aun así determinó salir al patio. No, el sol no le pareció hermoso, ni el aire bienhechor; los colores de las rosas le lastimaban la vista, su aroma le molestaba; el canto de los pájaros le herían los sentidos.

Las sombras de los árboles en otros tiempos la invitaban a descansar, a tomar agua fresca; ahora no, le pintaban figuras grotescas, le convidaban el frío, la rechazaban.

Luego salió al patio grande. Despacio pisó las baldosas y cuando se sintió fatigada, cuando los pies amenazaban con dejar de sostenerla, se sentó en una de las bancas del corredor. Hasta ahí la alcanzó la seño Agustina y la ayudó a llegar a un lugar soleado. No le preguntó nada pero no porque ignorara los motivos de su pena, sino porque el dolor que expresaba su rostro era el reflejo del dolor del alma y la angustia del corazón.

Estuvo con ella largos minutos, sosteniéndola entre sus brazos... llorando con ella. Luego la niña pidió a la cocinera indicaciones sobre lo que habría que hacerse. No pensaba pasarse las horas en la cama y además, no estaba acostumbrada. Por otro lado, no quería dar motivos a los regaños de su madre que criticaba fuertemente a quien se pasaba los días sin hacer nada, y menos pretextando

alguna enfermedad: «enfermo que come y mea, el diablo que se lo crea», era su frase preferida.

En cuanto los pollos la vieron entrar al corral corrieron tras ella en una nutrida estampida de plumas. Pero el piar de las aves le taladraba la cabeza; no obstante llenó los bebederos, esparció semilla para que todas comieran por igual, ayudó a las sirvientas a levantar la postura de la noche, retiró la basura del patio y luego se puso a lavar las ollas negras de tizne.

Eso le dio tiempo para pensar en el Chacho y cuando cerraba los ojos para volver a evocar sus besos, cuando se disponía a disfrutar de sus caricias así fuera sólo en el recuerdo, llegó su madre.

— No te entiendo, Alondra; parece como si ya estuvieras comprometida con alguien; no sé por qué me hablas de cosas que yo no te he enseñado ¿de dónde sacas eso del amor? ¿Quién te ha hablado de eso? nomás que me entere que alguien te ha calentado la cabeza con ideas tontas y de mi cuenta corre que se me larga y ya no trabaja conmigo. ¡Amor! Al diablo con eso... Además no vengo a preguntarte si quieres o no quieres casarte con el niño Pedro Palomo: vengo a que me digas por qué te atreves a oponerte a las órdenes de esta tu madre. Ya hablé con tus hermanos mayores y están muy contentos con la distinción que nos hace don Marcos por quererte para su hijo; dicen que nos conviene porque es el xocoyote, a él se le va a quedar todo, Alondra; por Dios ¡No seas tonta...!

Alondra sólo negaba con la cabeza mientras miraba el piso. Si sus hermanos estaban contentos con esa idea, si les parecía que Pedro era un buen muchacho ipues que ellos se casen con él!, pensaba.

¿Cómo decirle a su madre que ya su corazón tenía dueño, cómo hacerle entender que ella ya no era dueña ni siquiera de su propia voluntad? Porque, era cierto, Alondra ya no era poseedora de sus

sueños, ni de sus suspiros, ni de sus pasos... vaya, ni siquiera era dueña de su destino. Pero cómo decírselo y hacerle entender al mundo...

— No tienes por qué pensarlo. No tienes nada que pensar ¿desde cuándo la niña piensa en lo que es bueno o malo? ¿No para eso tienes a tu madre, a unos hermanos que saben lo que te conviene? Pedro no tiene vicios, es trabajador y sobre todo, es heredero de La Hondonada. Con él no va a faltarte nada; cuántas muchachas del pueblo se mueren por él y él ha puesto sus ojos en ti... orgullosa debieras estar...

Despiadada, la matriarca remachaba obstinada: —el amor, si existe, ya que según tú es necesario, ya irá apareciendo. Tú nomás debes saber tratar al marido, cumplirle en sus necesidades, atenderlo conforme has aprendido y de ahí en más, nada hace falta. Piensa que con el tiempo vamos a correr los lienzos de las haciendas, y será ya una sola, llegará hasta los linderos con San Sebastián, con el mismo municipio. Nomás imagínate lo que eso significa: Pedro y Alondra los dueños de las tierras más extensas de todo el Estado.

Alondra seguía negando con la cabeza; lloraba quedamente.

— Esto urge porque hay que darle aviso a tu padrino el gobernador, al presidente municipal, a los fiscales del pueblo; no sabes cómo te quiere toda esa gente importante...

La muchacha acabó por cansar la paciencia de su madre y ésta salió de la cocina muy enojada. No entendía los motivos de la testarudez de su hija. Le daba a entender que había alguien en su vida pero, se preguntaba ¿quién podría ser? Nunca había salido sola a ningún sitio; jamás vio que alguien se le acercara, en toda su vida no había hablado con un hombre que no fuera con los peones de la hacienda.

A Alondra se le caía el mundo encima. Porque ella tenía un mundo propio, uno que había construido con el caporal de la

hacienda icon el mejor hombre de toda la tierra! Podría haber muchachos guapos, y ricos, pero sincero y amoroso como Martín ininguno!, en ninguna parte. Por otro lado, le parecía injusto que la humanidad no estuviera enterada de ese idilio. Era cruel saber que lo más grandioso tendría que permanecer oculto.

Siguió con su trabajo hasta que llegó su sobrina Hortensia que tenía para entonces, quince años. Era una boba y en ese tenor empezó a atosigarla con preguntas.

— ¡Tía, tú casada con el hombre más guapo de la región...! Nada más y nada menos que con Pedro Palomo Hernández; fíjate que en la fiesta del pueblo él estuvo hablando con el presidente municipal de que le gustabas y todos le han felicitado. ¡Oh, qué dicha la tuya! Cúrate pronto, tía, que tenemos que bailar hasta el cansancio el día de tu boda, eh...

Se despidió haciendo escándalo, mofándose sin saberlo, del amor: Adiós futura señora Hernández, va usted a ser la novia más hermosa de todo el mundo, la envidia de mil mujeres, la más rica del rumbo...

Doña Margarita seguía de mal modo. Reprendía injustificadamente a las sirvientas hasta por lo mínimo. Alondra escuchaba los regaños de su madre y se condolía por las mujeres. Llegó a pensar que la muina era sólo con ellas pero se equivocó. Al entrar nuevamente a la cocina le reprochó la tardanza por estar tanto tiempo lavando las ollas. —Parece que apenas estás aprendiendo el quehacer. No te da vergüenza que llevas más de dos horas con eso; ¡apúrate, caramba! ¡Limpia el frijol! ¡Dile al viejo Gaspar que meta leña pal tlecuil! ¡Vigila que el maíz esté listo para poner el nixtamal! ¡Dile a Domingo que si ya dealtiro está tan ciego que no se ha dado cuenta que falta alfalfa a los conejos...

Pero Alondra no hizo nada, se quedó sentada y dio muestras de estar a punto del desmayo. Dos sirvientas corrieron a sostenerla, su madre gritó alarmada. Se asustó cuando vio su semblante demacrado y ordenó trasladar a la enferma a su aposento.

Ahí el carácter de la doña cambió y en vez de regaños, prodigó palabras dulces a Alondra. Le recomendó no salir, tomar puntualmente los remedios, rezar para que el mal pasara pronto. Luego ordenó a Agustina permanecer como enfermera de cabecera. Todo lo que quisiera, sólo tendría que pedirlo. Todos estarían pendientes de ella.

Al quedar sola con la criada lloró desconsoladamente y murmuraba el nombre de Martín. La vieja lloró con ella y también le reprochó, aunque con delicadeza y amor, tamaño atrevimiento.

— Mi pequeña ¿pero cómo te fuiste a enamorar de ese muchacho? ¿Acaso no sabías que lo tuyo es imposible? ¿Cómo fueron a pensar que podrían pasar por encima de la voluntad de doña Margarita? inocente criatura ¿Dime cómo puedo ayudarte a cargar la cruz que Dios te ha enviado?

Luego le dio por volver el estómago y confesó que sentía que el piso se movía bajo sus pies. Para la vieja, que había vivido toda la vida, la de ella y la de otros y otras, esos síntomas sólo correspondían a algo aunque en principio no pudo aceptar lo que estaba imaginando. Miró a Alondra con los ojos muy abiertos y con el semblante de interrogación. Ya no pudo con la incertidumbre y tuvo que preguntar.

— ¿Es lo que estoy pensando? Dime que no es cierto, ¡por Dios, dímelo!

...

— ¿Cuándo fue, por qué, cómo te atreviste, mi alma?

...

— ¿Desde cuándo pasó lo que ya pasó? ¿Lo sabe tu madre? ¿Lo sabe Chacho? ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer? ¿Sabes de qué tamaño es el pecado que acabas de cometer?

...

Luego las dos, abrazadas, unieron su llanto triste, su pena.

Afuera de la casa grande, en la casita de adobe, la del techo de teja y piso de tierra, Martín hablaba con la mujer que lo había cuidado como una madre. Empezó tratando de explicar el por qué de su mutismo, de su falta de apetito. No pudo convencerla de que no dormía porque le dolía una muela, o porque estaba pendiente de que los coyotes no bajaran a comer el ganado. La vieja no le creía ni el bendito, así que exigió al muchacho la verdad.

— Se trata de la niña Alondra. Y no me digas que no porque no nací ayer. Anda, dime qué es lo que pasa— preguntó amorosa la vieja.

— Ma grande, sí se trata de ella. Vieja, ¡la van a casar con Pedro, el de La Hondonada! ¿Sabes qué significa eso? Trinidad, yo la amo, es mía y de nadie más. Voy a matarlo si es necesario, voy a robármela si no queda otro remedio...

— ¡Santo Patrón San Nicolás!, ¡No digas tonterías, caramba, pareces mocosito! Tú sabías que lo suyo no era posible: era prohibido. Ahora no puedes hacer nada porque yo te lo voy a impedir...

— No, vieja, usted no puede hacer nada. Ni usted ni nadie porque ya es demasiado tarde. Ella y yo estamos unidos como no lo están los que dicen que ya están casados...

— ¿Qué quieres decir? No me digas cosas de las que te puedes arrepentir porque la niña Alondra es sagrada. ¿Cómo se te ocurre pensar siquiera que tú y la niña...?

— Má vieja, es que en ella ya late el corazón de un niño Chacho. ¡Ella ya es mi mujer! Nadie lo sabe y nadie va a saberlo porque nos vamos a huir juntos, a donde nadie pueda encontrarnos. A donde la felicidad no sea pecado y no nos sea arrebatada...

La vieja Trinidad tuvo que sostenerse del tapanco para no caer sin sentido. Sabía que el amor de los muchachos era grande, pero

no tanto como para hacer esa tontería. Sabía que el amor ciega a los hombres, que vuelve sordas a las mujeres, que nubla la razón de los enamorados, pero eso, eso era mucho.

— ¡Jesús, mil veces! Dime que eso es mentira. No me espantes de esa forma, que puedo enfermarme; cómo se te fue a ocurrir hacerle eso a la más chica de toda esa gente. ¿Ahora qué piensas hacer? Anda, dime que hacemos.

...

— ¿Dónde podemos escondernos que no seamos perseguidos por esta gente tan poderosa?

...

— No me vas a decir que la doña te va a aceptar como yerno, sabes que eso es imposible. ¿O a poco me vas a salir con que sí?

...

La alcoba de Alondra estaba en completo silencio. La obscuridad, que antes le parecía la más fiel amiga, confidente y cómplice, ahora tenía fantasmas que la acosaban, la aplastaban. Sentía la negrura escurrirse por su frente a través del sudor, se le metía entre la ropa y la zangoloteaba hasta hacerla temblar como los que tienen frío.

Durmió a pausas y al despertar gritaba cosas incoherentes. Al volver en sí deseaba dormir y al dormir buscaba que no fuera a despertar. Le tenía miedo a la realidad. Muy dentro de su ser quería que las circunstancias no fueran esas que estaba viviendo, se aferraba a la idea de que lo suyo era una pesadilla; pero no, despertaba y recordaba con detalle la encomienda, castigo y condena de su madre: debería casarse con Pedro Palomo porque así se le había ordenado y porque así convenía a todos.

Abrió los ojos y vio la oscuridad, la misma que apenas hacía unos días la veía llorar, pero de alegría. Era la misma negrura que la arropaba como criatura, la que le cantaba canciones románticas para arrullarla, para llevarla al sueño.

Era la misma noche, el mismo silencio, pero las cosas eran diferentes. Martín seguía existiendo pero ya no para ella, pues ella empezaba a pertenecerle a otro, al menos de a mentiras, al menos en los planes de su madre. Porque pertenecerle a otro que no fuera Chacho ¡Nunca! Así tuvieran que matarla...

Y es que por mucho que la apartaran de su amado, suponiendo que la casaran a fuerza con quien no quería, llevaría el nombre de Martín grabado con cincel en el alma y el cuerpo. Tal vez habría que cumplirle como mujer a ese tal Pedro pero en verdad, en esos momentos de entrega convertidos en tortura, volvería a ser de su amado Martín.

Por eso volvía a atraer a su memoria el nombre, el rostro, el cuerpo y los besos de Lucero, nuevamente se agitaba recordando sus brazos fuertes apretándola contra su cuerpo desnudo, besándole el cuello y recorriéndola toda. Veía otra vez ese pecho velludo y sus ojos apacibles y negros. Escuchaba esa voz tenue diciéndole: Alondra, te amo. O susurrándole al oído: entrégate a mí como muestra del amor que nos tenemos.

Y luego lo evocaba montando a caballo, arando las tierras, arreando el ganado... buscándola por entre las jarillas, esperándola ansioso en el pajar... ¡Cuánto amaba al Chacho!

Los primeros rayos del sol la despertaron. Fue un volver espantoso al mundo de los vivos pues pronto comprendió que lo que creía un mal sueño era la más terrible realidad; se sumió en una vorágine de dolor y tristeza, tenía fiebre y entre gritos llamaba a su madre. Le pedía perdón por lo que acababa de hacer y luego, pronunciaba un nombre: Martín.

Todos los que escuchaban a la niña suplicar no podían entender por qué pedía perdón la muchacha si nunca cometió pecado alguno. O al menos no que se supiera y mucho menos uno grande. Según estaba seguros, cada semana se confesaba y comulgaba en San Nicolás. El padre de la parroquia le había dicho a la doña que su hija era un ejemplo de pureza, el espejo de la rectitud y muestra de juventud sana. Y luego el nombre de Martín ¿por qué llamaba la niña a un peón?; seguramente estaba muy grave, sin duda la cosa era seria; estaba delirando; hablaba de una tierna criatura, de un ranchito risueño y ubicado en las faldas de la montaña, de un amor tan grande como la bóveda celeste.

La mañana estaba en verdad hermosa. Los pájaros cantaban como nunca, el sol, colgado del techo del cielo, brillaba invitando a los campesinos a refrescarse en la sombra de los capulines. Todo parecía tan bello como antes, lo era para todos, menos para Lucero, menos para Alondra... En la milpa, el calorón del mediodía impidió a los peones seguir en la faena y por eso unos se recostaron para refrescarse bajo los árboles; unos jugaban rayuela, otros platicaban cosas sin importancia y Martín, Martín no estaba en el planeta tierra...

Nabor, el más viejo de todos los viejos de La Margarita, el que vio nacer y crecer a esa hacienda y la mayoría de sus habitantes, el que conoció a la patrona grande de muchacha y luego presencié el matrimonio de casi todos los hijos de esa familia, se apartó un poco del grupo, echó el sombrero hacia atrás y se fue siguiendo con los ojos una fila de hormigas.

Eso atrajo la atención del resto de la peonada. Los que dormían despertaron, los que jugaban se olvidaron de la rayuela y los que platicaban se quedaron callados. Todos fueron a alcanzar al anciano que caminaba apartando las hojas de milpa, los trozos de tierra, estaba siguiendo la interminable hilera de insectos. Sabían que su experiencia era vasta y que cuanto dijera, era verdad. Y él habló para todos.

—Va a haber otra tormenta. Cuando las hormigas caminan aprisa y en doble fila, cuando marcan su ruta, es porque van a regresar a su nido, porque aun cuando saben que va a llover durante todo el mes también saben que van a volver. Ah, pero cuando se van de su casa, cuando llevan con ellas a sus crías, esas como almohadas que cargan, significa que va a caer una tormenta igual o peor que la del otro día... ellas ya se están poniendo a salvo, ellas ya lo saben. Muchachos, las cosas se van a poner feas. Yo creo que ya ni debíamos reforzar tanto los bordos del río, de todos modos se van a romper con el agua.

Los hombres se miraron desconcertados. Sabían que el viejo tenía razón pero se negaban a aceptarlo. Sabían que las tierras ya no iban a aguantar un huracán como el pasado.

— Las hormigas no se equivocan; la naturaleza es sabia, nunca lo olviden.

A Martín esas revelaciones lo aturdieron aún más. ¿Eso quería decir que el fin de la hacienda estaba cerca, que la tragedia no era para él solo?

Un chamaco, de unos quince años cuando mucho, empezó a cantar una canción triste que hablaba de amores imposibles, de una separación. Cantaba feo pero logró que los otros, incluso Chacho, lo siguieran y cantaron desafinados:

Ay, amor ingrato
A dónde te fuiste
Dime por dónde andas
Para ir a tu encuentro
Luego el coro:
Nadie va a separarnos, mi vida,
Aunque nuestro amor sea prohibido
Prohibido es pasar la vida
Sin amar y más, morir sin el intento.

Por la noche Martín miraba el firmamento, observaba las estrellas que, como nunca, se mostraban en todo su esplendor. Hasta las más lejanas se veían. Recargado en la pared las miraba en silencio hasta que sus ojos se empañaron por las lágrimas. Lloraba el muchacho, lloraba como cuando murió su madre, como cuando se enteró de que el destino quería separarlo de la niña de sus sueños.

Una estrella grande cintilaba incesante. Parpadeaba como si le hablara, como si quisiera acercarse hasta él; en ella vio el rostro de Alondra. El aire perfumado de la noche le recordó el aroma de la muchacha y el rumor del río, palpitar de la vida, le acarrea las palabras de Alondra.

Se sintió solo, desamparado, indefenso. Por primera vez en su vida quiso buscar el olvido en el alcohol pues siempre oyó decir que ese veneno lo trae consigo. De eso no había en la hacienda, para beber tendría que ir hasta el pueblo; no en ese momento, sino después, cuando ya no pudiera con el peso del dolor, cuando ya no hubiera nada qué hacer; entonces se perdería en la inconsciencia, olvidaría su amargura y olvidaría hasta su propio nombre.

Sí, eso iba a ser, pero a su debido tiempo, se dijo.

Esa misma noche la vivía Alondra en desvelo. Escuchaba el ladrar de los perros y hasta el vuelo de las moscas. De pronto el silencio fue interrumpido por el trino de un pajarillo nocturno, parecía el canto de un enviado de su ángel de la guarda. Era un cántico hipnotizante que la adormecía, la hechizaba y la llamaba. Sin embargo tenía algo de conocido, como si ya antes lo hubiera escuchado. Se parecía a la forma en que Martín silbaba las canciones, a la forma en que se comunicaban cuando se citaban.

¡Sí! Era Martín quien la llamaba. Se incorporó de inmediato más la sirvienta le impidió levantarse del todo.

— Agustina, es Martín quien me llama. Debo ir a su encuentro. Déjame verlo, por Dios.

— Descanse, niña; no es nadie. Tan sólo está usted soñando.

— ¡No! Es él, me aguarda donde siempre, lo escucho claramente ¿no oyes el canto de la alondra? Así me llama cuando me necesita a su lado, me pide que vaya al pajar; anda, Agustina, por caridad, por tu santa madre, déjame ir a alcanzarlo. Escucha.

La campesina afinó el oído y alcanzó a escuchar, muy tenue, el canto de un pájaro.

— Pero mi niña... yo no puedo, no debo dejarla salir.

Para su desgracia los ojos suplicantes de la chica no admitían negativas.

— Ande pues, pero no va a ir usted sola. Yo por su amor me juego la vida, pero si por esto de pasada mi señora me corre, creo que voy a ser feliz...

Salió del brazo de la señorita Agustina y no sintió el frío. Corrió ansiosa hacia el pajar y ahí pudo observar a contraluz la silueta de Martín. Sin más se echó a sus brazos, lo besó, lloró con él; luego se dejó llevar por sus instintos, por sus deseos de ser amada a como estaba acostumbrada.

Rodaron por la paja, se trenzaron en frenéticos abrazos; se desnudaron y se entregaron con toda la fuerza y pasión que pudo reunir el amor.

Tras la vorágine vino la calma, las promesas, los juramentos...

— Te lo he dicho y te lo repito que no habrá nadie que lo impida: no voy a separarme de ti.

— No habrá poder humano ni divino que nos aparte.

— Júrame que no vas a dejarme.

— Prométeme que pasarás tus últimos días a mi lado.

— Repíteme que no vas a unirte al tal Pedro; dime que no lo deseas.

— Hazme sentir la seguridad de que me amas...

— Entrégate otra vez a mí como muestra de que lo nuestro es eterno y real.

Volvieron a ser felices, a hallar en el amor el motivo de vivir. Se olvidaron del tiempo, de sus diferencias sociales, de que su relación se encontraba en peligro.

Antes de separarse y partir cada cual por su lado, se besaron, se volvieron a jurar amor eterno y hasta se dieron el lujo de regalarse flores...

Cuando Alondra decidió regresar a su alcoba, pasadas las tres de la mañana, Agustina dormía a pierna suelta en una de las bancas del patio grande. Estaba enredada como capullo en una cobija de lana. Se excusó por su atrevimiento de haberla hecho cómplice. Y la empleada se sorprendió cuando cayó en la cuenta de que su patrona estaba radiante. El color de sus mejillas había vuelto y estaba sonriente. La curiosidad pudo más que el respeto que le debía a quien servía. Entendió que el amor es el que hace todos los milagros.

— Cuente, mi niña Alondra, qué fue lo que pasó...

— Ay, vieja, ¿cómo no sabe usted qué es amar y saberse amada?... No sabe usted cuánto amo a mi Martín. ¿Sabes, vieja curiosa, que Chacho y yo vamos a huir juntos, que nadie va a poder encontrarnos? ¿No lo sabía? Pues ahora ya está enterada. Y cuidado con que se lo platique a alguien porque la pelo con agua caliente como a un pollo; nuestro amor, Agustina, va a vivir para siempre, hasta más allá de la muerte...

— Pero mi señora no va a permitirlo, ni loca va dejar que usted cometa esa diablura...

— ¿Y quién le va a pedir permiso, a ver, quién? Quiero ver quién es el valiente que se interpone a nuestra felicidad. ¿Va a ser

usted, mi cómplice señora, la que me delate? ¿Verdad que no? Y le dio a la sirvienta un beso en la frente.

Alondra no estaba enferma, no en esos momentos. Antes de ver a Martín sí. Porque las medicinas no curan los males del alma ni los del corazón, en cambio ver al ser que se ama, cura hasta la enfermedad más grave o mortal. Eso lo saben quienes aman, quienes luchan y defienden su cariño.

Pero había que hacer creer a la gente, incluyendo a su madre, que seguía enferma, que no podía siquiera levantarse del lecho. Eso serviría para concretar algunas otras citas con Martín.

Cuando amanecía, a eso de las seis de la mañana, doña Margarita acudió a la alcoba de su hija. Vio a la vieja criada cabecear cerca de la almohada y, tras enterarse de que la muchacha había pasado las horas un tanto inquieta, agradeció a la señora su responsabilidad y solidaridad en momentos como esos.

Luego se fue.

Alondra sí durmió. Y descansó muy bien. Hasta se dio el lujo de soñar con su Martín.

Como a eso de las once y media de la mañana llegaron de La Hondonada los Hernández, encabezados por Don Marcos, venía acompañado de su hijo Pedro Palomo y de representantes del Municipio y del Estado. Doña Margarita y su hijo mayor, don Ubaldo, los recibieron gustosos; se iba a tratar el asunto del pedimento de la hija menor de la señora.

Llevaban consigo más flores que todo un jardín, enormes regalos adornados con brillantes listones, una cera escamada envidia de cualquier artesano, pan como para alimentar a todo un regimiento y una alegría que no podían ocultar.

Atrás venían el fiscal del pueblo y el cura Aguilar. Detrás de ellos venían decenas de peones hombres y mujeres cargando más

presentes y todavía más atrás, venía todo el Mariachi Gavilanes del Sur destemplando guitarras, violines y trompetas.

— Pasen ustedes, háganme el favor. ¿A qué debemos tan numerosa visita? Ande, don Marcos, no se quede usted en la puerta. Pasen, señores. Oh, qué honor tenerlos en esta su humilde morada...

Doña Margarita estaba radiante.

Luego las presentaciones obligadas. Y las frases fabricadas. Hasta que llegó el momento de exponer el motivo de la visita.

— Doña Mago, aquí, ante nuestro señor cura, que vale decirlo, viene en representación del Obispo, ante las autoridades eclesiásticas de San Nicolás, delante de estas autoridades que son el saludo del señor gobernador y del presidente municipal, a la vista de mis trabajadores que sirven como testigos de fecha tan especial, venimos a pedirle la mano de su hija Alondra para mi hijo Pedro Palomo...

— Ay, pero qué dicha. Don Marcos, no somos merecidos; señor cura, qué honor tenerlo en la hacienda... Señores fiscales, no se hubieran ustedes molestado de ninguna manera...

— Sabemos que la niña Alondra ya lo ha pensado bastante y que usted ya le habrá explicado que lo que mi hijo quiere es hacerla feliz como no lo es ninguna muchacha de todo este rumbo. Porque debe usted saber que mi hijo es un hombre de bien, que ha sido educado de acuerdo a las buenas costumbres y que se le ha enseñado a trabajar y a respetar a sus mayores; eso lo hace un buen muchacho, que ni qué, y sin duda muy buen partido. En eso estará usted de acuerdo ¿O no es así, señor cura?

Luego hicieron llamar a la aludida que llegó bellísima, radiante, altiva. Su vestido florido, su cabello trenzado en gruesas madejas, su porte y estatura despertaron un ¡aaah! de la concurrencia.

Su perfume invadía no sólo la estancia sino a toda la hacienda y tal vez, era percibido hasta más allá de ella. Sus ojos hermosos iluminaron la sala, desprendieron destellos a todas las cosas. Su sonrisa contagió a los presentes y por más que quisieron, no pudieron apartar por largos minutos sus ojos de tan preciosa muchacha.

Las mujeres visitantes no disimularon miradas de envidia. Se reconocían inferiores a la futura esposa de Pedro pero acabaron por reconocer que hembras como aquella, se dan muy de vez en cuando y en maceta. Los hombres, en cambio, mantenían los ojos en la figura de Alondra queriendo guardarla en su mente para fantasear con un beso de sus labios de fresa, aunque eso fuera pecado.

Hasta la gente de la hacienda La Margarita se quedó sorprendida por la belleza de la niña no obstante que la miraban a diario, que vivía con ellos. Pero más se sorprendieron por el repentino restablecimiento de la enferma, la que apenas un día antes deliraba y pronunciaba palabras extrañas. Tanto era la perturbación de sus sentidos que hasta llamó varias veces a su lado a Martín Lucero, el mayoral de la hacienda...

La princesa que se encontraba en esos momentos frente a todos era una mujer en plenitud y no tenía rival alguna en juventud y hermosura. Y aparentemente era una mujer dispuesta a acatar las órdenes de su madre y al destino mismo. No dijo nada durante la ceremonia de pedimento y se dejó abrazar por las hermanas y demás familiares de quien se creía, sería su futuro esposo.

Fue una ceremonia agobiante por el tiempo que duró y por el humo de los incensarios que la ahogaban. Pero se mantuvo valiente y preciosa a pesar de las gotas de sudor que brotaban de su rostro de seda.

Por eso, cuando por fin el cura le preguntó si quería o no aceptar en compromiso y luego unir su vida en matrimonio a Pedro Palomo, Alondra bajó la cabeza y muy recatada dijo sí. Tras la

respuesta, que era la que esperaban los Hernández y los Arcángel, hubo aplausos, gritos de júbilo, palabras de buenos deseos para la futura pareja y dianas a cargo de los mariachis.

Luego vinieron las oraciones para agradecer al santo patrón San Nicolás el haber conducido a todos a buen término en la tarea de encaminar a dos almas al sagrado sacramento del matrimonio. Y luego más abrazos, muchos abrazos, y besos de las Hernández y de las Arcángel, de los peones de ambas haciendas, de los invitados del Municipio y del Estado.

Hubo un brindis fugaz pues tras la ceremonia, los involucrados e invitados pasaron a la enorme biblioteca de la doña para iniciar con los preparativos de la boda civil y, eventualmente, para fijar la posible fecha de la unión ante el Creador.

— Yo propongo, don Marcos, que sea el mismo gobernador, con la autoridad que le confiere su alta investidura, quien venga a casar a nuestros muchachos. Y quiero que ese día venga a darle serenata a mi hija, tal y como se acostumbra entre las buenas familias, la orquesta sinfónica del Estado, que para eso hay dinero y gusto. Yo creo, don Marcos, que estaría bien que para ese día se declare día de fiesta en toda la región, y que se invite a los dueños de todas las otras haciendas y, por qué no, que para la fecha tan especial no haya clases en San Nicolás...

No eran sugerencias. Eran órdenes. Doña Margarita imponía su voluntad y hacía todo lo posible porque su futuro compadre oyera y bien lo que quería. Iba a dar en matrimonio a la mujer más hermosa de todo el rumbo, a la mujer que valía por su dote, por su belleza, por la educación que había recibido pero sobre todo, y en esto la doña ponía mucho énfasis, porque era la mujer más pura de todo el Estado.

No por nada Alondra fue la muchacha más cuidada de todo el rumbo, no por nada había pasado su vida enclaustrada entre



las paredes de la hacienda no conociendo más que las tareas propias de una mujer criada para ser la mejor esposa: bordar, lavar y planchar; había sido adiestrada para criar pollos, se le había inculcado obediencia a toda prueba y se le había enseñado a rezar el rosario todos los días y un largo etcétera. Tal y como lo manda Dios y las buenas costumbres.

Y Pedro sabía que iba a unir su vida a la mejor de todas las hembras habidas y por haber en un millón de kilómetros a la redonda. La familia del muchacho estaba segura de que la próxima, sería la mejor de las bodas habidas hasta entonces. El resto de las jóvenes del rumbo sabían que con la boda del Palomo se perdían el mejor de los partidos. Los hombres igualmente pensaban que el casorio de Alondra ponía fin a todas las aspiraciones legítimas e ilegítimas, los suspiros y las miradas pícaras, los esfuerzos por hacerse mirar por esos ojazos preciosos.

Se habló de fechas, de cuantía en los gastos y los gustos, de los invitados, de la ceremonia que debería ser celebrada por el mismo obispo de la diócesis, de la música que tendría que ser la mejor y todos los detalles para tan fastuoso acontecimiento.

Tras la reunión a puerta cerrada se hizo pasar a todos los invitados al jardín principal. Ahí se serviría una comida para agasajar a los ilustres personajes.

Se brindó con tequila de Jalisco, mezcal de Oaxaca y pulque de Calpulalpan, se hicieron regalos mutuos, se desearon parabienes, se juraron amistades fructíferas y dicha compartida. Estaban felices, gozaban como tal vez nunca. Hacían planes y promesas que creían fáciles de cumplir...

Como a las ocho de la noche los invitados empezaron a despedirse pues acusaban los estragos de los brindis cruzados. Tardaron casi dos horas en irse pues no deseaban abandonar la cuna de la felicidad.



Lo último que se oyó fueron los gritos de los borrachos, el vozarrón de don Marcos, los intentos de serenata de Pedro, el relinchar de los caballos y el rugido del coche de los patrones.

Para entonces también los de la casa se encontraban muy borrachos y, en especial los hermanos mayores que abrazaban a Alondra deseándole toda la felicidad del mundo. Sólo Daniel se hallaba molesto. No brindó con nadie ni probó cabrito horneado y menos le entró a las barbacoas. Sentía que no tenía nada que festejar. Miraba a sus hermanos con rencor y a su hermana menor, con un sentimiento de compasión.

Con tristeza vio que la sentencia dictada a su hermana se había consumado y no obstante ver en su rostro una felicidad lejana, supo que era fingida y que por dentro moría aunque sin saber por qué, o por quien...

Alondra y Martín Lucero habían retado al mundo y ahora el destino les cobraba caro su atrevimiento. Amarse desafiando a los designios de doña Margarita era pecado, era una sentencia que tarde o temprano iba a cumplirse implacable.

Pero esa osadía igual los había empujado a hacer cosas que estaban fuera de la cordura, a enfrentarse a la suerte que no sabe de lealtades ni escribe en el libro del futuro. Por amor se habían entregado en cuerpo y alma. Por eso, en el rito de la entrega, ambos habían retado a Dios y a los mortales. Y estaban dispuestos a ofrendar su vida misma en honor al amor puro que se profesaban. Sentían que habrían de vivir su romance hasta más allá de la vida y ya se veían danzar entre las nubes si es que acaso la existencia se les terminara.

Porque si iban a morir por su amor, quizá lapidados por la sociedad o asesinados por el odio de la familia Arcángel, iban a morir abrazados, unidos en un beso, pronunciando sus nombres y

jurándose en los últimos suspiros una fidelidad que ni siquiera los bendecidos se profesaban.

La noche invita no sólo a dormir, también invita a llevar a cabo cosas que no se pueden hacer a la vista de todos. Esa noche, Martín Lucero primero desató varios caballos para que hicieran escándalo, después fue a lazarlos solo, a fin de tener pretexto para ingresar a la casa grande e informar a sus patrones que una banda de forajidos había atentado contra los bienes de La Margarita.

Y tuvo éxito. Los perros lo ayudaron muy bien. Hasta el interior de la hacienda se escuchaba el trotar de los cuacos y el ladrar de los perros escandalizados que correteaban de acá para allá a los cuacos. Más tarde el Chacho llamó al portón señorial y Ubaldo, con una carabina en la mano y una carrillera en el pecho, acudió al pedido de auxilio.

Ambos entraron hasta la sala principal, donde la familia, incluyendo a Alondra, hacía planes sobre el trabajo que debería desarrollarse al día siguiente. Les narró brevemente lo que supuestamente había ocurrido y pidió permiso para apostar hombres armados en derredor de las propiedades. Él se ofreció para cuidar la entrada principal, sin el apoyo de patrones o trabajadores. Claro que aceptaron. Y no sólo eso, sino que agradecieron al Chacho su inquebrantable lealtad.

No, no era ese el objetivo, sino enviar un mensaje a Alondra quien en señal de haber entendido, se sumó a los halagos de sus hermanos y le dijo que ordenaría a alguien llevarle café caliente a media noche. Y remarcó: a las doce Aurelia le llevará café. O si lo prefería, podía entrar a la cocina a servirse otro poco, no faltaba más.

Por su parte, los hermanos de su amada le dieron permiso para entrar a la sala y tomar todas las carabinas que creyera necesarias para defender a la hacienda. Era más de lo que el muchacho esperaba.

A las nueve de la noche todos se fueron a dormir pues en ese lugar no se dormía más tarde, a menos que fuera fecha especial, como la semana pasada, cuando pidieron la mano de la última de la descendencia de los Arcángel.

Y Martín estuvo a la entrada de la casa grande hasta las once con cincuenta y cinco minutos. Cuando consideró que ya todo el mundo estaba dormido, con todo el sigilo de que fuera capaz, fue abriendo lentamente el portón que conducía al jardín principal. Pero con tan mala suerte o como maldición, las bisagras protestaron ruidosamente en el silencio de la noche. Pero tuvo la suficiente paciencia para separar las pesadas hojas de la puerta muy despacio, milímetro a milímetro, lo suficiente para que cupiera su cuerpo; no necesitaba más.

Luego caminó a oscuras entre las macetas de los corredores. A fuerza de conocer el sitio de todas y cada una de las cosas, sabía perfectamente dónde pisar. Tocó levemente las jaulas de los pájaros que también dormían. Rozó apenas la silla mecedora de doña Margarita, palpó con suavidad el costurero en que aprendían las Arcángel y finalmente contó hasta el quince cuando hubo recorrido todos los muros del portal.

Con igual cuidado entró a la sala principal que comunicaba con las habitaciones de doña Margarita y de Daniel. Más adelante estaban las alcobas de los otros hermanos. Se orientó y sin dificultad recordó la ubicación de los muebles: el librero, la alacena, el lavabo de porcelana, los sillones... la dirección en que se encontraba la habitación de Alondra. Hacia ella se dirigió. La encontró. Palpó ansiosamente las maderas que lo separaban de la gloria.

Sudaba y la respiración se le hacía irregular.

El corazón hacía el ruido de cien tambores.

Las piernas se le hicieron de trapo.

La garganta la sentía tan seca como la tierra de mayo...

Tocó la cerradura de la puerta de su amada y en esos momentos pensó, fugazmente, dejar para otro día la aventura. Y cuando giró la perilla con sumo cuidado, sintió que esta obedecía a su mente pues no sólo no se resistía a sus esfuerzos, sino que avanzaba sola. A pesar de su temor siguió adelante y abrió lo suficiente como para asomarse.

En ese instante sintió desfallecer pues mientras intentaba mirar hacia adentro, una cabeza intentaba mirar hacia afuera. Ambos, la de adentro y el de afuera, se retiraron bruscamente acallando un grito. Sus mentes trabajaron rápidamente. Nadie que no fuera Martín podría estar a esas horas y con esas actitudes tras la puerta y nadie que no fuera Alondra podría estar abriendo la puerta tan misteriosamente. Por eso nuevamente se asomaron, una hacia afuera y el otro hacia adentro, muy lentamente pero ya con la seguridad de ser quien esperaban que fuera.

La habitación estaba completamente a oscuras pero Martín podía ver el rostro de su amada a fuerza de verlo de cerca infinidad de veces. Por eso la vio llorando, sonriendo de felicidad, cerrando los ojos al ofrecerle sus labios; la miró sollozante y la sintió trémula de emoción. La tomó entre sus brazos fortísimos y la mimó. La besó tiernamente y la trasladó en sus brazos para depositarla en el lecho.

No hubo palabras para expresar la dicha que los envolvía. No las necesitaban para la entrega, para regresar al edén al que acudían en cada encuentro y más ahora que tenían como testigos al silencio, a la quietud, a la oscuridad y, al amor...

Pasó la tempestad y vino la calma, si es que pudiera llamársele calma al dolor que sentían en sus almas.

Vinieron luego las palabras crueles con las que Alondra explicó a Martín lo que había ocurrido durante la estancia de los Hernández. Y otra vez juraron mantenerse unidos por el resto de sus días. Otra

vez se sintieron seguros de lo que hacían, y otra vez reiteraron su plan de huida y otra vez coincidieron en que era lo mejor para defender su amor.

Alondra viajaba con las palabras de Martín que le hablaba de un lugar lejano, en el que ambos construirían una casita de adobe donde vivirían felices. Tendría un portal en que ella pondría macetas y dentro, las más perfumadas y coloridas flores. Atrás de la casa estaría el corral de los becerros, las cabras y las vacas y a un lado, el nido de los pollos que sin duda se iban a multiplicar como por arte de magia.

Con el tiempo, le dijo, tendrían que ampliar la casa pues los niños iban a crecer. En tanto les iba a hacer columpios en el patio sembrado de nogales, duraznos y ciruelas.

Ella sería la esposa más amorosa, comprensiva y hacendosa. Llevaría el almuerzo a su esposo hasta las parcelas en las que sembrarían y cosecharían grandes mazorcas como las que se daban en la hacienda. Para cuando Alondra le llevara de comer ya habría hecho el aseo de la casa, dado de comer a las gallinas y lavado la ropa. Regresaría al hogar risueño a preparar la cena, le dispondría el baño al hombre que regresaría cansado y luego de hacerle cariños, se entregarían como apenas lo acababan de hacer, como lo habían hecho antes y como lo harían por el resto de sus años.

Luego planearon la huida de la hacienda. Saldrían a las tres de la madrugada. Martín Lucero tendría listos los caballos a una legua de la hacienda pues no irían a salir a todo galope de la casa grande, los perros los delatarían. Alondra sólo llevaría su fe de bautismo y una maleta con lo indispensable mientras que él llevaría una carabina con bastantes balas, un machete, agua y comida para dos días y, desde luego, sus ahorros de toda la vida...

No obstante su júbilo imaginaron el dolor de su madre, el coraje de los hermanos Arcángel, la desilusión de Pedro Palomo, las

habladurías de la gente de La Hondonada, de Las Palomas y de La Margarita y de todo el mundo.

Pensaron huir rumbo a la región de los sumideros, por donde el río se hace apacible y deja a su paso humedad suficiente para cultivar semillas de temporal y de riego. Martín había oído hablar de un pueblo a las faldas de la montaña habitado por gente buena, noble y trabajadora. Con el dinero que llevaba le alcanzaba para comprar al menos dos hectáreas, unas diez vacas, dos sementales, y para construir una casita preciosa, con ventanas mirando al río...

Hasta ahí los habrían de alcanzar después de dos o cinco años quienes los siguieran si es que alguien se interesara por capturarlos, hacerles daño. Pero para entonces ya habría nacido el hijo de ambos y tal vez ya hasta otro vendría en camino, ya habrían construido su casa y multiplicado el ganado: ya serían una familia. Tal vez entonces lo que lograrían los hermanos sería devolverla a la casa, aunque ya unida en matrimonio con el Chacho mayor de la hacienda acabarían aceptándola con Martín y con los hijos de ambos. De darse esa situación, a doña Margarita no le quedaría otra cosa que aceptar a Martín como yerno...

Ni por asomo pensaron que algo pudiera fallar. Y tampoco dudaron de su voluntad por cumplir lo pactado pues estaban seguros de que el amor que se profesaban era tan grande o más que cualquier imprevisto.

Volvieron a besarse enamorados y cuando cantó el primer gallo se despidieron. Ella sonrió complacida y él suspiró hondo.

Salió al patio con el mismo sigilo pero con mayores precauciones. No fuera que ya alguno de los patrones se hubiera despertado y lo sorprendiera dentro de la casa grande sin ningún motivo.

Salió de la hacienda y corrió hasta su casa donde encontró a la vieja Trinidad despierta, esperándolo. Su instinto y sus años le habían avisado que Martín no estaba cuidando la hacienda, sino en otros menesteres más importantes.

—No me digas que has estado donde me imaginó, muchacho del diablo.

—Pues no te lo digo, vieja chismosa, porque vas a querer que te diga lo que estuve haciendo y eso no se va a poder.

Y río divertido.

La vieja se persignó.

Él tomó una cobija de lana y salió corriendo, temiendo que los patrones no lo encontraran cuidando la puerta principal. Se apostó bajo las buganvillas que apenas se empezaban a revestir. Ahí lo hallaron don Ubaldo y Daniel. Tenía un rifle al hombro y unas ojeras espantosas en el rostro.

— ¿Qué pasó, mi charro? Si hasta creí que ya se lo habían robado los cuatrerros — Daniel reía divertido al tiempo que don Ubaldo le inquiría respecto a lo ocurrido en el transcurso de la noche.

— Pues nada, patrón, que los malhechores resultaron gallinas. Se dieron cuenta de que toda la hacienda los estaba esperando y pos nomás no regresaron...

— A nombre de mi madre y de todos, Chacho, te damos las gracias. Cada día nos das ejemplo de lealtad y valentía y eso, muchacho, es de reconocerse. Te prometo que voy a decirle al administrador que te pague un poco más. Te lo mereces ¿O no tú? — le dijo a Daniel.

— Mejor vete a descansar, Chacho, no vaya siendo que te quedes dormido sobre el caballo. Eso lo dijo Daniel carcajeándose como era su costumbre.

A las ocho de la mañana Martín vio el coche de los Hernández acercándose a la hacienda y observó cómo la patrona salía a recibirlos y los hacía pasar sin demora.

Alondra los oyó llegar pero no le importó. Escuchaba las risotadas de don Marcos y las palabras zalameras de su futuro esposo, que

nunca novio. Supo que en cualquier momento iba a ser llamada al lado de su madre y se fingió enferma. Se lo dijo a la sirvienta que hacía la limpieza de su alcoba y ésta a su vez, se lo comunicó a doña Margarita.

Contradicción más grave no podía ocurrir en esos momentos pues el tal Palomo llevaba el anillo de compromiso a su futura esposa. Era una sortija de oro con una incrustación dudosa. Le llevaba también un esplendoroso ramo de rosas rojas y un pastel hecho por las monjas Providenciales.

Ni se preocuparon por ir a confirmar la enfermedad de la agasajada y menos preguntaron por la gravedad del mal que la aquejaba. Se dedicaron a planear la fiesta de la boda civil, que era lo más inmediato y que se celebraría en la Hacienda La Margarita. Se habló de la lista de invitados, del interés que había despertado en el gobernador la boda y de cuánto se hablaba de esa unión en el Estado, en el Municipio y San Nicolás. Todos sabían del poder que se gestaba con la asociación de las dos más grandes y productivas haciendas.

Alondra escuchó a su madre. Estaba eufórica y mostraba a los presentes las fotos de la niña de trenzas rebeldes, les comentaba de las travesuras de la pequeña, del cariño que sentía el difunto Heriberto Arcángel por la última de la descendencia.

— ¡Cómo pasan los años, don Marcos! Quién iba a decirnos que aquellos dos chiquillos que jugaban juntos algún día iban a casarse, a unir a estas familias de gente trabajadora y decente.

Eso no era cierto. Alondra conocía a Pedro Palomo pero nunca jugó con él, ni siquiera se habían dirigido palabra. Lo había visto en el baile, en las propiedades de su madre cuando acompañaba a Daniel a montar o cuando jugaban baraja. Ni siquiera sabía si era tan guapo como decían sus hermanas, sus sobrinas y las sirvientas. Pero aunque lo fuera, no iba a gustarle, no iba a quererlo. No porque a Alondra le gustaba Martín Lucero, porque amaba al

Chacho, porque había entregado su cuerpo y su alma al último de los verdaderos hombres de La Margarita y sus alrededores.

— Pues digamos salud por eso, señora. Por la dicha de nuestros hijos, porque sean felices toda la vida... hay que decir salud por la mujer más hermosa de todo el mundo, porque haga feliz al muchacho ¿O qué no, Pedrito?

— Claro que sí, apá. Si hasta va a haber muchos suicidios entre las que buscan mis besos. Porque quieran o no, Alondra es la mujer más chula de todo el rumbo. Será mía y tan pura como una mañana nueva porque nunca ha tenido novio. Ni siquiera ha salido sola al pueblo ni a la ciudad... Y por vida de Dios que la voy a hacer la mujer más feliz del mundo. Les voy a dar hartos nietos a usted, suegra, y ustedes, cuñados, un montón de sobrinos, no faltaba más...

— Entonces digamos salud, cuñado, porque no le pongas los cuernos a mi hermana como yo a mi mujer.

Luego muchas risas, muchos planes y muchas promesas.

A las dos de la tarde salieron, bamboleantes, los de La Hondonada. Todavía los miró el sol que inmediatamente se escondió entre terribles nubes negras que amenazaban a la humanidad. Pero esa amenaza sólo la vieron los peones porque los patrones ya se encontraban vencidos por los brindis.

Empezó a llover como a las cuatro de la tarde y no cesó hasta pasadas las ocho de la noche. El río bramaba y asustaba a los hombres que rápidamente hicieron un recorrido nocturno por las orillas. Sin embargo no había de qué preocuparse. La corriente había aumentado notoriamente pero no representaba peligro para las tierras y el ganado.

Así se los hizo saber Martín a los patrones, a primera hora. Los encontró desayunando y como muy pocas veces, fue invitado a la mesa, teniendo como compañía a su amada Alondra que lucía un poco decaída ante los ojos de todos, menos a los de él.

Al tercer día de su supuestamente grave enfermedad, Alondra pidió a su dama de compañía salir a los patios e incluso pudo caminar hasta las caballerizas.

Ahí encontró a Martín Lucero construyendo nuevos cobertizos. Sin ser vista contempló la fuerza del muchacho, el ingenio que desplegaba para hacer las cosas sin ayuda de nadie, la apostura y gallardía de quien, en unos días, sería su hombre por misteriosos designios.

De pronto sintió que el piso se movía bajo sus pies, la vista se le nubló y sintió un terrible malestar general. Se sostuvo de un pilar del portal para no caer pero se vio obligada a descansar en una de las bancas de piedra. Tras el súbito mareo intentó regresar a la normalidad pero le fue imposible. Algo le lastimaba el alma. Un extraño presentimiento se apoderó de ella. Algo malo se cernía sobre su destino, algo extraño se anunciaba para ella y para Martín. Y para acabarla de asustar, una urraca, ave de mal agüero, cruzó el cielo cantando como si se burlara de la muchacha.

Justo en ese momento el Chacho también vio pasar una sombra negra y se espantó al grado de quitarse el sombrero y santiguarse. Sintió un temor indescifrable y al voltear, alcanzó a ver a Alondra que era conducida por una de las sirvientas. Al no encontrar explicación a sus raros presentimientos oró porque nada malo fuera a pasarle a su amada; luego siguió trabajando.

Doña Margarita estaba contenta con sus hijos y con los peones. Daba órdenes de buen modo y con buenos modales corregía esto y aquello. Preguntaba por lo que hiciera falta y ordenaba a los trabajadores cumplir con sus obligaciones sin gritarles. Era feliz aunque, si no fuera por esa extraña enfermedad de su hija, si no fuera porque el médico no encontraba motivos para esos mareos nada comunes en una niña.

En el corredor encontró a la cocinera Macrina con su niño en brazos y le preguntó por qué lloraba de ese modo. Es que tiene un poco de empacho, le contestó a la vieja que desenrolló al chamaco; la patrona, haciendo gala de sabiduría lo auscultó y recetó: le hierbes yepaclina con gordolobo y manzanilla, le endulzas el té con miel y se lo das en la noche; ya mañana me cuentas cómo te saca canas verdes con sus travesuras.

Salió a los patios y vio cómo sus hijos y su fiel Chacho encabezaban el arreo del ganado hacia el río. Las cosas en la hacienda transcurrían de forma normal, como antes, como siempre, como debieran ocurrir hasta el fin de la vida, hasta que cerrara los ojos para reunirse con su difunto esposo.

Porque por otro lado, la hacienda La Margarita, tras la hecatombe pasada, empezaba a retornar a su aspecto señorial y agradable. Nuevamente se escuchaba el cacarear de las gallinas ponedoras y el piar de los pollitos. Otra vez trinaban los pájaros que volvieron a hacer nidos en los árboles y en los alerones. Las alondras nuevamente habían hecho sus nidos bajo los tejados. Las flores nuevas sembradas en las macetas y las que se cultivaban en los jardines destellaban y enviaban ricos perfumes.

Claro, todo eso ponía contentas a las mujeres que como en ramillete, cantaban canciones que hablaban de amores felices, de conquistas y de ruegos por un beso y una mirada, de separaciones dolorosas. Sería la última vez que cantaran en ese lugar, al menos durante mucho tiempo.

Esa ocasión no era ni el mediodía cuando por sobre las montañas asomaban unos amenazantes monstruos en forma de nube. Eran como fantasmas malignos, de mirada airada y sospechosa. En la hacienda La Margarita nadie se había percatado de eso. Por el contrario, sus habitantes sentían un agradable viento que provenía del norte, del lado por donde vino la anterior desgracia.

Desde el potrero, lindero con la hacienda El Rosario se veía imponente el territorio de Doña Margarita, todo floreado por las puntas de la milpa. Era un color grisáceo y blanquecino, verdusco en algunos puntos donde se había sembrado haba o frijol. Una hilera de encinas, pinos, alcanfores, sabinos, madroños y ocotes hacían valla al río que había vuelto a avanzar por su cauce y otra vez sus aguas eran cristalizas y cantarinas, dóciles y puras.

Martín Lucero miraba ese portento sentado a la sombra de un árbol. Había visto las nubes negras y había recordado la sentencia del viejo que había pronosticado otra tormenta. Suspiró y sintió un raro temor al que no pudo darle otra explicación, que la emoción por lo que iría a hacer con Alondra en unos días.

Cansado de imaginar la inminente escapatoria y de mirar la inmensidad de las propiedades, se encaminó a la tierra baja con paso alegre pero presuroso, hasta llegar a la orilla sur del afluente, andando por la vereda angosta. No pudo resistir la tentación de un descanso bien merecido y penetró a la ladera poblada de árboles para sentarse en la hojarasca. Ahí y de esa forma estuvo mucho tiempo, acariciando a su fiel Veneno y observando el trabajo de las abejas que llegaban, cargaban agua en el margen del río y luego partían vertiginosamente, siendo remplazadas por otras igualmente laboriosas, que se alternaban con mariposas y avispas de miel blanca.

Del otro lado pudo ver una magnífica muralla de girasoles, blancos, rosados, amarillos y rojos, todos frescos y tan juntos, que con una sola mano se podía hacer un ramo de buen tamaño.

En silencio fue testigo del cortejo de las alondras y recordó una sentencia recitada por el viejo Esteban Rojano, que en una canción dijo que la felicidad acabará en cualquier lugar del mundo donde muriera la última alondra. Sonrió al pensar que las aves pudieran morir pero la última, la patrona Alondra, la niña más hermosa de la región era suya, y jamás la iba a abandonar y menos permitir que dejara de existir.

Luego determinó caminar rumbo a los corrales del ganado menor que estaban cuando mucho, a un kilómetro. En su camino se topó con un conejo que al verlo, se asustó y regreso a la milpa. Martín lo vio también y sólo dibujó en su rostro una sonrisa. Iba silbando bajo y esquivando al único perro que lo acompañaba siempre y que a propósito le estorbaba el paso, jugando.

Luego se metió entre la milpa y sintió que sus hojas le acariciaban los brazos desnudos. Parecía que ellas le comunicaban algo o que se esforzaban por tocarlo, como si en el roce las matas le agradecieran sus cuidados o le devolvieran el cariño. Su corazón dio un vuelco de alegría y eso fue suficiente para dejar escapar una lágrima. Bajó la vista y en la acción, sus ojos se toparon con una caña de milpa que le pedía ayuda. La levantó, apisonó bien la tierra al pie de su tallo y la dejó firme para que siguiera viviendo.

Era ese su mundo: le pertenecían el campo, la naturaleza, el aroma del cultivo, la vida que daba y recibía de las plantas, de los animales, de las frutas. Eso nadie iba a quitárselo pues era lo realmente suyo, como el amor de Alondra. Esos surcos podrían quitárselos, podían separarlo de ellos. Quizá hasta pudieran encarcelarlo o enviarlo lejos... pero el amor por su Alondra...

El pecho le dolía por tanta emoción, por saber el tamaño de su aventura, por su osadía...

A pesar de considerar infalible su plan de robarse a la patrona, no dejaba de vislumbrar posibles contratiempos y se respondía a toda pregunta ¿Qué pasaría si alguien tuviera el poder suficiente como para separarlos, para impedir que el destino que se habían construido no se cumpliera? ¿Qué iba a hacer él, cómo iba a defender a Alondra? ¿Cómo vivir sin su amor? ¿Qué iba a hacer él sin la luz de sus ojos, sin el aire que se necesita para respirar?

¿Qué podría fallarles?

Iba a morir, se iba a condenar al infierno al ver a su mujer del brazo de otro. Si eso pasara, pensó, iba a buscar una muerte lenta, que doliera en el alma y en el cuerpo, se iba a consumir en el alcohol que, dicen, hace olvidar las penas. E iba a morir lejos, en donde esos ojos negros y grandes no se compadecieran de su desgracia. Porque si no era para la niña patrona ¿a qué iba a quedarse? Nunca iría a perdonarse una cobardía si por alguna razón permitiera la boda de su amada. No había ya marcha atrás, no había ya alternativa y, por lo tanto sólo quedaba esperar el momento en que huirían juntos, hasta el fin del mundo, hasta donde la felicidad los envolviera como ahora a él la naturaleza...

Como a las dos de la tarde el sol fue devorado por las nubes negras y allá a los lejos se escuchó el primer trueno. Fue un estallido sordo que fue replicado por las barrancas. Y luego otro y otro; se avecinaba una tormenta. Media hora después empezaron a caer gruesas gotas que sonaban como pedradas en las hojas de la milpa.

A lo lejos Martín descubrió a unos vaqueros que arreaban el ganado a la casa grande en tanto que otros desesperadamente rescataban al ganado menor de la tierra baja. Se unió a ellos y en medio de una algarabía imponente apresuraban a los animales. No llovía en forma todavía pero el olor al granizo se hacía patente; soplaban fuerte el viento haciendo mecerse a un solo compás a los cultivos.

Las puertas de la hacienda se abrieron para dejar pasar a las bestias y a los hombres que ya estaban casi empapados.

— ¡Matías, abre la empalizada!, ¡Ubaldo, que otros hombres vayan hasta los linderos para que el ganado no se pase de frente!, ¡Abran el pajar y los graneros para encerrar a los borregos y las cabras!

Apenas si les dio tiempo guardar al ganado pues una ráfaga de aire y lluvia azotó con furia a la hacienda.

Luego silencio, una tregua apenas, quizá una oportunidad para ver lo que se acercaba, una pausa para recargar odio y aumentar el miedo.

Salieron urgentemente los conjuradores, seguidos de peones y patronos y lo que vieron los dejó sin palabras. Una gigantesca cortina blanca que pendía de una hilera de nubes oscuras avanzaba hacia la zona de haciendas. Un ruido como el siseo de una víbora se escuchaba proveniente del otro lado del río: por allá ya había empezado a granizar «no será agua, será granizó y tormenta lo que se abatirá sobre estas tierras. Así lo dicen las hormigas. Y nunca se equivocan». Todos recordaban las palabras del viejo.

En menos de cinco minutos la tromba se abatía sobre La Margarita, El Rosario, San Nicolás y Las Palomas. Y tal vez más allá, hasta los sumideros.

Hombres y mujeres, ricos y pobres, jóvenes y viejos, veían impotentes desde las ventanas cómo el granizo arrancaba violentamente las hojas a las plantas, derribaba las macetas, mataba las aves. El espectáculo horrendo continuaba y se acrecentaba como la angustia de los indefensos campesinos. Cansados de mirar la destrucción inevitable, e iluminados por cegadores relámpagos, se sentaron a esperar el final.

Afuera, el viento cegado de furia vencía la resistencia de las milpas y las colocaba en el piso. Ya después el torrente de agua las arrastraría haciendo de ellas una maraña horrible. Y el aire impetuoso desnudaba los árboles, arrancaban los tejados recién reparados, se arremolinaban mezclando tierra, basura, flores y hojas.

Una ráfaga vertiginosa y pesada azotó los ventanales de la hacienda y agua y granizo escurecieron el entorno. Se escuchaba el golpetear de los trozos de hielo grandes como limones herir una y mil veces a todo ser viviente. Los relámpagos sacaban astillas de luz y las esparcían hasta el último rincón de las habitaciones. Su

estruendo hacía cimbrar los cimientos de las haciendas... era un concierto mortal, una sinfonía de destrucción.

Doña Margarita empezó a rezar y la acompañaron las sirvientas y los viejos. Los jóvenes se mantenían nerviosos, indecisos, temerosos, pero atentos a intervenir en lo que fuera en caso de necesidad.

A las siete de la noche la tempestad no amainaba y las mujeres determinaron irse a la cama aun sin cenar. Nada lograban los rezos ni las lamentaciones.

Se acostaron pero no pudieron dormir y a las ocho y media de la noche empezó a disminuir la intensidad de la tormenta, pocos minutos después había cesado por completo. Su rumor cedió el paso al rugir del río que semejaba a una fiera herida. Eso asustó a los moradores de la hacienda pues lo escuchaban metiéndose hasta los patios y jardines de la hacienda. De los patrones nadie salió a ver lo que estaba ocurriendo.

Martín Lucero sí. Dejó preocupada a la vieja Trinidad que lo encomendaba a toda la corte celestial pues sabía que en la hacienda todo se encontraba al revés. Y lo que vio el Chacho lo dejó herido. El río se había llevado todos los cultivos desde sus márgenes hasta los sembradíos de frutales. Había avanzado devorando todo y llegado hasta los mismos patios y jardines. Chapaleando entre el granizo, lodo y el agua pudo llegar hasta los corrales y los encontró anegados y, en medio de una laguna, todas las reses yacían patas arriba.

La mortandad se extendía hacia el granero en donde habían perecido las borregas con sus crías. Algunas cabras pudieron trepar hasta los tejados pero el ganado de traspatio yacía entre el granizo o era arrastrada por las corrientes que enloquecidas se cruzaban. Incluso la costalera de maíz y las pacas de zacate flotaban confundiendo con muchos cadáveres.

Como pudo volvió a la casita que compartía con la mujer que lo adoptó y crió como su hijo y en medio de un llanto apagado de huérfano, le contó la desgracia que se abatía sobre la hacienda...

Lloraron los dos unidos por un abrazo y sus sollozos fueron interrumpidos por algo que escucharon y que igualmente oían los patrones. Era algo estremecedor, terrible, horroroso, algo que no hubieran querido percibir: el canto del tecolote.

Doña Margarita lo escuchó y no pudo evitar un estremecimiento e inmediatamente inició otro rosario a San Nicolás.

Porque el canto del tecolote significaba que la desgracia no era suficiente, que aún faltaba la muerte de los moradores de esa o de otra hacienda, o de uno o más peones. Incluso podría tratarse del fallecimiento de alguno de los patrones de La Margarita, o de alguien cercano a los Arcángel.

No salió el sol el 25 de septiembre. Una espesa neblina cubría todo al grado de no permitir descubrir los estragos del día y de la noche anterior. Eran ya las ocho de la mañana y no se podía caminar por los patios anegados de granizo, estorbados por los cuerpos de las vacas y los borregos. Ni pensar en la siembra.

Patrones y peones intentaron supervisar los daños infringidos por la catástrofe apenas sufrida, pero no pudieron hacerlo por recomendación de la peonada. Martín casi ordenó a la señora Margarita regresar a sus aposentos. No tenía caso que estuviera ahí, era un riesgo. Todo se había convertido en un enorme pantano, en arenas movedizas.

A las dos de tarde se hicieron los primeros balances con los informes de Martín Lucero que, como siempre, estaba al frente de todo y defendía con su vida los intereses a los que servía leal y cabalmente. Doña Margarita dio indicaciones emergentes. Primero que se socorriera a las familias que hubieran resultado damnificadas, que se les dotara de cobijas, medicina y curaciones

si fuera esa la necesidad, luego que se remendaran las goteras de la hacienda ante el peligro de inmediatas lluvias y, lo más riesgoso: que alguien fuera a pedir auxilio a Las Palomas, o al Rosario, o San Nicolás, al Municipio y al Estado, o a donde fuera.

Nadie en la hacienda tenía los arrostos para emprender tan peligrosa tarea. Nadie era tan valiente como para cumplir la orden... excepto Martín Lucero, el hombre fuerte y fiel a toda prueba.

Mientras cuadrillas de hombres y mujeres intentaban hacer algo, el intrépido Chacho montó a su yegua trotona y tomó el rumbo por donde antes estaba el camino y avanzaba lento por entre las enredaderas de milpas, magueyes, árboles y raíces. Y mientras hacía caminar al noble animal, iba observando la magnitud de la tragedia. Simplemente el vergel era ya un páramo desconocido, el fin del mundo.

No pudo llegar lejos cuando quiso ir a San Nicolás. El río se mantenía crecido al grado de arrastrar enormes rocas y árboles completos. Por eso determinó seguir por medias tierras para evitar el violento caudal e intentar llegar a El Rosario. Era una tarea tardada pero su valor no tenía límites así que avanzó lento, librando obstáculos.

Pero al llegar a El Rosario vio que ahí las cosas no eran diferentes a como estaban en su querida hacienda La Margarita. Eran peores. Ahí se rescataban los cuerpos de al menos una docena de peones y la hacienda había sucumbido en su totalidad. Los techos de las alcobas se habían derrumbado por el peso del granizo y nada estaba en su lugar. Ni siquiera pudo hablar con el dueño. Se condolió con la pena de los peones y ayudó al rescate, en medio de un llanto muy doloroso.

Y cuando al filo de las seis de la tarde quiso volver a donde estaba su gente empezó a llover de forma alarmante por lo que sin remedio, tuvo que pedir posada en medio del luto. Fue hasta el día

siguiente cuando emprendió el regreso a La Margarita, sintiendo unas inmensas ganas de morir.

Cuando patrones y peones vieron su semblante poco preguntaron. Y fue él quien en medio del llanto contó lo que había ocurrido con sus vecinos. Todos lloraron.

Pero para Martín Lucero lo más cruel no era el fin de las haciendas, había algo reservado sólo para él. Trinidad se lo dijo despacio y con los ojos obstruidos por las lágrimas. En cada palabra de la vieja había una puñalada, un trago del más efectivo veneno: Alondra se había ido ya a La Hondonada, con Pedro Palomo.

Él mismo había llegado por ella. Fue a rescatarla de la tragedia y la familia Arcángel no se opuso a ello. Eso lo supo Trinidad de fuentes cercanas, de la nieta Magnolia que no dejaba de llorar.

A Martín Lucero se le partió el alma, se le desbarató el corazón, se le apagó el sol y el aire se negó a seguir manteniéndolo vivo. Ya no sentía ninguna razón para vivir. Ya nada tenía que hacer en ese sitio al que había llegado la desgracia para quedarse.

Sin embargo aún en medio del desconcierto, los patrones le dieron una encomienda temeraria: le suplicaron ir a San Nicolás y de ahí buscar la forma de llegar al Municipio y de ser posible, fuera hasta el Estado a informar de lo que ahí estaba pasando. Llevaría además una misiva de Doña Margarita en la que exigía pronto auxilio del Presidente y del Gobernador.

El Chacho aceptó salir de la hacienda, tal vez nomás cumplir con la orden de esa gente que era parte suya, su familia, los únicos seres que lo quisieron y a quienes amaba por lo que hicieron cuando más lo necesitó, pero también determinó ya no regresar nunca, buscar su vida o su muerte en otro lugar lejos de sus recuerdos y de su amor frustrado.

Martín Lucero partió de La Margarita al cuarto día de aquella tragedia. Sólo se despidió de la vieja nana Trinidad y de pasada hizo cariños a su perro Veneno. Salió cuando ya había nacido el sol y tomó el camino al pueblo; sólo llevaba la fotografía de Alondra y los ahorros logrados en toda su vida.

En la hacienda La Margaría había una enorme mortandad. Murió el viejo Esteban Rojano, y la ama de llaves Agustina Melgar, la confidente y amiga de Alondra, y fallecieron los mejores conjuradores del mundo, y murieron también algunos de sus compañeros campesinos y muchas cabezas de ganado mayor y menor que él había visto nacer y había cuidado pero sobre todo, había muerto su ilusión y había perecido la hacienda.

Leguas adelante miró hacia atrás y le pareció ver la figura de Alondra diciéndole adiós desde las huertas antes pobladas de árboles y entonces cargados de frutos. Pero no era así. Alondra ya no estaba. Ni la hacienda. Ni los árboles con fruta jugosa. La antes señorial casona era ya una grotesca construcción y los cultivos, los cultivos habían desaparecido también.

Por ahí andan diciendo que Martín Lucero llegó al pueblo y que se miraba desconcertado pues no sabían si iba o venía de La Margarita, aunque algunos juran que vino por el camino que lleva al Estado, aunque como que no encontraba para dónde jalar. Unos cuentan que vieron cómo que el Chacho lloraba al comprender que igualmente ahí había pasado la desgracia. Y sí, también ahí había desconcierto y tristeza pues de la misma forma se registró la muerte de algunas personas. Las calles antes empedradas eran profundas zanjas y el color de las casas era gris. Hasta el templo erigido en honor a San Nicolás registraba daños.

Algunos platican que el sol estaba ya en el cenit cuando el muchacho determinó entrar a la cantina. Ahí, cuentan, se encontró con peones de El Rosario y Las Palomas. Intercambiaron frases de dolor e invitaron a Martín a tomarse unos tragos. No se negó, por el contrario, se ofreció a pagar la siguiente botella.

Asegura la gente que los campesinos hablaron de todo, hasta de sus amores.

Tal vez entonces Martín quiso contarles su secreto pero al considerar que nadie iba a creerle, decidió mantenerlo oculto y sólo para él. En medio de los humos del alcohol miraba el rostro de Alondra, la escuchaba decirle palabras dulces, sentía su respiración en su mejilla y tocaba sus manos de seda.

Casi al borde de la borrachera total miraba los rostros de sus amigos ocasionales. Los veía compungidos, desesperados, preocupados, confundidos. Se identificó con ellos y cada cual, arrebatándose la palabra, narraba lo que había ocurrido.

Muy allá escucho algo que le interesaba.

— En La Margarita los daños fueron cuantiosos aunque no tanto como en El Rosario. En cambio en La Hondonada las cosas no fueron tan graves. Tan es así que mi patrón don Marcos ordenó ir por la niña Alondra, la hija de la doña, para ponerla a salvo.

— ¿Pues no que sólo está comprometida con el joven Pedrito?

— Pues por eso, hombre. No vaya siendo que algo malo le pudiera ocurrir. Claro que en cuanto pase la desgracia la va a devolver y continuarán los preparativos de la boda. Va a ser menos cuantiosa que como estaba planeada pero de que va a haber boda, va a haber...

— ¿Y si en una de esas el tal Palomo se aprovecha y...?

— ¡Cómo serás insidioso, Alcaraz! A la niña la acompaña la nana Amalia, la que le crío las hijas mayores a Doña Mago. Y se van a regresar cuando mucho en esta semana...

Martín Lucero apenas escuchó eso. Tardó en entenderlo. Tomó una determinación.

Platicaron unos fuereños que vieron a Martín pagar la cuenta con billetes de cien pesos, poco usuales entre los peones. Como a la siete de la noche lo vieron montar y dirigirse a todo galope con rumbo a la hacienda La Margarita.

Y él volvió en sí cuando ya era demasiado tarde. Cabalgaba tendido sobre la orilla de la barranca que divide a San Nicolás con la hacienda La Hondonada. Apenas alcanzó a ver el sitio en que antes estaba el puente y azorado jaló las riendas de su noble yegua trotona. Y el animal obedeció la orden reparando violentamente, cambiando el rumbo y corriendo a la orilla del precipicio. Avanzó poco porque el suelo estaba reblandecido y todavía más, en la orilla. Una de las patas del animal se hundió y los cuerpos golpearon con fuerza la tierra haciendo caer un alud hasta el fondo de la barranca.

Caballo y jinete aún hicieron un último esfuerzo por mantenerse al borde. El silencio de la noche escuchó un relincho y un grito de muerte, seguido de un golpe seco. Después la quietud, el mutismo de las estrellas...

Alondra supo, en su exilio, de la huida de Martín y enfermó de gravedad, obligando a Don Marcos a conducirla al lado de su madre. Porque la niña pensó que Martín la había dejado, que había emprendido la huida sin ella, que la había abandonado cuando más lo necesitaba.

En la hacienda La Margarita eran las doce de la noche y nadie dormía. Todos rodeaban el lecho de Alondra que respiraba con dificultad y parecía que a cada momento se le escapaba la vida. A

las tres de la madrugada su respiración se normalizó y la familia se fue a sus aposentos.

Muy de mañana, cuando el sol asomaba su rostro, llegó una terrible noticia a la hacienda: Martín Lucero, que valientemente regresaba quizá con buenas noticias, estaba muerto en el fondo de la Barranca. Rápidamente se organizó una cuadrilla para rescatar el cuerpo.

Cuando los peones y patronos regresaron con el cadáver del fiel Chacho, todos mostraron le rindieron un homenaje traducido en un largo aplauso y luego en un profundo silencio. Se quitaron los sombreros y respetuosos, musitaron una oración para el compañero muerto.

El velorio de Martín Lucero se realizó en la sala principal de la hacienda y los patronos pagaron todos los gastos. Incluso hicieron una guardia de honor y no se separaron del cuerpo ni un minuto siquiera. No se esperaba menos. Todos conocían el buen corazón de la viuda de Arcángel.

Llegó gente de las haciendas vecinas, de San Nicolás, del Municipio y el Estado.

Todos hablaban del peón que había arriesgado su vida en muchas ocasiones y que en esa ocasión nuevamente había dado muestras de sacrificio por sus patronos y la hacienda que lo hizo hombre. Se recordaban sus actos heroicos y sus buenas acciones. Se le recordaba comprometido con sus patronos y, sobre todo, humano.

A Alondra no le afectó tanto la muerte de Martín. Al menos no ante los ojos de la gente. Tanto, que pudo levantarse para acompañar unos momentos a Martín Lucero en su último adiós. Quiso ver el rostro del Chacho que a tiempo se enteró que su amada no lo había traicionado, que estaba dispuesta a cumplir la promesa e iba por ella para huir lejos, para que nadie los separara y para luchar por la criatura que los unía aún más.

Para sorpresa de todos, besó la frente del mayoral. Estuvo sentada unos minutos más entre los peones y luego, cuando se sintió desfallecer, pidió ser llevada a su habitación, donde se sumió en un letargo del que no volvería a despertar jamás.

Sólo una lágrima brotó de sus otrora hermosos ojos, cuando recordó a Martín en vida. Lo veía sonriente, guapo, fuerte; volvió a sentir el contacto de sus labios tiernos, se sintió protegida por sus brazos fuertes y valientes. Sonrió, pero nadie la vio.

Y como cuando estaba a su lado, le platicó lo que iba a hacer. «Voy a seguirte como quedamos, no voy a dejarte solo y no voy a caminar sin tu presencia, sin tu protección. Voy contigo a donde vayas y quiero que estés a mi lado a todas horas, que juntos remontemos las montañas, bajemos al valle y a la orilla de un río me construyas un jacal, en donde tus hijos y yo te esperemos por las tardes, por las mañanas y por toda la eternidad».

En voz alta dijo algo que nadie escuchó y que de todos modos, nadie hubiera entendido «Hijo: vamos a seguir a papá hasta el fin del mundo; ande, Chacho, que su padre lo llama».

Iba a cumplir su promesa: se iba a unir con él, no lo iba a dejar solo, nadie los iba a separar. Aunque temía que si se tardaba más ya no iba a encontrarlo en los laberintos del cielo en donde ya él estaba.

Por su mente desfilaron todos los momentos felices de su infancia; se vio al lado de su padre, de su madre, en sus días de colegio, conociendo a Martín Lucero, amando a su charro y entregándose a él.

Pero nadie vio cómo la última alondra levantó el vuelo, batió sus alitas en un desafío a la vida y al destino y se elevó a las alturas; nadie se dio cuenta de cómo en la inmensidad se hizo un punto y luego nada.



La última Alondra
Se terminó de imprimir y encuadernar
el mes de junio del año 2019
en los Talleres Gráficos de la Cámara de Diputados.

La edición en tiro consta de 1,000 ejemplares.



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXIV LEGISLATURA



CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS